



Un ♥ Café

Enamorada
del hermano de mi ex

Josefina Rossi

Un Café

Enamorada del hermano de mi ex

Josefina Rossi

Copyright © 2018 Josefina Rossi
Todos los derechos reservados

Contenido

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

Me volví para mirarlo y mis ojos se dirigieron a sus labios. Ahora él estaba a tan solo unos centímetros de mí y todo mi cuerpo estaba suplicando por él.

Nuestro beso fue caliente y rápido. En el segundo en que nuestros labios se tocaron, su cuerpo reaccionó. Me empujó con fuerza contra la pared del ascensor inmovilizándome con sus manos fuertes. He estado soñando con este momento desde la primera vez que me fue a buscar esa noche. Verlo en un esmoquin era casi demasiado para mí. Sabía qué había debajo de esa ropa y estaba desesperada por poner mis manos sobre él.

—Dios, —susurré mientras sus labios encontraron mi cuello. —He deseado esto durante toda la noche.

—No tienes idea, —gruñó él, sus labios todavía presionados contra mi piel.

Sus dientes me mordieron ligeramente y gemí. Sus manos recorrieron todo mi cuerpo, deslizándose sobre mis caderas y acercándose para agarrar mi trasero. Cada centímetro de mí que él tocaba se encendía.

—Ven aquí, —demandé, atrayendo su rostro de vuelta al mío.

Lo besé tan fuerte que pronto nos quedamos sin aliento. Mi lengua se deslizó desesperadamente dentro de su boca. Podía saborear los Martinis que se había tomado esa noche, y esto solo hacía que mi cabeza girara más rápido. El alcohol corría por mis venas, impulsándome hacia adelante. Estaba desenfundada. Estaba excitada. El ascensor no podía subir lo suficientemente rápido.

Su mano alcanzó mi muslo. Apretó su puño alrededor del material ligero de mi vestido y lo levantó hacia arriba. Su dedo acarició mi muslo desnudo, moviéndose más alto con cada trazo.

Gemí y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Jadeando, me moví bajo su tacto. Él deslizó sus dedos más arriba, dándose cuenta pronto de que no estaba usando bragas.

Cuando tocó mi vagina desnuda, gimió y enterró su rostro en mi cuello. Sus dedos jugaron conmigo, lamiendo mi humedad y luego deslizándose hacia arriba para probar mi clítoris. Gemí ruidosamente y empujé mis caderas hacia adelante.

—Eres el diablo, —dijo él bruscamente.

Presionó más fuerte hacia abajo sobre mi clítoris y me frotó fuertemente. La puerta del ascensor sonó detrás de nosotros, y saltamos. Mi vagina estaba goteando, anhelando su tacto, pero ninguno de los dos quería que nos descubrieran. Nos pusimos de pie a unos cuantos centímetros del otro mientras se abrían las puertas.

Había unas pocas personas en el pasillo, así que él se agachó para recoger mi abrigo del suelo, y nos apresuramos hacia nuestra habitación. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvimos seguros encerrados detrás de la puerta.

Al segundo que estuvimos adentro, me agarró y me lanzó sobre la cama bruscamente. Él se arrastró debajo de mí, tomando mis piernas en sus manos mientras se movía. Sus labios trazaron ligeros patrones sobre mis pantorrillas mientras iba subiendo, empujando a un lado mi vestido mientras lo hacía.

Pronto estuve completamente expuesta a él. Agarró mis muslos y enterró su rostro entre mis piernas, su lengua ya estaba azotando mi clítoris anhelante.

—¡Demonios!, —grité. Por primera vez en mi vida no me importó que me escucharan. Grité su nombre repetidamente mientras su lengua se movía hacia atrás y hacia adelante. Un deseo húmedo se aproximaba entre mis piernas, escurriéndome en la cama mientras él me empujaba más fuerte hacia el borde.

Se acercó para agarrar mi trasero, apretándome fuerte mientras su lengua me tomaba aún más fuerte. Me temblaban las piernas, y justo así, me vine tan duro que mi espalda se arqueó. Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido. El grito de placer se quedó atrapado en mi garganta mientras todo mi cuerpo temblaba con éxtasis.

Se puso de pie y se sacó el traje del cuerpo. Me moví hacia arriba lo suficiente para presionarme contra las almohadas. Mis ojos recorrieron su cuerpo, ensanchándose más cuando quedó liberado su pene duro como una roca.

—Eres tan jodidamente atractiva, —me dijo él mientras trepaba hacia la cama, ahora completamente desnudo.

—Pruébalo, —lo tenté.

Capítulo 1

Daniela

Terminaré en un hospital psiquiátrico o esta será la mejor decisión de mi vida.

Mi nuevo lugar era pequeño pero encantador. Las paredes de la sala estaban pintadas de un tono verde que iluminaba ambos, el espacio y mi estado de ánimo. Me recosté en la silla de mi escritorio y me quedé mirando la pared enfrente de mí. Dallas estaba bien para mí, pero por ahora habían demasiados malos recuerdos.

Necesitaba un cambio. Este lugar estaba a solo cuarenta y cinco minutos fuera de la ciudad. Pintoresco. Pacífico. Y, lejos del dolor – o al menos eso era lo que desesperadamente quería creer.

Ennis, Texas, era el último lugar en el que alguna vez me imaginé estableciéndome. Pensé que pasaría toda mi vida en una gran ciudad o en otra persiguiendo mis sueños de ser periodista. Ahora, trabajar de forma independiente era todo lo que necesitaba. Vivir una vida tranquila parecía perfecto y relajante. Después de las últimas semanas de infierno, anhelaba tiempo de calidad a solas.

Apenas el pensamiento me cruzó la mente, hubo un fuerte golpe en la puerta de enfrente. Fruncí el ceño y caminé despacio. La única persona que sabía dónde vivía era mi mejor amiga Andrea, pero no podía imaginarme que manejaría todo el camino hasta acá.

—¡Ey!, —dijo Andrea cuando abrí la puerta.

Me reí y negué con la cabeza. Apartándome, dejé que Andrea pasara a mi lado. Rápidamente se puso cómoda, sacándose los zapatos y tumbándose sobre mi sofá.

—Sé que solo es como una hora, —dijo ella. —Pero dios, realmente odio esa maldita carretera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me senté en mi silla y giré para mirarla de frente.

—Auch. —Andrea colocó su mano encima de mi corazón y fingió una expresión de dolor. —¿Dónde está el amor, Danie?

Puse los ojos en blanco. —Sabes a qué me refiero.

—Solo quería saber cómo estabas. —Andrea se encogió de hombros. —Tengo el día libre, así que pensé en manejar hasta acá. ¿Estás instalada?

Asentí. —Casi lo hago. Va a tomar algún tiempo desempacar todo, pero amo esta casa. Es perfecta.

—Me imaginé que lo sería, —dijo Andrea con una sonrisa de satisfacción.

Andrea me ayudó a encontrar mi nueva casa unos dos segundos después de que mencionara la mudanza. Ella, a diferencia de la mayoría de las otras personas en mi vida, era totalmente comprensiva sobre mi deseo de salir de Dallas.

—Mis padres vinieron ayer, —dije. —Ellos no sienten lo mismo.

—Como que si eso fuera una sorpresa, —dijo Andrea. —Frank y Janice no conocerían el verdadero estilo, aunque les mordiera en el trasero.

Me reí. —Dios, eso es tan cierto. ¿Recuerdas ese sillón reclinable púrpura de cuero que compraron cuando estábamos en la secundaria?

—¡Oh dios mío!, —gruñó Andrea. —¡Se me había olvidado eso!

—No sé cómo pudiste, —dije. —Eso todavía me persigue en mis pesadillas.

—Bueno, tuviste que vivir con la maldita cosa en tu sala, —dijo Andrea.

Las dos nos reímos y continuamos con nuestra burla despreocupada hacia mis padres. Ellos tenían buenas intenciones, pero realmente nunca me habían entendido.

—Entonces, —dijo Andrea, cambiando su tono de repente. —¿Supiste algo de él?

Me congelé. Sentí cómo dejó de latir mi corazón durante todo un minuto. Sabía que Andrea iba a preguntar por él. Aun así, eso no me detuvo de quedarme sin aliento y ciega. Mi ex era la última persona de la que quería hablar.

—No, —dije. —Ni si quiera estoy segura de si él sabe que me fui de Dallas.

—Por supuesto que lo sabe, —dijo Andrea. Puso los ojos en blanco. —Está por todo Facebook.

—¿Lo está?

—Bueno, yo lo posteé, —dijo Andrea encogiéndose de hombros.

—Eso no significa que él lo haya visto, —dije. —A parte, ¿por qué le importaría? Él me dejó.

—Créeme, lo sé. —Andrea suspiró y se sentó. —¿Cómo has estado?

Los ojos verdes de Andrea se encontraron con los míos. Ella no apartó la mirada. Mantuvo la mirada fija hasta que, finalmente, sentí mi cuerpo derrumbarse y mi voluntad se derritió en la nada. Yo no quería hablar de él con la misma intensidad que Andrea sabía que necesitaba hacerlo.

—Lo extraño, —dije honestamente, —lo cual es ridículo. Lo sé. Pero no puedo evitarlo. Todavía lo extraño.

—Estuvieron juntos por dos años, —dijo Andrea. —Sería raro si *no* lo extrañaras.

—Pero él no se lo merece, —dije firmemente. —Él la cagó conmigo totalmente. Me quedé con él mientras terminaba la escuela de medicina. A parte de las largas horas que mantuvo y las peleas estúpidas que elegía tener cada vez que se estresaba por algún examen, me quedé ahí. Lo soporté todo. Luego, ¿empieza su residencia y simplemente se echa para atrás? ¿Quién hace algo así?

—Un imbécil, —dijo Andrea francamente. —Un pequeño imbécil patético.

—Exactamente, —dije. —Entonces, ¿por qué demonios me importa todavía?

—Porque eres una buena persona, —dijo Andrea. —Tienes un corazón. Uno grande.

—Desearía no tenerlo, —dije.

Andrea resopló y se movió a la orilla del sofá. Me alcanzó su mano para que la tocara. Con un suspiro me deslicé de mi silla y me moví para sentarme al lado de ella. Tomó mi mano y una vez más me clavó la mirada y casi fue demasiado obvia.

—¿Quieres que lo mate?, —preguntó ella con tono serio.

Me reí y me quité de su mano y lancé la de ella.

—¡Estoy hablando en serio!, —dijo ella. —Lo haré. Ya tengo la pala en mi camioneta.

—Estás loca. —Puse los ojos en blanco.

—Puede que eso sea cierto, —dijo ella. —Pero estoy aquí. Para lo que sea que necesites.

—Me alegra que hayas venido, —dije.

—Me necesitabas.

Su respuesta fue simple, pero era la esencia de quien era Andrea. Ella y yo habíamos pasado por todo juntas. Desde el jardín de infancia hasta la graduación de la universidad. Desde bodas a funerales. No era una sorpresa que ella supiera lo que necesitaba mejor que yo.

—Estoy contenta de haberme mudado, —dije. —Este lugar va a ser bueno para mí. Hoy fui al pueblo y es perfecto. Está una pequeña cafetería de la cuadra donde podría pasar todo el día. Voy a escribir mucho ahí.<

—Eso está muy bien, —dijo Andrea. —Ahora que el Dr. Caradetrasero ya no te está reteniendo, finalmente puedes hacer un buen trabajo.

Fruncí el ceño. —¿Reteniéndome?

Estaba molesta y dolida por mi ruptura, pero nunca pensé en Leonard como alguien que me retuviera.

—Oh, vamos, —dijo Andrea. —Sabes que lo hacía. En los dos años que estuviste con él, apenas escribiste algo, Daniela.

—Mi carrera ha sido exitosa, —dije en mi defensa. —He publicado al menos un artículo mensual desde la universidad. Eso está bastante bien.

Andrea levantó sus manos. —Escucha, —dijo ella. —No estoy cuestionando tu éxito, pero no estoy hablando de tus artículos. Como periodista lo estás desperdiciando. Siempre lo has hecho.

—Entonces, ¿qué?

—¡Tu libro!, —dijo Andrea con frustración. —El libro que has estado escribiendo desde la secundaria. El libro con el que te has estresado y con el que has estado lidiando por diez años. ¿Te acuerdas de ese libro?

—Oh. —Parpadeé. —Cierto.

—¿Ves?, —dijo Andrea. —Él estaba reteniéndote.

—No sé si podemos culpar a Leonard por eso, —dije. —Yo desplazé el libro. Eso no es su culpa.

—¿Recuerdas lo que te dijo después de que leyó el primer capítulo?, —preguntó Andrea.

Fruncí el ceño otra vez. No había pensado en mi libro desde hace mucho tiempo. Honestamente, ni siquiera podía recordar la última vez que abrí el archivo en mi computadora. Pero cuando Andrea hizo esa pregunta, todo empezó a fluir de nuevo.

Leonard y yo estábamos en su apartamento. Yo acababa de darle el primer capítulo para que lo leyera. Me senté en su sofá esperando que lo terminara. Estaba aterrada de escuchar lo que él pensaba, pero también estaba emocionada por compartir algo tan personal con él.

Cuando finalmente había terminado de leerlo, volteó hacia mí con una sonrisa amable.

—Es juvenil, —dije sacudiendo la cabeza. El rostro de Andrea se volvió a concentrar. —Me dijo que era juvenil. Los desvaríos inmaduros de una pequeña chica confundida y asustada que todavía no había descubierto qué hacer con su vida.

—Exactamente. —Asintió Andrea. —Esa fue la primera vez que supe que él estaba equivocado acerca de ti.

—Entonces, ¿por qué no dijiste nada?, —pregunté.

—¿Hubieses escuchado?, —preguntó Andrea.

—Probablemente no. —Me reí y negué con la cabeza. —Dios, fui una idiota.

—No, —dijo Andrea. —Estabas enamorada. Querías creer que él era un buen hombre, que no estabas desperdiciando tu tiempo. Querías creer en él. Eso no te hace una idiota.

—Asentí y cerré los ojos. Andrea enrolló su brazo alrededor de mis hombros mientras asimilaba la realidad de mi situación.

Esta casa era mi nuevo hogar. Me fui de Dallas. Me mudé a Ennis. Finalmente, después de dos años, liberándome de las garras de Leonard.

Una oleada de libertad creció dentro de mí. Me apreté y cerré los ojos fuertemente por un segundo antes de volverlos a abrir. Andrea tenía razón. Leonard pasó dos años retenéndome de ser la persona que quería ser. Cuando me dejó, estaba simplemente dejándome ser libre. Y ahora podía hacer cualquier cosa con esa libertad.

Capítulo 2

Emilio

Puede que sea un idiota, pero es mi hermano.<

—Entonces, —dijo Leo. Tomó un largo sorbo de su cerveza y luego se giró para mirarme. —¿En qué tipo de problemas te estás metiendo en Dallas?

Me encogí de hombros. —Ya te lo dije. Solo necesitaba escaparme de la oficina. Estar en la ciudad por un par de días.

—¿El trabajo te está estresando?, —preguntó Leo.

—No. —Negué con la cabeza. —No más de lo usual. Aparte, ¿no puedo simplemente querer ver a mi hermano mayor?

Leo resopló y tomó otro sorbo de su bebida. Él sabía que yo estaba lleno de mierda. En los últimos años nos habíamos acercado más, pero seguíamos sin ser mejores amigos. Éramos hermanos, pero no crecimos juntos. Yo fui adoptado cuando era pequeño y, a pesar de que Leo siempre supo sobre mí, no nos conocimos hasta que los dos fuimos adultos.

No era un ajuste fácil de hacer. Descubrir que tenía un hermano mayor cuando estaba a mediados de mis veinte fue un choque. Sabía que había sido adoptado a una edad muy temprana, pero aparte del hecho de que tenía diferentes padres biológicos, no sabía mucho más.

Leo estaba en su residencia en la escuela de medicina de Dallas, mientras que yo vivía a solo una hora en Ennis, Texas.

Inicialmente estaba nervioso por conocer a mi hermano perdido. Aun así, fue genial. Después de unos pocos encuentros incómodos, Leo y yo decidimos simplemente dejar que las cosas progresaran naturalmente. Nos veíamos periódicamente el uno al otro cuando los dos teníamos tiempo. Nunca forzamos una conexión o una amistad. Eso llegó sin esfuerzo y funcionó para los dos.

—¿Cómo va la residencia?, —pregunté.

Leo suspiró y negó con la cabeza. Puso los lentes en el bar dramáticamente antes de iniciar una historia demasiado seria sobre su última

aventura salvando una vida.

—Estaba en la parte superior de la camilla, sosteniendo los intestinos del tipo dentro de su estómago cuando tuvo un maldito infarto. Era como si quisiera morir.

—Quizás lo quería, —dije con una risa.

—No es gracioso, Emilio, —estalló Leo. —Este trabajo es intenso. Las personas mueren todo el tiempo, y algunas veces es mi culpa. Es un infierno. Todos los días.

—Entonces, ¿por qué lo haces?, —pregunté.

—Porque es mi llamado, —dijo Leo. —Puedes entender eso, ¿no?

—Por supuesto.

La verdad era que no lo comprendía del todo. Cada vez que me reunía con Leo, se quejaba de algo. Su trabajo. Su apartamento. Nada y todo. Tanto como me gustaba conocer a mi hermano mayor, era deslumbrantemente obvio que no teníamos mucho en común.

¿Yo? Me gustaba reírme de las cosas y disfrutar la vida. Sabía cuándo poner una cara seria y cuando aflojarla, pero Leo era todo serio, todo el tiempo. Quizás por eso es que era tan bueno en su trabajo. Tenías que ser serio cuando la vida de las personas estaba literalmente en tus manos.

No tomaba mucho darse de cuenta de que yo era mejor con las personas. Eso junto con mi firmeza indetenible eran como construía una empresa que estaba en crecimiento progresivo; ahora en camino a convertirse en la fabricante de herramientas petroleras número uno en el mundo.

Cuando se trataba de mi competencia, el desempeño de mi firma los dejaba hecho polvo. Así era justo como me gustaba operar.

¿De dónde sacaba el impulso? Quizás necesitaba probarle algo al mundo. Era lo suficientemente consciente para admitirlo. Temprano había decidido que haber sido dado en adopción no iba a detenerme de patear traseros y hacer que se escuchara mi nombre. De hecho, eso iba a ser mi combustible.

—¿Cómo está tu chica?, —pregunté.

—Terminé con ella, —dijo Leo despreocupadamente.

—¿Qué?, —me volví para mirarlo fijamente. —¿Por qué?

—No es el momento adecuado para yo establecerme, —dijo Leo. —Estuvimos juntos por tres años, y podría decir que ella estaba lista para dar el siguiente paso. Yo apenas comencé mi residencia. Ahora no tengo tiempo para pensar en casarme o en hijos.

—¿Ya estaba hablando de tener hijos?, —levanté las cejas.

—No. —Leo negó con la cabeza. —Pero mencionó que nos mudáramos juntos un par de veces.

—¿Y?

—Y te dije, no tengo tiempo para concentrarme en una relación.

—Como sea, —dije. —Pero por todo lo que me dijiste, ella era la indicada. ¿No lidió con toda tu mierda durante la escuela de medicina?

—Tú nunca la conociste, —dijo Leo.

—Es cierto. Sé que no es mi asunto, aunque hablando desde mi experiencia las buenas chicas no llegan con facilidad. Puede que te arrepientas la próxima vez que la veas por ser un idiota y ella esté en los brazos de otro tipo.

—Tienes razón. No es asunto tuyo.

—No quería empezar una pelea con Leo. Hoy se trataba sobre dejarse llevar. Había estado saturado por semanas en mi oficina y necesitaba relajarme.

Necesitaba otro maldito trago.

—¿Otra ronda?, —le pedí al mesero que pasó cerca. Él asintió y rápidamente me sirvió otro trago de whiskey. Leo tuvo su segunda cerveza, y nos sumimos en un silencio fácil.

Mi atención se concentró en cualquier otra parte en cuestión de segundos. Leo apenas notó cuando una rubia nos pasó por un lado lentamente, pero yo no pude evitar mirarla. Era hermosa y claramente estaba merodeando. Mientras caminaba, giré en mi taburete y la miré.

Ella me miró de vuelta, su cabello rubio caía suavemente sobre su hombro. Mis ojos se encontraron con los suyos por un segundo, y supe que era la diversión que necesitaba. Vine a la ciudad para olvidarme del trabajo, y esta chica era la distracción perfecta.

—Aquí. —Me puse de pie y saqué mi billetera de mi bolsillo. Dejé el dinero para pagar la cuenta, me volví hacia Leo. —Te veré en la mañana.

—¿A dónde vas?, —preguntó Leo.

Asentí a la rubia. Estaba sentada contra la pared posterior con unos amigos rodeándola. Le estaban hablando al oído, pero sus ojos seguían concentrados en mí.

Leo simplemente puso los ojos en blanco y agarró su cerveza. Sonreí y le di una palmada en el hombro mientras me iba.

***<

—Oh cielos, —su cabeza giró hacia adelante cuando mis dedos

encontraron su clítoris. —Justo ahí. Sí. ¡Oh dios!

—¿Te gusta?, —pregunté. Le di un azote en el trasero, enviando vibraciones a través de mi pene.

Estaba profundo dentro de ella, tomándola fuertemente desde atrás. Mis dedos masajearon su clítoris, teniéndola cada vez más y más cerca del borde. Con cada gemido que liberaba, la penetraba más fuerte y rápido.

Su trasero pequeño y delicioso lucía increíble mientras agarraba su cadera con una mano. Cuando se vino, fue con un grito de éxtasis a la tierra que avivó mi propio deseo.

—Grita para mí, —demandé. —Grita para mí otra vez.

—¡Maldición! —Su voz estaba chillona y necesitada. —¡Santo cielo! No pares. Por favor. No pares.

Las palabras salían de ella mientras el placer estremecía su cuerpo. Gritó mi nombre y colapsó en la cama. Sonreí y me salí de ella lo suficiente para voltearla sobre su espalda.

—Todavía no he terminado contigo, —dije.

Se rio y se quitó el cabello de la cara. Agarré sus piernas y la llevé hacia adelante, empujando mis caderas al mismo tiempo. En un movimiento, estaba enterrado bien profundo dentro de ella otra vez. Ella jadeó y gimió con placer renovado mientras la tomaba más duro que antes.

Sus tetas rebotaron, y sus ojos se voltearon hacia atrás. Faltaban pocos segundos antes de que desbordara en otro orgasmo.

—¡Emilio!, —gritó ella. —¡Oh, Emilio!

Podía escuchar a las personas en la habitación de al lado golpear la pared para que nos calláramos, pero no me importó. En mi habitación de hotel, no importaba nada sino mi propio alivio. Si la pequeña señorita rubia quería gritar con todas sus fuerzas, eso es lo que haría. Tanto hasta que obtuviera lo que necesitaba, mis vecinos invitados solo tenían que superarlo.

—Eso es, cariño, —dije. Apreté mis caderas hacia adelante y gemí. Estaba tan cerca que podía sentir mi pene empezar a palpitar.

—¡Sí!, —ella gritó y se vino otra vez, su vagina apretándose contra mi pene.

—Maldición, —gemí y me liberé, duro y rápido.

Agarré sus caderas y me encorvé ligeramente hacia adelante, dejando que las ondas de placer me recorrieran el cuerpo. Ella estaba jadeando debajo de mí, tratando de recuperar su respiración. Cuando se lo saqué y me tumbé en la cama a su lado, pude ver sus rodillas temblando. La vista trajo una ligera

sonrisa a mis labios, pero no duró mucho. Una vez que mis necesidades estaban satisfechas, solo quería dormir.

—Bueno, —dijo ella con simpleza después de recuperar el aliento. — Debería largarme de aquí.

—Está bien. —Asentí y la elogí internamente por captar el mensaje. Odiaba cuando las chicas, especialmente aquellas que recogía en bares, pensaban que el sexo significaba el inicio de algo. Las chicas pegajosas me molestaban más que nada.

—Gracias por esta noche, —dijo ella. Se levantó de la cama y empezó a buscar su ropa. —Estuvo muy divertido.

—Gracias a ti. —Sonreí. —Tú estuviste jodidamente genial.

—Lo intente. —Me guiñó el ojo y se puso el vestido por encima de la cabeza.

—Aquí. —Agarré mi teléfono de la mesita de noche. —Te pediré un taxi.

—No es necesario, —dijo ella, sacudiendo la cabeza. —Yo lo hago.

—Eres perfecta, ¿sabías eso?, —pregunté, riéndome suavemente.

—Eso es lo que me dicen todos los chicos.

Ella se inclinó y me dio un beso corto en los labios.

—Gracias de nuevo, —dijo ella.

—Adiós.

La observé salir por la puerta, con un suspiro me enrollé en mi lado. Esto era exactamente lo que necesitaba cuando venía a Dallas el fin de semana. Tragos con mi hermano y sexo con una rubia ardiente.

Mientras me quedaba dormido, pensé que venir a Dallas fue una gran idea.

El lunes llegó y se fue sin incidentes. Volví al trabajo y todo lo del fin de semana se había olvidado. La rubia del viernes desapareció de mi mente completamente, e incluso me olvidé de mi momento con Leo. Una vez que regresé a Ennis, me encerré en el trabajo de la forma en que lo había hecho por diez años. Mi trabajo era mi vida, y mi vida era mi trabajo. Me permitía un descanso de vez en cuando, pero siempre mantenía la vista en el premio. No hacía mis millones escabulléndome.

La mañana del martes trajo algunos ejecutivos de una de las compañías de petróleo más grandes del país que nunca antes había conocido. Había estado en contacto con sus empleados por años, pero ellos nunca se habían tomado el tiempo para sentarse y hablar conmigo frente a frente.

Hasta ahora.

—Buenos días, —dije cuando entraron por la puerta. Salté de mi silla y extendí mi mano. —Gracias por venir.

—El placer es nuestro, —dijo Timothy Harrington. Me dio la mano y tomó asiento.

—Tú debes ser Jonathan, —le dije al hombre detrás de él.

—Un placer conocerte, Emilio, —dijo Jonathan.

—A ti también, —dije. —Por favor, toma asiento.

Señalé hacia la silla vacía al lado de Timothy. Jonathan se sentó. Jonathan era el hijo de Timothy, y ellos habían estado dirigiendo juntos su compañía por más de veinte años. Eran sensatos y extremadamente profesionales. Yo conocía bien su reputación, y sabía exactamente cómo dirigir la reunión.

—¿Y puedes hacer que esto funcione?, —preguntó Timothy después de que nos metimos en la discusión.

—Por supuesto, —dije. —Las herramientas que nosotros vendemos son de la calidad más alta, pero siempre hay lugar para mejorar. No voy a doblar un tornillo por aquí y otro por allá. Siempre y cuando te puedas comprometer a usar exclusivamente nuestras herramientas en nuestras plataformas, haré que funcione lo que sea que necesiten.

—Es bueno escuchar eso, —dijo Jonathan. —Para ser honesto, estábamos un poco preocupados por venir hoy.

—¿Y por qué?, —pregunté, recostándome en mi silla y cruzándome las manos sobre el pecho. Esa era mi pose de poder. La posición que utilizaba cuando necesitaba parecer pensativo y concentrado.

—Eres joven, —dijo Timothy con simpleza.

Sonreí. —No voy a discutir sobre eso, —dije. —Pero mi cumpleaños número treinta ha venido y se ha ido. Ya no soy un cigoto.

—Puede que lo seas, —dijo Timothy con atrevimiento. —Yo he dirigido el negocio del petróleo por cuatro décadas. Hace veinte años se unió Jonathan. Nosotros hemos estado haciendo esto desde que eras solo un niño.

—Exactamente por eso confío en su juicio, —dije. —Mientras que yo tengo diez años de experiencia propia, entiendo que los dos están a kilómetros por delante de mí. Estoy emocionado por aprender de ustedes y que crezcamos juntos.

Timothy asintió en aprobación, pero Jonathan continuó con mirada escéptica. No me conocía y, aun así, dudaba de mí por alguna razón. Sabía que no podía ser solo por mi edad, pero la razón no importaba. Internamente

me había jurado demostrarle que estaba equivocado. Sin importar lo que me llevara.

—Bueno, —dijo Timothy. —Haz que tu secretaria nos envíe los contratos y les echaremos un vistazo. Si todo está en orden, firmaremos y despegaremos este negocio.

—Suena bien. —Sonreí y me puse de pie. Timothy y Jonathan me dieron la mano antes de salir de mi oficina.

Me quedé de pie por unos pocos minutos, solo por si regresaban. Cuando estuve seguro de que se habían ido, exhalé bruscamente y me tumbé de nuevo en mi silla.

Yo sabía que tenía lo que ellos necesitaban y que el trato nos beneficiaría muy bien a ambos. Solo esperaba que Jonathan estuviese de acuerdo como lo estaba su padre. Tenía que asegurarme de que todo esto se llevara a cabo sin ningún obstáculo.

—¿Claire?, —llamé, sin que me importara usar el intercomunicador. Mi secretaria apreció inmediatamente en la puerta abierta de mi oficina.

—¿Sí, Sr. Bosh?, —preguntó ella.

—Necesito que les envíes hoy esos contratos a los Harrington, —dije. —Idealmente me gustaría que devolvieran los papeles a la oficina:

—Se los enviaré por fax inmediatamente, —dijo Claire asintiendo.

—Gracias.

Salió rápidamente de la oficina y, unos segundos después, escuché el zumbido familiar de la máquina de fax. Sonreí. Esto era algo bueno. Trabajar con los Harrington traería más dinero y más clientes. Me volteé para mirar mi computadora y, cuando mi teléfono sonó una hora después, estuve agradecido por la interrupción.

—Ey, Leo, —dije, presionando el teléfono en mi oído.

—Ey, hermano, —dijo Leo. —Escucha, tendré un descanso y quería que hiciéramos algo durante la semana.

Fruncí el ceño. —¿Esta semana?

—No puedo reunirme contigo este fin de semana, —dijo Leo. —Tengo aquella conferencia médica en Houston, ¿la recuerdas? Así que solo puedo durante la semana

—Oh, cierto.

Leo y yo siempre tratábamos de vernos una vez a la semana. Con nuestras agendas, no siempre era posible, pero hacíamos un esfuerzo. Después de mi reunión con los Harrington, no podía pensar en nada más, mucho menos en

tomar una cerveza con mi hermano.

—Puedo hacerlo el jueves por la noche, —dijo Leo. —¿Eso te funciona?

Hice una pausa por unos segundos. El jueves por la noche estaba abierto para mí, pero no sabía si permanecería así. Con este nuevo asunto en el camino, sabía que existía la oportunidad de que tuviese que quedarme en la oficina por unos días. Incluso quizás semanas.

—Tendré que confirmarte después, —dije. —Justo comencé con este nuevo contrato y no estoy seguro de cómo vayan las cosas.

—Está bien, —dijo Leo. —Solo avísame mañana si puedes, ¿está bien?

—Lo haré, —dije. —Y ¿cómo van las cosas? ¿Supiste algo últimamente de esa ex tuya?

—No, —dijo Leo. —No hemos hablado en un mes.

—¿De verdad?, —pregunté.

—Te dije que rompimos, —dijo Leo impacientemente. —¿O estabas demasiado distraído con esa rubia para prestarme atención?

Me reí. —Bueno, ella era una buena distracción.

—¿Alguna vez vas a crecer?, —me preguntó

Me mordí la lengua. Era irónico que, después de dejar a su novia porque no tenía tiempo para tener una relación, me estuviera hablando sobre madurez.

—Sé que terminaste con ella, —dije. —Es solo que pensé que podían seguir en contacto. Sin cierre y toda esa mierda.

—Yo tuve mi cierre, —dijo Leo. Su tono era despreocupado y eso me molestaba.

—¿Y ella?, —pregunté.

—Ella lo superará, —dijo Leo. —Si no es que ya lo hizo.

—Estoy seguro, —dije. —De que ella no te está extrañando mucho.

—Jódete.

Me reí, y terminamos la conversación. Leo no era de los que aguantaban las bromas o que apreciaba que lo molestaran, pero no me importaba. Era divertido molestarlo, sobretodo porque nos perdimos veintiocho años de nuestras vidas.

—Me llamas por lo del jueves, —dijo Leo mientras nos despedíamos.

—Lo haré.

Colgué y lancé el teléfono sobre mi escritorio. Gruñí y saqué mi silla del escritorio. La llamada de Leo fue justo la distracción que necesitaba, pero ahora tenía que volver al trabajo y no estaba seguro de que quisiera hacerlo.

—¿Claire?, —pregunté mientras salía de mi oficina. Claire estaba sentada detrás de su escritorio, escribiendo en su teclado.

—¿Sí?, —preguntó ella, volteándose para mirarme.

—¿Algo de los Harrington?, —pregunté.

—Ellos recibieron el contrato, —dijo ella encogiéndose de hombros. —O al menos, alguien de su oficina lo hizo.

—¿Ninguna palabra todavía?, —pregunté.

Negó con la cabeza. —No. Estoy segura de que sus abogados están encargándose de todo, y ellos—

—Gracias.

No esperé a que terminara. Regresé a mi oficina y cerré la puerta de golpe. Tumbándome en mi silla, supe que tenía que meterme este asunto en el bolsillo.

Los Harrington eran los mejores en el mercado. Si ellos se echaban para atrás, los otros los seguirían. Tenía otros dos acuerdos en mente. Uno con una plataforma petrolera en Alaska y otro aquí en Texas. Los dos acuerdos serían beneficiosos, pero ninguno se acercaba a lo que los Harrington traerían.

Si ellos eran buenos hombres de negocio, como yo creía, entonces sabrían que yo era su mejor opción.

Nadie superaba a mi firma. Nadie me superaba a mí.

No, solo era cuestión de tiempo.

Capítulo 3

Daniela

No había estado en el pueblo mucho tiempo antes de darme cuenta de que necesitaba un empleo. Anhelaba pasar mis días escribiendo mi libro, pero sabía que eso no era realista. Mis ahorros no me durarían tanto y por ahora tenía que concentrarme en ser práctica. Al menos por un tiempo.

Temprano en la mañana del miércoles caminé hacia la pequeña cafetería de la que le había hablado a Andrea. Era pequeña. Solo había un puñado de sillas esparcidas por todo el sitio y el mostrador apenas era más grande que mi baño. Aun así, la amaba. Después de la primera vez que puse un pie ahí, supe que había escogido el lugar correcto para mudarme.

—Buenos días, —dije mientras me acercaba al mostrador. —¿Me puede dar un espresso triple con un toque de leche? Gracias.

—Por supuesto. —La barista sonrió y fue a preparar mi bebida inmediatamente.

Un minuto después estaba sosteniendo una taza blanca de cerámica y caminando hacia la ventana. Me senté en una mesa para dos y miré hacia afuera. Mi computadora portable estaba en mi bolso, pero quería despertarme un poco antes de ponerme de lleno a investigar.

Le di un sorbo a mi café y observé a los madrugadores pasar por la cafetería. Unas cuantas personas se detuvieron y entraron a pedir algo para llevar, pero la mayoría pasaba de largo. Incluso unos pocos me miraban mientras pasaban por mi ventana. De esos que lo hacían, cada persona sonreía. Por lo que podía decir, Ennis parecía ser un lugar ajetreado lleno de personas amables. Exactamente el tipo de pueblo en el que quería estar.

—¿Puedo llenarte otra vez la taza?, —me preguntó la barista desde atrás del mostrador. Yo era la única persona en el café por ahora.

—No, —dije con una sonrisa. —Sin embargo, gracias.

—¿Qué estás haciendo por aquí?, —preguntó ella.

—Bueno, —dije, agachándome para sacar mi portátil de mi bolso, —con

suerte tendré un nuevo empleo al final del día.

—¿Eres nueva en el pueblo?, —preguntó ella. —No creo haberte visto antes por aquí.

Asentí. —Me acabo de mudar aquí.

—¿Qué tipo de trabajo estás buscando?, —preguntó ella. —Siempre estamos contratando aquí.

—Gracias. —Sonreí otra vez. —Pero soy periodista. Estoy esperando encontrar un trabajo en línea. Algo que me proporcione ingresos estables pero que aun así me dé tiempo libre para disfrutar de mi estadía aquí, ¿sabes?

—Suenas como un sueño, —dijo ella riéndose suavemente.

—Algunas veces lo es, —dije.

La barista volvió a su trabajo limpiando la máquina de espresso. El silencio del café se apretó a mi alrededor, así que saqué mis audífonos de mi bolso y los enchufé en mi portátil. Rápidamente la música me llenó los oídos y me sumí en mí misma.

Duré lo que se sintieron como horas buscando trabajos en línea. Había un millón de cosas ahí afuera, pero quería encontrar la posición perfecta. Andrea tenía razón. Mi libro era demasiado importante para mí. Había dejado pasar dos años sin ningún trabajo serio. No podía seguir poniéndolo a un lado, sin importar qué otras cosas estaban pasando en mi vida.

Cuando miré el reloj de la computadora, me di cuenta de que solo había estado por una hora en el café. Sentí que fue más tiempo que eso, y, aun así, todavía no había encontrado un trabajo para el que quisiera postularme.

Me saqué los audífonos de las orejas y dejé que el sonido del silencio me abrumara nuevamente. Mirando alrededor, noté que ya no estaba sola en el café. Había un hombre de pie enfrente del mostrador. No podía ver su rostro, solo su cabello oscuro y su cuerpo musculoso. Inmediatamente captó mi atención, pero aparté la mirada rápidamente.

Hoy no se trataba sobre los hombres. No había venido a Ennis para encontrar un novio nuevo. Vine para un nuevo comienzo y por un poco de libertad.

—Gracias, Sarah. —La voz profunda del hombre resonó detrás de mí, pero me negué a voltear.

Miré fijamente la pantalla de mi computadora, apenas mirándola. Mi mente ya había comenzado a deambular, y cuando el hombre se puso delante de mi mesa, sentí todo mi cuerpo reaccionar a su presencia.

Mis hombros se pusieron tensos, y se marcaron surcos en mi frente.

Levanté mis ojos hacia su rostro, preparada para pedirle que se fuera amablemente. Estaba ocupada buscando trabajos y no necesitaba estar distraída.

—Hola, —dijo él.

Mi respiración se detuvo en mi garganta cuando este chico atractivo, musculoso con cabello castaño oscuro se puso de pie delante de mí con un aire de confianza en él.

Sus músculos estaban marcados por la camiseta ajustada que llevaba, y no pude evitar notar el bulto delante de sus pantalones. Parecía como si sus brazos no eran lo único que entrenaba. Quería resoplar con mi broma, pero me contuve.

Sus ojos eran de un color azul como el océano. Era alto, y fácilmente sobrepasaría a la mayoría de las personas que conocía. Había algo familiar e irresistible en él. No podía precisarlo aparte de que mi estómago revoloteó cuando nuestros ojos se encontraron.

Había líneas pequeñas en la esquina de cada ojo. Era mayor que yo, pero no por mucho. Justo así, mi rechazo educado se esfumó.

—Hola, —dije al contrario.

—Escucha, —dijo él. —Sé que esto es un poco raro, pero te vi sentada ahí y solo pensé... Bueno, pensé que quizás te gustaría un poco de compañía.

—Seguro, —dije sin pensarlo. —Eso estaría genial.

Hice un gesto hacia la silla vacía enfrente de mí. El hombre de ojos azules descendió hasta esta y me sonrió de nuevo. Sus ojos eran suficientes para captar mi atención, pero esa sonrisa era máxima. Era alto, con hombros anchos y cuerpo musculoso. Su mandíbula era fuerte y angular, y sus ojos azules se quedaron mirando a los míos con algún tipo de rayo tractor.

—Me llamo Daniela, —dije. *Bastante fluido*. Saqué mi mano para tendérsela. —Daniela Black.

—Emilio Bosh, —dijo él. —Es un placer conocerte, Daniela.

Sonreí. —A ti también.

—Entonces, —dijo Emilio. —No te había visto por aquí antes, lo cual debe significar que eres nueva en el pueblo. ¿O quizás solo estás de visita?

—Me acabo de mudar aquí, —dije. —¿Usas esa línea con todas las chicas?

—¿Qué significa eso?, —preguntó Emilio, frunciendo el ceño ligeramente.

—Tú debes ser nueva en el pueblo, —imité.

—¿Estuve mal?, —bromeó él.

—No del todo, —dije, y podía decir que era el donjuán que parecía ser. —Bueno, estoy aquí todos los días, —dijo Emilio. —Solo pregúntale a Sarah. Ella atestiguará por mí.

—No lo dudo. —Me reí suavemente.

Emilio era fácil para conversar. Mucho más fácil de lo que hubiese anticipado. Cuando se sentó, inmediatamente sentí los nervios golpearme a toda marcha, pero una vez empezamos a hablar, la charla fluía fácilmente.

—¿Qué estás haciendo?, —preguntó Emilio asintiendo hacia la computadora.

Suspiré. —Buscando un empleo.

—¿No has tenido suerte?, —preguntó Emilio.

Me encogí de hombros. —Todavía no. Encontraré algo. Solo es cuestión de encontrar el *algo* correcto.

Emilio miró la computadora más de cerca y echó un vistazo. Cuando me miró de nuevo, sentí que mi estómago se apretó.

—¿Periodismo?, —preguntó él con simpleza.

Asentí. —Espero encontrar una posición en línea, —dije. —Quizás una columna semanal o algo.

—Ya sabes, —dijo él. —Dallas no está tan lejos. Siempre podrías viajar hasta allá. Encontrar un empleo en un periódico reconocido.

—Ya hice eso, —dije con una sonrisa. —De hecho acabo de irme de Dallas.

—¿Oh, sí?, —preguntó Emilio. Su interés era halagador, pero no estaba segura de querer entrar en detalles de mi vida con un completo extraño. Después de todo, solo nos conocíamos el uno al otro por no más de 10 minutos.

—Necesitaba un cambio. —Me encogí de hombros. —Este lugar parecía perfecto. El único problema con Ennis es su falta de publicaciones.

—Sí, —dijo Emilio. —No encontrarás una vacante para reporteros por acá. Es un pueblo bastante tranquilo.

Asentí. —Sí, me he dado cuenta.

Emilio y yo pasamos el resto de la mañana hablando. Le pregunté qué hacía para vivir, algo sobre plataformas petrolíferas o herramientas, y él hizo más preguntas sobre mi búsqueda de empleo, en qué tipo de columna quería escribir, dónde fui a la escuela, mi título de periodista.

Con cada minuto que pasaba, se volvía más y más fácil hablar con él.

Emilio no se sentía como un desconocido. Había algo extrañamente familiar en él, algo que me tranquilizó y me hizo sentir que Ennis realmente era mi nuevo hogar. Cuando finalmente se puso de pie para irse, una sensación de decepción se instaló en mi pecho, pero la empujé y lo arreglé con mi mejor sonrisa.

—Realmente fue muy genial conocerte.

—Esta no tiene que ser una despedida, —dijo Emilio. —Estoy bastante seguro de que te volveré a ver por aquí, pero solo por si acaso...

Sacó un lapicero de su bolsillo y agarró una servilleta de la mesa. Extendiéndome ambos, levantó sus cejas sugestivamente.

Me reí y tomé el lapicero. Mientras escribía mi número en la servilleta, sentí sus ojos en la parte posterior de mi cuello. Solo su atención fue suficiente para hacer que mis mejillas se ruborizaran.

—Gracias, —dijo él mientras le daba la servilleta con mi nombre escrito en ella.

—Te veré por aquí.

—Definitivamente lo harás.

Emilio me sonrió una última vez antes de despedirse de Sarah y salir de la cafetería. Lo observé hasta que desapareció por la esquina, mis mejillas todavía estaban ligeramente calientes.

Capítulo 4

Emilio

El rostro de Daniela flotó en mi mente por el resto del día. Iba extremadamente tarde al trabajo esta mañana, pero no me importó. Para el momento en que llegué a la oficina, Claire tenía diez mensajes para mí e iba de camino a almorzar. Mi pene apenas me dejaba estar concentrado en el trabajo, incluso, a pesar de que me dediqué a devolver llamadas y correos.

En todo lo que podía pensar era en esos ojos azules pálidos y en su cabello castaño claro que caía justo hasta sus hombros. Cada vez que levantaba la cabeza, capturaba la luz del sol justo ahí y hacía que mi estómago se apretara. Era alta, pero no demasiado alta. Sus curvas eran suficientes para atrapar mi mirada. Era hermosa de una forma que nunca lo había esperado. Pude haberme quedado en ese café todo el día si eso significaba que podía hablar con ella.

Mientras me reclinaba en mi silla, intenté no pensar en ella. Intenté escuchar al cliente que hablaba a una milla por minuto en mi oído. Intenté concentrarme en los correos desbordándose. Intenté ignorar la voz persistente en la parte posterior de mi cabeza que me decía que dejara todo y llamara a Daniela. Nada funcionó. No importó lo mucho que intentara concentrarme en el trabajo, simplemente no podía sacarme su sonrisa de la cabeza.

Daniela parecía estar en sus mediados veinte, aunque no sabía su edad exacta. Cuando habló sobre su trabajo como periodista, se deslizó en un profesionalismo que no tenían la mayoría de las personas de su edad. Quedé impresionado con ella desde el segundo en que abrió la boca. Era inteligente y ocurrente. Fue fácil hablar con ella. No podía recordar la última vez que había bromeado con alguien de la forma en que había bromeado con ella.

—¿Sr. Bosh?, —preguntó Claire asomando la cabeza dentro de mi oficina. —Tengo a Timothy Harrington en el teléfono.

Si había algo que sacaría a Daniela de mi cabeza, era el nombre Harrington. —Pásamelo.

Claire asintió y se apresuró hacia su escritorio. Escuché el sonido familiar en su teléfono, y luego sonó el mío bruscamente. Lo agarré rápidamente y lo coloqué en mi oído.

—Sr. Harrington, —dije. —¿En qué lo puedo ayudar?

—Mis abogados revisaron los contratos, —dijo Timothy sin molestarse con charlas. —Parece que todo está en orden.

—Eso es maravilloso, —dije. —Me alegra escuchar eso.

—Jonathan y yo los firmaremos mañana, —dijo Timothy. —Deberías tenerlos en tu oficina al final del día.

—Gracias, —dije, tratando de apartar la felicidad de mi voz. —No veo la hora de trabajar con usted, Sr. Harrington.

—¿Y Emilio?, —dijo. —No lo arruines.

Timothy colgó con eso y me dejó con el tono de marcación. Negué con la cabeza y exhalé bruscamente mientras colgaba el teléfono. Todo mi cuerpo se sentía ligero como el aire. No solo porque había pasado la mañana con una mujer increíble, sino porque había conseguido uno de los contratos más grandes de toda mi carrera.

No podía esperar un segundo más. Sin pensarlo, saqué la servilleta con el número de Daniela de mi bolsillo y la coloqué en mi escritorio. Marqué su número y sonreí mientras me recostaba y escuchaba el teléfono repicar.

—¿Hola?, —la voz de Daniela era tan dulce y seductora como lo había sido en persona.

—Hola, es Emilio, —dije. —¿Tuviste suerte con la búsqueda de trabajo?

Daniela se rio. —Todavía no, —dijo ella. —Pero no encontraré nada si sigues distrayéndome.

—¿Distrayéndote?, —pregunté. Levanté las cejas y sonreí sabiendo que no podía verme.

—Primero esta mañana, —dijo ella con un suspiro. —Y ahora, esta llamada telefónica. ¿Cómo se supone que una chica vaya a finalizar algo?

—Hagamos un trato, —dije.

—¿Oh?, —preguntó Daniela en tono de broma.

—Dejaré de distraerte, —dije. —Si aceptas ir a cenar conmigo mañana por la noche.

—¿Mañana en la noche? —Pude escuchar la vacilación en su voz y se me cayó el estómago.

—Solo una cena, —dije rápidamente. —Conozco un lugar.

Daniela hizo una pausa por un segundo y contuve la respiración. Había

estado volando tan alto después de mi conversación con Timothy que ni siquiera consideré la posibilidad de que ella podía decir que no.

—Seguro, —dijo Daniela. —Suenan bien.

—Envíame un mensaje con tu dirección, —dije. —Te recojo a las siete.

El jueves se fue miserablemente. Apenas trabajé ese día. Claire siguió preguntándome si estaba bien, pero estaba mejor que bien. Solo la perspectiva de ver otra vez a Daniela era suficiente para mantener mi espíritu alto. Estaba preocupado sobre qué tanto le gustaba, pero decidí correr el riesgo. ¿Qué era lo peor que podía pasar?

—Ya me voy, —le dije a Claire mientras cerraba la puerta de mi oficina detrás de mí. —Nos vemos mañana.

—Pásela bien hoy, Sr. Bosh. —Claire sonrió ligeramente.

—¿Me has estado espiando, Claire?, —pregunté.

—Nunca. —Claire guiñó el ojo, haciéndome reír. Negué con la cabeza y me apresuré para salir, subiéndome detrás del volante de mi auto y arrancando camino a casa.

Una vez que me bañé y me vestí, me fui a buscar a Daniela. Salió a la puerta vestida con un vestido sencillo azul que hacían ver sus ojos incluso más impactantes. Su cabello tenía unas ondas ligeras, atrayendo mis ojos y haciendo que se me acelerara el corazón.

—Te ves hermosa, —dije. —No es como que necesites que te lo digan.

—Una mujer siempre necesita cumplidos, —dijo Daniela sabiamente. —Incluso si ella dice lo contrario.

Me reí y le tendí mi brazo. Ella lo tomó y me dejó guiarla hacia el auto. Nos subimos y nos llevé hasta Dallas. El restaurante que escogí fue una churrasquería elegante que era razonablemente casual. Dejaba espacio para relajarse sin las presiones de una cena excesivamente fina.

—Esto está bien, —dijo Daniela mientras tomábamos asiento. —Un filete suena genial.

—Oh, gracias a dios, —dije. —Estaba preocupado porque fueras una de esas chicas de ensaladas y sopas.

—¿Ensalada y sopa? —Daniela levantó las cejas.

—Conoces el tipo, —dije. —Están muy preocupadas por comer en la primera cita, entonces ordenan algo pequeño y se lo comen nerviosamente. Me vuelve loco.

—No tienes que preocuparte por eso conmigo. —Daniela se rio. —La

comida está bien.

—Amén a eso. —Sonreí justo cuando apareció el mesero.

Ordenamos una botella de vino tinto y un filete cada uno. Para el momento en que llegó la comida, estábamos tan concentrados en la conversación que apenas noté mi plato. Si no hubiese sido por la forma en que los ojos de Daniela se iluminaron cuando vio su filete, no hubiese probado bocado.

—Oh, dios, —Daniela gimió. —Esto está excelente.

—Realmente lo está. —Me reí y comí otro pedazo.

Justo mientras Daniela abrió su boca para hablar, mi teléfono sonó en mi bolsillo. Fruncí el ceño y lo agarré rápidamente, listo para silenciarlo. Cuando vi aparecer en la pantalla el nombre de Leo, levanté la mirada hacia Daniela con un gesto de disculpa.

—Disculpa, —dije. —Es mi hermano. ¿Te importaría si...?

—Para nada, —dijo Daniela. —Adelante.

—Gracias, —contesté la llamada rápidamente. —Ey, ¿qué pasa?

—Ey, hombre, —dijo Leo. —¿Nos vamos a ver hoy o qué? Nunca me devolviste la llamada.

—Oh mierda, —dije. —Lo siento. Se me olvidó completamente. El trabajo estuvo horrible esta semana. ¿Podemos hacer algo el próximo fin de semana?

—De seguro que sí, —dijo Leo. —Mantenme informado.

—Lo haré.

Nos despedimos, y colgué, ansioso por volver a Daniela. Ella sonrió educadamente mientras yo lanzaba mi teléfono en mi bolsillo otra vez.

—Discúlpame por eso, —dije. —Mi hermano y yo hemos estado trabajando en nuestra relación últimamente.

—¿Sí?, —preguntó ella.

—Tratamos de vernos una vez a la semana, —dije. —Pero con nuestras agendas, no siempre funciona así.

—Al menos lo intentas, —dijo Daniela amablemente. —Un montón de familias no lo hacen.

Cambié el tema de conversación sobre Leo, y rápidamente estábamos riendo y hablando como si nunca hubiésemos sido interrumpidos. El vino estaba fluyendo con libertad y, cuando ordenamos el postre, encontré el pie de Daniela debajo de la mesa. No se movió cuando nos tocamos, pero sus ojos me revelaron que lo sintió. Se me quedó mirando con una intensidad que

no había visto todavía en ella. Esa mirada disparó rayos de electricidad por todo mi cuerpo. Apenas pude pensar en todo el camino de vuelta a casa.

—¿Me acompañas?, —preguntó Daniela mientras estacionaba mi auto afuera de su casa.

—Por supuesto, —dije. —Yo soy un caballero, ya sabes.

—¿Lo eres?, —bromeó Daniela. —Nunca lo hubiese imaginado.

—Muy graciosa.

Me bajé del auto y me apresuré para abrirle la puerta. Caminamos despacio hacia su casa. No nos estábamos tocando, pero la tensión entre nosotros era palpable.

—La pasé bien, —dijo Daniela. Se volvió para mirarme, y mis ojos bajaron hasta sus labios.

—Yo también.

Los ojos de Daniela se encontraron con los míos. Sus labios lucían suaves e incitantes. No pude evitar dar un paso adelante.

Daniela inhaló bruscamente pero no me aparté. Sus ojos estaban fijados en los míos y cuando nuestros labios se tocaron, se derritió dentro de mí. Mis brazos fueron hacia su cintura y suspiró contra mis labios. Al principio el beso fue suave, pero segundos después, todo mi cuerpo estaba caliente.

Daniela se separó de mí y dio un paso atrás. Buscó sus llaves a tientas y abrió la puerta rápidamente. Empujándola, regresó a mí con una mirada hambrienta en sus ojos.

Sin decir una palabra, me extendió una mano. No necesité que me lo dijera dos veces. La agarré por la cintura y nos tumbamos en la entrada, nuestros labios chocando contra los del otro con desesperación.

Capítulo 5

Daniela

Los labios de Emilio estuvieron sobre los míos antes de que pudiese pensar. En un segundo nos estábamos mirando fijamente en la entrada de mi casa y, en el siguiente, estábamos chocando dentro de la casa con un desespero imprudente que nunca antes había sentido. Lo único que existía era Emilio. Sus labios sobre los míos. Su lengua deslizándose dentro de mi ansiosa boca. Sus manos fuertes y rústicas apretando mis caderas. Rápidamente me quedé sin aliento y todo mi cuerpo estaba en llamas.

Un gemido suave escapó de mis labios mientras me arrancaba de Emilio para respirar. No me dejó alejarme demasiado. Besó mi cuello, lamiendo y mordisqueando mi piel sensible. Jadeé y apreté mis brazos alrededor de su cuello, enredando mis dedos en su cabello oscuro.

—¿Dónde está la habitación?, —preguntó Emilio. Cuando sus ojos se encontraron con los míos estaban llenos de necesidad. Mi estómago se quemaba y fluyó una ola de deseo entre mis piernas.

—Ven aquí. —Gemí y lo besé de nuevo, mis labios trabajando furiosamente contra los suyos.

Su lengua se deslizó dentro de mi boca y pude saborear el vino de la cena. Esto alimentó mi deseo incluso más mientras lo guiaba de espaldas hacia mi habitación.

Nunca antes me había acostado con un hombre en la primera cita. Ni siquiera me había acercado, pero con Emilio no quería detenerme. Sus manos recorrieron todo mi cuerpo, desplazándose por toda mi espalda, apretando mi cintura, deslizándose por todo mi trasero. Me había tocado cada centímetro y todavía no era suficiente. Maldije la tela ligera de mi vestido azul, odiando que me separaba de sus dedos.

Empujé la puerta de mi habitación y empujé a Emilio hacia adentro por su corbata. Me sonrió ligeramente, sus ojos recorriendo todo mi cuerpo. Pude sentir su mirada tan fuerte como una llama ardiente. Saltó desde mis senos y

mi estómago hasta mis piernas. Me deseaba y eso fue suficiente para hacer que me tambaleara.

Mis manos volaron hasta su corbata, aflojándola rápidamente. La saqué por encima de su cabeza, inclinándome hacia adelante para besar su cuello mientras desabotonaba su camisa. No podía parar. Mi cuerpo había tomado el control y yo no me estaba quejando. Los sonidos que salían de la garganta de Emilio cuando le besé el pecho fueron suficiente para hacer que mis piernas temblaran con deseo.

—Dios, te deseo, —gruñó Emilio.

Le saqué la camisa fuera de los hombros y enrollé mis brazos alrededor de su cuello otra vez. Nuestro beso era más intenso, y sus labios no se detuvieron ni por un segundo, tampoco lo hicieron sus manos. Me besó fuerte y rápido, acercándose a mi espalda para bajar el cierre de mi vestido. Gemí cuando sus manos tocaron mi piel desnuda. Este era el momento que había estado esperando durante toda la noche.

Los dedos de Emilio fueron toscos sobre mi espalda, pero se sintieron increíble. Desabrochó mi sujetador y lo deslizó por todo mi cuerpo junto con mi vestido. En cuestión de segundos estaba de pie delante de él, sin nada de ropa excepto unas bragas azules de encaje. Combinaban con mi vestido, pero cuando estuve lista más temprano esta tarde, nunca me imaginé que Emilio las vería.

Aun así, no quería que se detuviera. Anhelaba sentir sus dedos y sus labios sobre cada centímetro de mi piel.

—Eres preciosa. —La voz de Emilio era baja y sexy mientras me miraba de arriba hacia abajo.

Mis labios seguían estremecidos por nuestro beso, y mi pecho se elevaba y descendía con cada respiración trabajosa. Estaba mirándome fijamente con tanto deseo que sentí otra oleada fluir entre mis piernas. Mis bragas estaban mojadas, y cuando bajé la mirada hacia los pantalones de Emilio, vi que ya estaba duro como una roca.

Me acerqué hacia adelante y lo agarré por el cinturón, tirando de él mientras sacaba sus pantalones fuera de su cuerpo rápidamente. Sus dedos se enredaron en mi cabello, halando mi cabeza hacia atrás lo suficiente para atacar mi cuello con sus labios.

—Oh dios, —murmuré mientras su lengua azotaba mi piel.

Me empujó de espaldas hasta que choqué contra la cama. Con un movimiento nos caímos y Emilio me cubrió con su cuerpo fuerte. Gemí y sus

labios se movieron despacio, su lengua jugando con mis pezones uno a la vez.

Me retorcí debajo de él, levantando mis caderas para frotarme contra su pene. Él gruñó, empujándose hacia adelante y perdiendo el control rápidamente.

Incapaz de esperar otro segundo, Emilio me bajó las bragas y las lanzó a un lado. Su ropa interior la siguió más atrás, y pronto, estaba mirándome fijamente mientras frotaba su pene grueso con mis manos.

—Maldición. —Su voz era profunda con deseo mientras se retorcía en mi mano.

—Los condones están en la gaveta, —dije, señalando mi mesita de noche, agradeciéndole silenciosamente a Dios que todavía tenía esas malditas cosas.

Emilio voló hacia adelante. Abrió la gaveta y sacó un condón. Apenas supe lo que estaba pasando mientras se ajustaba debajo de mí y deslizaba el condón por toda su longitud. Mi cabeza estaba dando vueltas, y mi corazón estaba golpeando en mi pecho.

Pude sentir mi humedad chorrear sobre la cama. Lo deseaba tanto. Nunca antes había sentido esa necesidad animal primitiva. Tenía que sentirlo dentro de mí.

Emilio no me hizo esperar mucho. Se puso en posición encima de mí. Toda la urgencia drenaba de su cuerpo mientras me miraba directamente a los ojos. Mi habitación estaba oscura, pero aun así pude ver sus ojos azules mientras se deslizaba hacia adelante y me enterraba su pene bien profundo.

—Oh, —jadeé y me levanté para acercarme a él. Gruñó y balanceó sus caderas lentamente hacia adelante y hacia atrás.

Podía decir que estaba intentando tomarse su tiempo, dándome un momento para que me acostumbrara, pero eso no es lo que quería. Mi cuerpo se hizo cargo. Empujé mis caderas hacia arriba, golpeándome contra él y haciéndolo gemir de placer.

Emilio me agarró fuerte las caderas, llevándome hacia él y penetrándome con fuerza. Todo lo que necesitaba era mi aprobación silenciosa para perder el control completamente. Me folló duro, haciéndome gritar de placer y sostenerme de las sábanas con fuerza.

Mi primer orgasmo se construyó rápidamente y se derramó aún más rápido. Mis nudillos estaban blancos mientras me agarraba de las sábanas por lo que fue una eternidad. Mis gemidos fueron profundos y devastadores. No me molesté en contenerme. Mis piernas temblaban, y mi vagina se apretaba

alrededor del pene de Emilio.

—A la mierda. —Gimió y se salió de mí por una fracción de segundo.

En un movimiento rápido, Emilio me levantó y me colocó sobre su regazo. Nos abrazamos mientras me deslizaba encima de él. Enterró su rostro en mi pecho, besando y mordiendo mis senos ansiosamente. Gemí y lancé mi cabeza hacia atrás, rebotando mi trasero hacia arriba y hacia abajo mientras él lo apretaba con fuerza.

No pasó mucho tiempo antes de que sintiera mi segundo orgasmo acercándose. Intenté contenerme, pero cuando Emilio me mordió el pezón, estuve acabada.

—¡Demonios!, —grité y lo monté más fuerte, subiendo y bajando y gritando con placer renovado.

—Suenas jodidamente genial, —dijo Emilio. —Vente otra vez para mí, cariño.

Me reí, pero Emilio no estaba bromeando. Me volteó de espaldas, manteniéndose dentro de mí todo el tiempo. Me inmovilizó contra la cama con todo su peso. Jadeé y enrollé mis piernas alrededor de él mientras me penetraba más y más fuerte.

Pude sentirlo encontrar su propio alivio. Estaba tan cerca, su pene ya estaba comenzando a palpar dentro de mí. Lo arañé por su espalda con mis uñas, haciendo que sus ojos se voltearan hacia atrás. Un grito de necesidad se liberó de su pecho, y justo así, me vine otra vez.

—¡Oh, Emilio!, —grité su nombre mientras mi cuerpo convulsionaba con éxtasis.

Emilio terminó al mismo tiempo, lanzándose hacia adelante y colapsando contra mí. Los dos estábamos chorreando de sudor y sexo mientras nos abrazábamos fuertemente. Los tres orgasmos dejaron mi cuerpo débil y exhausto. Apenas podía respirar. No podía moverme. No podía pensar.

No fue hasta que Emilio se salió de mí que volví a mis sentidos lentamente. Se recostó a mi lado y enrolló su brazo alrededor de mi cuerpo tembloroso.

—A la mierda, —dijo él. —A la puta mierda.

—Eso fue... —comencé, pero no pude encontrar las palabras.

—Ajá, —dijo él con una risa profunda.

Los dos rompimos en risas mientras nos abrazábamos el uno al otro. No fue mucho antes de que empezáramos a hablar, cayendo una vez más en nuestra cómoda charla.

Emilio se tuvo que ir una hora después. Tenía que trabajar en la mañana, una llamada de conferencia en primer lugar. Mientras nos despedíamos, sentí caer un peso en mi estómago. No quería que se fuera, pero cuando me besó supe que lo vería otra vez.

Capítulo 6

Emilio

Cuando salió el sol el viernes en la mañana, mis ojos protestaron. Los apreté y golpeé la mano en el despertador para que no tuviera la oportunidad de sonar dos veces. Lo último que quería hacer era salir de la cama. Había sido lo suficientemente difícil dejar a Daniela la noche anterior, pero después de soñar con ella toda la noche, el trabajo era lo último que tenía en mente.

Segundos después de que silenciara mi alarma, sonó mi teléfono bruscamente. Me quejé y giré sobre mi sitio alcanzando mi teléfono incluso antes de que mis ojos estuviesen abiertos.

—¿Hola?, —rugí.

—Solo llamo para asegurarme de que esté despierto, —dijo Claire. —La llamada de conferencia con Alaska es en una hora, Sr. Bosh.

—Lo sé, lo sé. —Gruñí y me levanté de la cama. —Estaré ahí en veinte minutos.

—Lo veo pronto.

Claire colgó y lancé el teléfono a mi cama. Estirando mis brazos encima de mi cabeza sentí una inflamación familiar en mis piernas.

Con una sonrisa salté a la ducha e intenté recuperar mi concentración. Mi mente estaba tan llena de la noche de ayer que apenas podía pensar en algo más. Mientras me duchaba, vi el cuerpo perfecto de Daniela en mi mente. Sus ojos hermosos y cabello suave, sus senos firmes y trasero redondo. La noche anterior había sido una de las mejores, y no quería olvidarla nunca.

Una vez en la oficina fui capaz de sacarme a Daniela de la cabeza y empezar a trabajar. La llamada de conferencia empezó a las siete y treinta exactamente. Era demasiado temprano para mi gusto, pero había hecho negocios en horas peores.

Me senté en la silla con el teléfono de mi oficina en altavoz y escuché. La mayoría de la llamada fue inútil. Se centró en el plazo para este nuevo trabajo y la cantidad de mano de obra necesaria, ninguna de las dos era mi área. Yo

solo estaba ahí para consultar sobre las herramientas y para asegurarme de que tenían todo lo que necesitaban cuando lo necesitaran.

Honestamente, la llamada pudo haberse hecho sin mí. Mientras intentaba escuchar, me maldije a mí mismo por dejar a Daniela la noche anterior. Me había arrastrado fuera de su cama, lejos de su cuerpo desnudo, todo para poder estar despierto a tiempo para esta llamada de conferencia. Definitivamente no valió la pena.

—¿Emilio?, —dijo una voz del teléfono. —¿Eso te funciona?

—Lo siento, —dije, sacudiéndome e incorporándome. —Estaba leyendo un correo. ¿Puedes repetir eso?

—Necesitamos un conteo de diez para el próximo viernes, —dijo la misma voz. La reconocí como la voz de Jordan, el dueño de la empresa de la plataforma. —Luego los siguientes cien para el siguiente martes. ¿Es viable?

—Tranquilo, —dije sin hacer una pausa. —Lo tendré listo. ¿Algo más?

—Quiero probar tu nuevo taladro tecnológico, —dijo Jordan. —Has estado divagando sobre eso por meses. Continúa y envía uno para hacer una prueba de manejo, ¿está bien?

—Espera, —dije con una risa. —¿Una prueba de manejo? Vamos, Jordan.

—¿Qué?, —preguntó Jordan inocentemente.

—¿Quieres que te envíe un equipo de cincuenta mil dólares?, —pregunté. —¿Sin ninguna promesa de pago? Sé que somos amigos, Jord, pero los dos sabemos que eso no va a pasar.

—¿Implacable?, —preguntó Jordan con una risa. —Está bien. Si quieres jugarlo así, juguemos.

Jordan y yo nos disculpamos de la llamada de conferencia para arreglar las cosas en privado. Los dos sabíamos cómo terminaría la conversación. Jordan accedería a pagar la mitad del precio, prometiendo pagar el resto después de la prueba de manejo. Yo me reiría y titubearía por unos minutos antes de acceder. Era todo un buen negocio, y después de trabajar juntos por más de cinco años, Jordan y yo sabíamos cómo jugar el juego del otro.

—Haré que mis chicos procesen la orden hoy, —dije.

—Suena genial, —dijo Jordan. —Gracias, Emilio.

Colgamos y me recosté en mi silla. Ahora que se había terminado la llamada de conferencia, el resto de mi día estaba desocupado. Tenía correos que responder y órdenes que revisar, pero antes de que pudiese pasar algo de eso, necesitaba café.

—Volveré en unos minutos, —le dije a Claire en mi camino de salida. —
¿Quieres algo de la cafetería?

—¿Un latte pequeño?, —preguntó ella.

—Perfecto.

Me apresuré en salir de la oficina. Finalmente, el clima estaba empezando a enfriarse, pero todavía no estaba lo suficientemente frío para usar un abrigo. Con la navidad a la vuelta de la esquina, esperaba que la temperatura cayera cualquier día desde ahora. Es solo que no se sentía como navidad cuando la temperatura no descendía del cero.

Mientras entraba al café, inmediatamente mis ojos recorrieron todo el pequeño espacio. No era difícil tomar todo el espacio, y era imposible no notar el rostro familiar sentado por la ventana. Sonreí y me dirigí hacia ella, acercándome para jugar con su cabello.

Saltó cuando la toque.

Me reí. —Soy yo. Lo siento, no era mi intención asustarte.

—Mierda. —Se rio y se puso la mano sobre el pecho. —Adviértele a la chica la próxima vez, ¿podrías?

—Lo siento, —dije otra vez.

Ella me sonrió con un matiz rosado tenue en sus mejillas. No habíamos hablado desde la noche anterior y, por un segundo, me pregunté si se arrepentía de lo que había pasado entre nosotros. Entonces su pie encontró el mío debajo de la mesa y desaparecieron todas mis preocupaciones.

—¿Cómo estuvo la llamada de conferencia?, —preguntó ella.

—Estuvo aburrida pero necesaria, —dije, halagado de que recordara preguntarme por mi llamada. —¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

La computadora de Daniela estaba puesta sobre la mesa entre nosotros. Estaba abierta en otro diario en línea. Parecía que ella, como yo, le había entregado la mañana al trabajo.

—Tengo una entrevista por Skype el lunes, —dijo ella. —Es con este diario en línea que se especializa en noticias de los pueblos pequeños. Pensé que sería perfecto. Puedo continuar escribiendo y conocer mejor este pueblo en el proceso. Eso, si me contratan.

—¿Por qué no lo harían?, —pregunté.

Se encogió de hombros. —Esas cosas pasan.

—Lo obtendrás, —dije con seguridad. —Estoy seguro.

—Todo depende de si les gustan mis cosas, —dijo ella. —Si mi escritura no es lo que ellos están buscando, me rechazarán. Y volveré al punto cero.

—¿No trabajabas como periodista en Dallas?, —pregunté.

Asintió. —Por tres años, —dijo. —Pero aun así, realmente nunca lo sabes.

—Estoy seguro de que te irá bien, —dije. —Y, ¿cuándo puedo leer tus cosas?

Ella se congeló. Pensé que la pregunta era lo suficientemente inocente. Sonreí juguetonamente y empujé su pie con el mío debajo de la mesa. Y aun así, todo su cuerpo se tensó cuando las palabras abandonaron mis labios. Fruncí el ceño y me recosté.

—Disculpa, —dije. —No quise entrometerme.

—No, —dijo ella rápidamente. —No lo hiciste. Para nada.

—¿Estás segura?, —pregunté. —Porque—

—Un montón de mis cosas viejas están en línea, —dijo ella dirigiéndose a mí. —Puedes echarle un vistazo cuando quieras.

—Lo haré.

Daniela sonrió, pero podría decir que estaba preocupada por algo. Su reacción a mi pregunta no fue para nada lo que esperaba. Me preguntaba si accidentalmente había cruzado alguna línea que no sabía que estaba ahí.

—Escucha, —dije. —Tengo que volver a la oficina, pero ¿cuándo te puedo volver a ver? ¿Mañana por la noche, quizás?

—Mañana estoy ocupada, —dijo Daniela. —Tengo que ir a cenar a la casa de mis padres. Mi hermana está en el pueblo con su esposo, y mamá quiere que toda la familia esté junta.

—Ah, —dije asintiendo. —Cosas típicas de madres.

—Exactamente. —Ella sonrió y añadió: —pero el domingo estoy libre.

—El domingo está perfecto. —Sonreí y el alivio comenzó a fluir por mi cuerpo. —Te veré entonces.

Me puse de pie para ordenar mi café y, cuando lo hice, consideré agacharme para besarla. No sé qué me detuvo. Mis ojos encontraron sus labios, y estuve atraído inmediatamente, pero me obligué a marcharme. Habíamos tenido una noche increíble con sexo alucinante, pero no creíamos que estuviésemos en el nivel de intimidad para un beso en público.

Después de que tuve mi café y el latte de Claire en mano, eché un vistazo atrás hacia Daniela. Ella ya se había sumido en su portátil, sus audífonos plantados firmemente en sus oídos. Sonreí, me despedí y ella me sonrió de vuelta, llenando mi pecho de calidez. Forzando mi mirada para que se apartara de ella, abrí la puerta del café y me fui.

Daniela no era como las otras mujeres que había conocido. Ella era diferente, confusa a su propio modo. Desde la primera vez que la vi estuve intrigado, y cada vez que hablábamos, me dejaba queriendo saber más.

Capítulo 7

Daniela

Desde que me mudé a Ennis, mis padres apenas habían hablado conmigo. No estaban molestos por mi decisión, pero no la aprobaban. Para ellos había renunciado a todo por lo que había trabajado en la universidad y los años siguientes. Me había construido mi reputación como una reportera exitosa, solo para irme de Dallas a un pueblo desconocido. No estaban felices, y mientras manejaba hacia su casa el sábado en la mañana, mi pecho estaba lleno de ansiedad.

En el fondo sabía que se comportarían. Mi hermana Lilian estaba en el pueblo con su esposo y su hija. Mi sobrina, Zoe, tenía apenas dos años y medio. Era la niña más linda que haya visto y la amaba más que a nada. Mis padres sentían lo mismo, así que esperaba que su presencia los mantuviera alegres durante el tiempo de mi visita.

Aun así, mi corazón se aceleró mientras me acercaba a la entrada. Respiré profundo y chequeé mi cabello en el espejo. Lucía bien, pero sabía que eso no iba a detener a mi madre de encontrar algo que comentar. Se preocupó más que nada por mi salud. O estaba demasiado delgada: —¿Estás comiendo lo suficiente? —O estaba demasiado gorda: —Cariño, ¿recibiste ese entrenamiento nuevo que te envié? Se supone que ayuda a fortalecer tu corazón.

Ella siempre tenía buenas intenciones, sin embargo, me encontré temiendo la visita mientras abría la puerta de mi auto. Mirando a la casa de al lado, me pregunté si Andrea estaría en casa para navidad. Sus padres todavía vivían al lado de los míos. Hice una nota mental para pasar por ahí y verlos cuando me fuera más tarde esa misma noche.

Me paré en la puerta de entrada y me sacudí. Era una locura que me sintiera tan nerviosa. Mis padres estarían bien. Mi hermana estaría asombrosa como siempre. Mi cuñado los mantendría a todos riendo, y Zoe se aseguraría de que la conversación nunca se pusiera demasiado seria.

Me dije a mí misma que todo estaría bien si agarraba la manilla de la puerta y la giraba lentamente.

—¡Llegaste!, —una voz aguda salió de la sala de recibo. Levanté los ojos para ver a Lilian corriendo hacia mí con sus brazos abiertos. Sonreí y la encontré a mitad del pasillo.

—Ey, hermana, —dije mientras me agarró en un abrazo triturador de huesos.

—¡Ugh! ¡Te extrañé tanto! —Ella se rio y me abrazó fuerte, alisando mi cabello mientras lo hacía.

Lilian y yo teníamos casi diez años de diferencia en edad. Mis padres habían intentado tener otro bebé durante años, pero después de estar decepcionados suficientes veces, se rindieron. Un mes antes del cumpleaños número diez de Lilian yo aparecí en la escena.

—¡Ahí está ella! —La voz de mi padre salía detrás de Lilian.

Me separé de mi hermana y corrí para abrazar a mi padre. Me agarró fuertemente y después me condujo hacia adentro.

—¡Daniela!, —dijo Sebastián cuando me vio. Me dio un abrazo rápido con un brazo y me despeinó el cabello. —¿Cómo has estado, niña?

—Ya no soy una niña, Sebas, —dije poniendo los ojos en blanco.

—Siempre lo serás para mí, —replicó él.

Lilian y Sebastián habían empezado a salir cuando tenían dieciséis. Yo estaba en el jardín de infancia para ese momento. Sebastián había estado cerca desde entonces. Era mi hermano mayor tanto como Lilian era mi hermana.

—¿Cómo va el trabajo?, —preguntó Sebastián. —¿Alguna primicia nueva para mí?

—Todavía no, —dije. —Tengo una entrevista por Skype el lunes en la mañana con este nuevo diario en línea. Cruza los dedos por mí.

—Lo obtendrás, —dijo mi padre brillantemente.

—Eso espero. —Mi estómago se retorció otra vez. Lo último que quería hacer ahora era concentrarme en trabajar.

—Lo harás, —dijo Lilian con seguridad. —Eres una historia de éxito definitivo. Nunca le has fallado a nada en tu vida.

Puse los ojos en blanco, pero no dije nada. Lilian, más que nadie, sabía que eso no era cierto. Aun así, era muy amable de su parte que dijera eso.

—No le den más esperanzas, —dijo mi madre desde la cocina. Alcé la cabeza para mirarla con ojos de reproche. —Si no lo consigue, solo estará

más decepcionada.

—Gracias por el voto de confianza, —dije sin pensar.

—Solo estoy siendo realista, dulzura, —dijo Mamá. —Alguien tiene que serlo.

Asentí y bajé mi mirada hasta mis zapatos. Solo había estado cinco minutos en la casa y ya mi mamá estaba hablando de mí.

—Como sea, —dijo Lilian en voz alta. —¿Cómo va Ennis? ¡Tengo que bajar allá y ver tu nueva casa!

—Debes hacerlo, —dije, agradecida por el cambio de tema. —Pero antes de que hablemos de eso, ¿dónde está mi sobrina?

—Está teniendo su siesta, —dijo Sebastián. —Debería levantarse dentro de poco.

—Ugh, ¿podemos despertarla?, —supliqué.

—Solo si quieres lidiar con la rabieta que se producirá, —dijo Lilian con una risa.

—Preferiría no hacerlo, —dije, riéndome junto con ella. Sebastián y Papá se unieron con facilidad, pero Mamá apenas esbozó una sonrisa.

—¿Puedo ayudar en algo?, —preguntó Lilian. Ella se apresuró a la cocina, pero Mamá la espantó rápidamente.

—Ve a entretener a tu hermana, —dijo Mamá. —Tu padre puede ayudarme.

—Supongo que puedo, —dijo Papá. Me apretó el hombro mientras pasaba cerca de mí.

Lilian levantó sus cejas hacia mí y unió su brazo con el mío. Sin decir una palabra, me guio hacia afuera al patio. Sebastián nos siguió.

Llegamos al patio e, inmediatamente, todo mi cuerpo se hundió. Suspiré profundamente y prácticamente colapsé en una silla del patio.

—¿De qué demonios iba todo eso?, —demandó Lilian, sacando una silla al lado de mí. Sebastián siguió el juego.

—Mamá todavía está molesta porque me mudé a Ennis, —dije. —Cree que fue un error.

—Bueno, —dijo Lilian. —A la mierda ella. Tienes que hacer lo que es mejor para ti, ¿cierto?

Vi a mi hermana a los ojos. Su expresión era demasiado comprensiva. Ella sabía todo sobre mi ruptura con Leonard. A diferencia de Andrea, Lili fue mi mayor apoyo cuando decidí irme de Dallas. Ella sabía lo mucho que me había destrozado esa ruptura.

Sin embargo, Leonard era la última persona de la que quería hablar. Cambié el tema rápidamente, haciendo preguntas sobre Zoe hasta que su llanto dulce salió del monitor para bebés.

—¡Se despertó!, —anunció Sebastián, innecesariamente.

Ambos él y Lilian se pusieron de pie, pero yo fui más rápida. Negué con la cabeza y les hice un gesto para que se volvieran a sentar.

—Déjame a mí, —dije. Lilian sonrió agradecida mientras me apresuré hacia adentro.

Pasé a mis padres rápidamente, sin decir una palabra hasta que llegué a la habitación donde estaba instalada la cuna de Zoe. Las luces estaban tenues cuando entré, pero aun así podía ver su pequeño rostro sonriéndome desde atrás de las barras de la cuna.

—Hola, tú, —dije brillantemente. La levanté de la cuna y la abracé.

—Tía Aniela, —dijo ella. Sus manos fueron a mi rostro. La sonrisa que se extendió de su pequeña carita de niña me derritió el corazón.

Eso era exactamente lo que necesitaba. La abracé fuertemente otra vez y la sacudí de un lado a otro. Se estaba ajustando a estar despierta, y yo todavía no estaba lista para regresar a la guarida del león. No fue hasta que escuché a Lilian y a Sebastián regresar adentro que supe que era hora de volver a la multitud.

—¡Mami!, —dijo Zoe cuando vio a Lilian.

Se meneó para salirse de mis brazos. La puse de pies y la observé correr por toda la habitación hacia donde estaba Lilian de pie. Mi hermana se agachó para agarrar a su hija, una sonrisa radiante en su rostro. Durante toda mi vida, nunca había visto que algo le quedara mejor a Lilian que ser madre. Era increíble con Zoe. La envidiaba muchísimo.

El resto del día pasó con facilidad. Con Zoe despierta, todos permanecemos distraídos. Incluso a mi madre se le olvidó comentar sobre mi apariencia. Para el momento en que me fui esa noche, tenía tan buen ánimo que de hecho me deseó suerte en mi entrevista.

—Estoy segura de que lo harás genial, —dijo Mamá con una sonrisa.

—Gracias, Mamá.

Estaba sorprendida, pero lo tomaría. Todos nos abrazamos para despedirnos, y fui a la casa de los padres de Andrea por unos pocos minutos. Era tarde, así que no me quedé por mucho tiempo. Nos pusimos al día y me hicieron prometerles que los visitaría pronto otra vez.

Para las nueve en punto de esa noche ya estaba en la carretera de camino

a Ennis. Había estado manejando por diez minutos cuando mi teléfono vibró en mi bolsillo. Bajé la mirada para ver un mensaje de texto de Emilio.

Sonriendo, pisé al acelerador. De repente no podía esperar a volver a casa.

Capítulo 8

Emilio

Daniela y yo pasamos toda la noche escribiéndonos. Me tomó unas horas superar los nervios para enviar ese primer mensaje. No respondió de inmediato, pero una vez que lo hizo, no dejamos de intercambiar mensajes hasta que los dos nos quedamos dormidos. No sé si yo caí primero o si lo hizo ella. Todo lo que sé es que me desperté el domingo por la mañana con el teléfono apretado entre mis dedos.

Sonriendo, me levanté de la cama y me metí en la ducha. Una parte de mí se sentía ridículo. Era un hombre de treinta años actuando como un adolescente con una mujer que acababa de conocer. Por otro lado, no podía evitarlo. Había algo en Daniela que simplemente me atraía. Mientras más trataba de distanciarme, más me daba cuenta que era inútil. No sería capaz de ser mi donjuán usual con ella. Ella y yo estábamos conectados. Sucedió rápido, pero ahora que lo había hecho, no quería perderlo.

El agua caliente cayó sobre mi rostro, persuadiéndome a mi plena conciencia y aclarándome la mente. Vi el rostro de Daniela nadar delante de mí, y sonreí otra vez. Mi pene se retorció mientras recordaba cómo se sintió besarla. Me sacudí, agarrando el champú y derramando un poco en mi mano.

Mientras me lavaba el cabello, intenté contenerme. Cada vez que pensaba en Daniela me convertía en un adolescente otra vez. Ella era solo una chica, me dije a mí mismo. Solo una mujer. No había razón para alegrarse así por una persona.

Aun así, mi cuerpo tenía su propia mente. Soñé despierto con Daniela durante mi baño. Mi cuerpo reaccionó instintivamente, recordando exactamente cómo se había sentido la piel desnuda de Daniela debajo de mis dedos. Para el momento en que terminé, estaba desesperado por verla otra vez.

Cerré el agua y salí de la ducha. Enrollándome una toalla en la cintura, me apresuré de vuelta a mi habitación donde yacía mi teléfono sobre mi

mesita de noche. Cuando lo miré, vi un mensaje de Daniela sin abrir.

—Disculpa, me quedé dormida anoche, —decía.

Sonreí e inmediatamente presioné el botón verde para llamarla. Repicó tres veces antes que su voz de dormida llenara mi oído.

—Ey, —dijo ella. —Buenos días.

—Buenos días, —dije. —¿Cómo dormiste?

—Genial, —dijo ella. Un pequeño bostezo se deslizó por el teléfono, trayendo una sonrisa a mis labios.

—Escucha, —dije. —¿Qué harás hoy? Sé que dijiste que estarías libre esta noche, pero pensé que podríamos ir a almorzar. ¿Te interesa?

—Seguro, —dijo Daniela. —Solo déjame ducharme primero.

—¿Te recojo en una hora?, —pregunté.

—Perfecto.

Nos despedimos y coloqué mi teléfono sobre mi mesita de noche otra vez. Sentí como si mi sonrisa nunca desaparecería. No sabía qué andaba mal conmigo.

¿Qué había en esta mujer que me hacía actuar así? Si fuese otra chica, cualquier otra chica, ya me hubiese marchado. No lo hubiese pensado dos veces para dormir con ella y no volverla a llamar después. Pero no podía imaginarme no verla a ella. Pensar en dejarla desaparecer de mi vida era insoportable.

No era solo por el sexo, aunque eso me había cambiado la vida. Era todo lo que ella implicaba. Desde sus ojos azules pálidos a su cabello castaño claro hasta su inteligencia innegable y su personalidad ingeniosa. Daniela Black era cautivadora.

Me vestí de prisa, y rápidamente, estaba de camino a su casa. —Llegas justo a tiempo.

—Te lo dije, —le contesté. —Soy un caballero.

Se rio y se abrochó su cinturón de seguridad mientras la admiraba. Su cabello estaba recogido hacia atrás en una cola de caballo alta, haciendo sus ojos incluso más atractivos que antes. Llevaba puesta una blusa sencilla y un par de pantalones ajustados. Mis ojos recorrieron todo su cuerpo, y sentí mi aliento atrapado en mi pecho.

—¿A dónde vamos?, —preguntó Daniela, trayéndome de vuelta a la realidad.

—A un pequeño restaurante que conozco, —dije. —Creo que te gustará.

Recorrimos el pueblo, la conversación nunca vacilante. Daniela me contó

sobre su visita a su familia y me preguntó cómo había ido mi fin de semana hasta ahora. Estaba avergonzado de admitir que no había hecho nada sino trabajar. A Daniela no parecía importarle. Ella mantuvo su final de la conversación sin esfuerzo.

—Entonces, —dije. —¿De verdad te dio un mal rato tu madre?

—No tan malo, —dijo Daniela. —Ha sido peor.

—¿Qué tanto?, —pregunté.

—Mi madre tiene una idea muy específica sobre la forma en que debería vivir mi vida, —dijo Daniela. —Y si no sigo esa idea al pie de la letra, ella solo tiene que arrojar sus dos centavos.

—Creo que todas las mamás son así. —Me reí. —Debiste haber estado ahí cuando le dije a mi mamá que iba a abrir mi empresa.

—¿No le gustó la idea?, —preguntó Daniela.

—Dios no, —dije sacudiendo la cabeza. —Ella lo odió. Estaba convencida de que iba a fallar y, siendo mi madre, no quería ver que eso pasara.

—Yo soy la hija milagro, —dijo Daniela. —Mis padres tuvieron a mi hermana, luego esperaron diez años hasta que llegué yo. Ellos pensaron que nunca tendrían otro hijo, así que cuando lo hicieron, colocaron en mí todos sus sueños y esperanzas. Como la hija milagrosa, no puedo arruinarlo.

—Se preocupan más por ti, —dije asintiendo. —Lo entiendo.

—¿Lo haces?, —preguntó Daniela.

Asentí de nuevo. Entendía más de lo que ella creía. Casi llegábamos al restaurante y, por más que no quisiera que terminara la conversación, sabía que debía hacerlo. Aparqué en el estacionamiento y entramos al sitio.

Una mesera mayor nos atendió y ordenamos el almuerzo, escogiendo una conversación más simple que la anterior. Bromeamos y flirteamos durante el almuerzo, Daniela se acercó debajo de la mesa ocasionalmente para tomar mi mano. Cada vez que nos tocábamos, se me hacía más difícil concentrarme.

Para el momento en que terminamos de comer, estaba ansioso por estar a solas con ella. Los ojos de Daniela no se habían despegado de mi rostro durante todo el almuerzo. Esa misma mirada hambrienta me estaba mirando de vuelta, haciendo que se me apretara el estómago y que mis palmas sudaran.

—¿Algún plan para el resto del día?, —pregunté mientras nos subíamos de vuelta a mi auto.

—No, —dijo Daniela. —Soy toda tuya.

Sonreí y encendí el motor. La tensión entre nosotros se montó en el camino a casa, pero hice lo mejor que pude para seguir hablando. Mientras más cerca estaba de la casa de Daniela, se hacía más difícil. Solo quería estar a solas con ella, tener una excusa para besar sus labios perfectos otra vez.

—¿Debería llevarte a casa?, —pregunté, esperando que me invitara a pasar.

—Bueno, —dijo Daniela. —Has visto mi casa. Sería justo si yo veo la tuya.

—Tienes razón, —dije. Le sonreí y giré a la izquierda en el siguiente cruce. —No estamos lejos.

Daniela miró por fuera de la ventana mientras conducía por las carreteras secundarias. Mi casa estaba justo a las afueras de Ennis sobre diez hectáreas de terreno abierto. Cuando crucé en la última esquina y la casa estuvo a la vista, Daniela jadeó ruidosamente y se inclinó hacia adelante.

—Oh mierda, —dijo suavemente. —¿Aquí es donde vives?

—Este es mi hogar, —dije.

Los ojos de Daniela se ensancharon mientras me estacionaba en la entrada. Estaba tan acostumbrado a la grandeza de mi mansión que casi olvidaba lo grande que era. Mirándola a través de los ojos de Daniela, me di cuenta de que probablemente nunca antes había visto una casa así de grande.

—Prácticamente es un castillo, —dijo ella.

Me reí. —No iría tan lejos.

—Yo lo haría, —insistió ella. —Medio esperaba ver una fosa rodeando el lugar.

—Se lo van a añadir el año que viene. —Guiñé un ojo.

Daniela puso los ojos en blanco, pero cuando salimos del auto, suplicó por un recorrido. Se lo concedí felizmente. Mi deseo de más temprano se había silenciado mientras observaba la reacción de Daniela a mi casa. Su rostro se llenó de emoción mientras le mostraba cada habitación nueva. Su favorito hasta hora, fue la biblioteca.

—Es hermosa, —dijo ella. Su tono fue silencioso, casi reverente.

—Pensé que te gustaría esto, —dije.

—¿Lo hiciste? —Ella levantó las cejas.

Me encogí de hombros. —Eres escritora.

—Parece justo.

Ella miró alrededor de los estantes de libros, y yo la miré a *ella*. Ahí, de pie en medio de mi biblioteca, nunca había lucido más atractiva.

—Entonces, —dije. —Estaba pensando...

Daniela se volteó para mirarme con un ligero ceño fruncido. De repente me sentí nervioso, y no sabía por qué.

—¿Sí?, —preguntó ella.

—Mi empresa va a hacer una fiesta de navidad el próximo fin de semana, —dije rápidamente. —El sábado. Estaba pensando que tal vez quieras ir conmigo, ¿Te gustaría?

La sonrisa de respuesta de Daniela fue jodidamente sexy. Sonrió ligeramente y caminó hacia mí lentamente. Cuando se detuvo, estaba a solo centímetros de mi rostro.

—¿Como tu cita?, —preguntó juguetona.

—Por supuesto, —dije. Mi voz estaba baja.

Los labios de Daniela estaban tan cerca de los míos que apenas podía pensar bien. Cuando finalmente acortamos la distancia entre nosotros, sentí todo mi cuerpo reaccionar. Fue un beso suave, ligero y rápido, pero fue suficiente para hacer que mi pene se retorciera con necesidad.

—Me encantaría, —susurró Daniela.

Sonreí y la atraje de vuelta a mí, mis labios reclamando los suyos por mí mismo.

Capítulo 9

Daniela

El beso de Emilio fue suave al principio. Sus labios se deslizaron con facilidad sobre los míos, jugando conmigo y tentándome al mismo tiempo. Cuando su lengua se deslizó dentro de mi boca, me sumergí más profundo dentro del beso. Ya habíamos estado aquí antes, este momento cuando nuestros deseos se sobreponían y nos llevaban juntos a la cama. Solo que esta vez se sintió diferente. Yo estaba más calmada, más relajada, no frenética con necesidad. Parecía que Emilio se sentía de la misma manera.

Se tomó su tiempo conmigo. Me besó lentamente, tomándose el tiempo para saborear cada centímetro de mi boca y mordisquear mis labios suavemente. Gemí y sus brazos fuertes se enrollaron alrededor de mi cintura. Me apretó fuertemente contra su cuerpo, recorriendo sus dedos por mi columna y luego hacia arriba otra vez. Me estremecí con su tacto, pero solo sirvió para atraerme más hacia él. Lo besé de vuelta con tanta pasión como podía reunir, dejando que mi mente se pusiera en blanco y que mi cuerpo tomara el control. Mi corazón martillaba en mi pecho rápidamente y apenas podía respirar.

Separé mis labios de los de Emilio y di un paso atrás para poder respirar. Emilio no me dejó ir muy lejos. Dio un paso adelante justo como yo di uno hacia atrás, empujándome por toda la habitación. Él sonrió ligeramente, y yo me reí por su avance. Estábamos a segundos de chocar contra uno de los estantes. Cuando lo hicimos, me agarró fuertemente y me besó otra vez. Mi espalda colisionó con los libros, haciendo que mi cuerpo temblara y que mi cuerpo se llenara de fuego. El beso de Emilio fue más intenso esta vez, más insistente. Había una desesperación en sus manos que no había estado antes ahí.

En un movimiento, levantó mi camisa sobre mi cabeza y la lanzó al suelo. Sus manos hábiles desabrocharon mi sujetador y lo deslizaron con facilidad por mis hombros. Siguió a mi camisa en el suelo, y las manos de Emilio

acariciaron mis senos desnudos. Llevó sus pulgares sobre mis pezones, pellizcándolos suavemente al principio. Con cada trazo se volvía más y más fuerte. Rápidamente mis gemidos fueron tan fuertes que prácticamente estaba gritando contra sus labios. La lengua de Emilio se presionó más allá dentro de mi boca, saboreando mi lengua y desarmándome completamente.

Cuando bajó su cabeza para llevarse mi pezón a la boca, grité y halé su cabello desesperadamente. Quería que me tomara justo ahí, justo en ese momento. No quería esperar otro segundo, pero Emilio parecía determinado a tomarse su tiempo conmigo. Jugueteeó con mis pezones uno a la vez, llevándose uno a la boca mientras sus dedos jugaban con el otro. Todavía no me había quitado los pantalones, pero ya mis bragas estaban destruidas por la necesidad. Empujé mis caderas hacia adelante, presionándome contra él. Se retiró lo suficiente para que apenas no nos tocáramos. Gruñí e intenté atraerlo de vuelta.

—Paciencia, —susurró contra mis senos. —Paciencia.

—Te deseo, —gemí.

Emilio se rio entre dientes y continuó trabajando en mis pezones. Estaba a segundos de perder la cabeza cuando finalmente se hundió más abajo. Sus labios trazaron una línea bajando por mi estómago hasta que estaba de rodillas enfrente de mí. Desabotonó mis pantalones y los deslizó por mis caderas, llevándose mis bragas junto con ellos. Cuando alcanzaron mis tobillos, me separé de ellos y los pateé, agradecida de estar desnuda finalmente.

—Ven aquí, —dije. Intenté levantar a Emilio para poder desvestirlo, pero se resistió.

En vez de eso, enterró su rostro entre mis piernas y reanudó su ataque. Su lengua se instaló contra mi clítoris, y grité. Estaba tan cerca del orgasmo que intenté separarme desesperadamente. Todavía no quería venirme. Quería venirme con él dentro de mí. Quería sentir su pene chorreando enterrado bien profundo dentro de mí cuando finalmente acabara con éxtasis.

—Ven aquí, —supliqué. —Por favor.

Finalmente, Emilio obedeció. Se puso de pie y presionó sus labios contra los míos mientras yo le sacaba la ropa frenéticamente. Apretó más fuerte mis caderas y me atrajo hacia él, presionándome contra su pene completamente erecto. Gemí ante las sensaciones que se estaban disparando por todo mi cuerpo.

—Te quiero a ti, —gemí. —Quiero sentirte dentro.

Emilio me levantó de mis pies y me cargó hasta el escritorio que quedaba en el medio de la biblioteca. Me colocó de espaldas y besó el abdomen ligeramente. Escalofríos recorrieron mi cuerpo. Lo acerqué a mí, colocando sus labios de vuelta a los míos mientras él separaba mis piernas con sus manos.

Todavía se estaba moviendo demasiado lento para mi gusto. Lo besé fuerte y rápido, empujando mis caderas hacia adelante hasta que mi humedad envolvió su pene. Él gimió mientras sentía lo mucho que lo deseaba.

—Estás empapada, —susurró contra mis labios.

—Te deseo, —dije otra vez.

—Maldición. —Emilio gimió y empujó sus caderas hacia adelante. En un solo movimiento estuvo dentro de mí.

Jadeé y gemí mientras rodaba sus caderas hacia adelante lentamente. Me estaba torturando, pero podía decir que se estaba volviendo más difícil para él resistirse a sus propias urgencias. Por más que quisiera tomarse su tiempo, su cuerpo me estaba diciendo algo diferente.

Emilio colocó sus manos a cada lado de mí, recostándose contra el escritorio mientras golpeaba más rápido sus caderas. Con cada embestida se ponía más grueso dentro de mí. Mi vagina ya estaba sufriendo por él, y en segundos, me vine tan fuerte que pensé que mis gritos iban a romper la ventana.

—¡Demonios, Emilio!, —grité.

El sonido de su nombre en mis labios cambió a Emilio instantáneamente. Una necesidad oscura pasó por sus ojos azules profundos. Su frente se arrugó. Volteó los ojos hacia atrás, y un gruñido se liberó a través de sus labios.

Me agarré alrededor de la cintura y me llevó más arriba. Enrollé mis piernas alrededor de su cintura para que se quedara dentro de mí mientras me movía.

Emilio nos arrojó contra la pared más cercana, sus manos moviéndose a mi trasero y todo su cuerpo chorreaba de sudor. Me presionó contra la pared con toda su fuerza, introduciendo su pene de un solo golpe dentro de mí con tanta fuerza que me dejó sin aliento.

—Oh dios, —gemí y me aferré a él.

Mi segundo orgasmo llegó más rápido que el primero. Una onda de placer llenó mi vagina y envolví el pene de Emilio. Él gimió y enterró su rostro en mi cuello. Su cuerpo se retorció y tembló mientras se apretaba contra mí.

Sus dedos se enterraron en mi trasero mientras me tomaba más fuerte.

—Te sientes jodidamente increíble, —gruñó una y otra vez y supe que estaba cerca.

Atraje su rostro al mío. Este beso no fue como los otros. Fue hambriento y llenó de lujuria y emociones. Enterré mi lengua en su boca para contenerme de gritar su nombre otra vez.

Me besó de vuelta, sosteniéndome fuerte.

Su pene rompió en espasmos dentro de mí, y la sensación de este me empujó al borde otra vez. Ola tras ola de placer salieron de mí. Todo mi cuerpo se tensó mientras nos enredábamos juntos y nuestros gemidos se mezclaban en el aire.

Emilio se enterró dentro de mí unas pocas veces más, dejando que las olas de placer se entremezclaran entre los dos. Gemí y enrollé más fuerte las piernas alrededor de su cintura, enterrando mi rostro en su hombro y mordiendo su piel suavemente.

Sus brazos estaban temblando cuando me puso de pie lentamente. Mi cuerpo sintió la falta de él inmediatamente cuando se deslizó fuera de mí.

—¿Vienes a darte un baño conmigo?, —preguntó. Metió un mechón de cabello detrás de mi oreja. La mirada en sus ojos no se parecía a nada que haya visto. Sus ojos azules profundos estaban oscuros, llenos de emociones y necesidad. Era más que deseo. Era afecto.

Asentí y lo dejé guiarme de la mano por la casa. Caminamos desnudos por las escaleras hasta que llegamos a la habitación de Emilio. Me abrió la puerta y me dejó ahí mientras abría la ducha. Escuché el agua correr y miré alrededor de su habitación.

Una parte de mí pensó que debería sentirme incómoda. Estaba sola de pie en la habitación de Emilio, desnuda y chorreando de sexo. Aun así, nunca antes me había sentido tan cómoda en mi vida. No sabía qué había en él, pero ahora había tenido sexo dos veces con un hombre que solo había visto en tres ocasiones. Era tan poco característico de mí, pero simplemente no podía evitarlo con él.

Cuando Emilio volvió, había una sonrisa suave en su rostro que me atraía a él. Me acercó hacia él y besó mis labios suavemente. Entramos a la ducha, todavía abrazándonos el uno al otro. Nuestro beso nunca se detuvo mientras el agua tibia caía en cascada sobre nuestros cuerpos doloridos y exhaustos.

Esa noche nos quedamos dormidos en la cama de Emilio. Ninguno de los dos se molestó en vestirse después del baño. Nos enrollamos el uno al otro y

nos quedamos dormidos con facilidad.

Capítulo 10

Emilio

La cabeza de Daniela estaba reposando sobre mi hombro cuando salió el sol a través de la ventana de mi habitación. Entrecerré los ojos y gruñí, pasándome la mano sobre los ojos. El movimiento despertó a Daniela. Se movió lentamente y gimió, enviando escalofríos por toda mi columna.

—Ese gemido es tan injusto, —dije. Mi voz estaba ronca por dormir.

—¿Por qué lo es?, —preguntó Daniela con sus ojos cerrados todavía.

—Tengo que ir a trabajar, —dije. —Y cuando gimes así...

Gruñí suavemente y me apreté contra ella. Ella sonrió y se enrolló dentro de mí, sus senos desnudos presionando contra mi pecho. Pude sentir que sus pezones ya estaban duros por mi contacto. Gruñí otra vez y encontré sus labios.

Ella me devolvió el beso, enrollando una pierna alrededor de mi cintura y acercándose más a ella. En segundos mi pene estuvo completamente erecto.

—Me estás matando, —dije, liberando mis labios de los suyos.

—Solo intento iluminar tu mañana, —dijo ella inocentemente.

—Definitivamente lo ha hecho, Srta. Black. —Me reí y la volví a besar.

Tuve que usar todas mis fuerzas para romper nuestro beso por segunda vez. Ya se estaba haciendo tarde y no podía permitirme faltar a mis reuniones de la mañana. Lo último que quería hacer era separarme de Daniela, pero sabía que no tenía otra opción.

—Te llevaré a casa, —dije después de que los dos nos vestimos por completo. —Podemos pasar por el café en el camino.

Daniela sonrió. —Suená bien.

Entramos a mi auto y nos dirigimos al pueblo. Los dedos de Daniela estuvieron entrelazados con los míos durante todo el camino, pero cuando llegamos al café, se separó y entró. Fruncí el ceño y la seguí. Me pregunté si no quería que la vieran sosteniendo mi mano en público, pero no iba a cuestionarlo.

—Un latte con canela grande para llevar, —ordenó Daniela. —Por favor y gracias, Sarah.

Sarah asintió y se volteó hacia mí. —¿Lo usual, Emilio?

—Por favor. —Asentí y saqué mi billetera de mi bolsillo trasero,

—Yo lo hago, —dijo Daniela con firmeza. Su mano ya estaba dentro de su cartera.

—Daniela... —Comencé, pero me silenció con una mirada.

—Ya me has comprado dos comidas hasta ahora, —dijo ella. —Por favor. Déjame tratar.

Me encogí de hombros. —Si tú insistes.

—Lo hago. —Sonrió y deslizó su tarjeta de débito a Sarah.

De alguna forma era genial. La mayoría de las mujeres estaban muy felices de usar mi riqueza para su beneficio. Ya sabía que Daniela no se parecía en nada a esas mujeres, pero aun así era un recordatorio pequeño y agradable.

Tomamos nuestros cafés y Daniela me dejó llevarla a casa. Su mano encontró la mía otra vez, y todas mis preocupaciones se desvanecieron. Lo único que sentía era terror porque tenía que despedirme de ella otra vez.

—Te llamaré luego, —dije mientras se bajaba del auto.

Ella me sonrió de vuelta. —Adiós.

La observé hasta que desapareció dentro de su casa, sus caderas balanceándose seductoramente de lado a lado.

—¿Qué demonios me pasa?, —me pregunté a mí mismo, hablándole a mi auto ahora vacío.

Negué con la cabeza y arranqué. Mientras manejaba hacia la oficina, intenté reponerme. Nunca antes me había sentido así por una mujer. Sí que había estado en relaciones—más de lo que corresponde—pero ninguna me había vuelto loco como con Daniela. Nadie podía ocupar mi mente tan frecuentemente como ella lo hacía.

Mi cabeza seguía dando vueltas cuando llegué a mi oficina. Claire tenía todas mis reuniones organizadas, y yo estaba agradecido por la distracción.

—¿Sr. Bosh?, —preguntó Claire asomando su cabeza dentro de mi oficina un poco más tarde de mediodía. —Su hermano está en la línea uno.

—Gracias, Claire. —Agarré el teléfono y presioné el botón para la línea uno. —Leo. ¿Qué hay de nuevo, hombre?

—Ya regresé de la conferencia, —dijo él.

—¿Cómo estuvo?, —pregunté.

—Una maldita pérdida de tiempo, —dijo Leo. —Nada que ya no supiera. Me reí. —¿Entonces por qué fuiste?

—Era obligatorio para los residentes, —dijo con un suspiro. —Como sea, ¿nos vamos a ver esta semana?

—Sí, —dije. —Podemos hacerlo esta noche.

—Me viene bien, —dijo Leo. —¿Cuándo y dónde?

—¿Por qué no vienes a Ennis?, —pregunté. —No has venido aquí en siglos.

—Eso es porque no hay bares buenos en Ennis, —dijo Leo. —No hay nada bueno en Ennis.

—Vamos, —me reí. —No es tan malo.

—Es un pueblo diminuto, —discutió Leo.

—Tenemos un buen bar aquí en la esquina, —dije.

—Como sea, —dijo Leo. —¿A qué hora?

—A las siete, —dije.

—Te veré ahí.

Nos despedimos después de que le di el nombre del bar, y coloqué el teléfono en su lugar. Con un suspiro, me recosté en mi silla y me quedé mirando el techo.

Pasé toda la mañana luchando contra la necesidad de escribirle a Daniela. Mis reuniones eran una distracción útil, pero después de un rato, incluso ellas me fallaron. Me encontré jugando con mi teléfono, escribiendo un mensaje y luego borrándolo segundos después. Nunca me había sentido más patético en mi vida.

Unos tragos con Leo eran exactamente lo que necesitaba para volver a poner mi cabeza en su lugar. Sin nada más, me impediría llamar a Daniela en un intento desesperado esa noche. Por más que quisiera verla otra vez, sabía que tenía que distanciarme antes de que me apegara más.

***<

—Feliz noche, Claire, —dije mientras cerraba la puerta de mi oficina detrás de mí.

—Para ti también, —dijo Claire.

Faltaba un cuarto para las seis, y todavía tenía que ir a casa antes de reunirme con Leo. Sabía que no importaba si aparecía en el bar con mi ropa de trabajo, pero odiaba la idea de beber en un traje. Me sentía muy engraido.

Justo después de las siete entré al único bar de Ennis. Leo ya estaba ahí esperándome, sentado en el bar cuando entré. Jugueteó con su vaso de

cerveza mientras me senté en el taburete al lado de él.

—Llegas tarde, —dijo Leo.

—Cinco minutos, —dije. —Relájate, hombre.

—Solo estoy cabreado por este fin de semana, —dijo Leo con un suspiro.
—Esa maldita conferencia.

—No pudo haber sido tan mala, —dije.

—Fue peor, —rompió él. —No tienes idea de lo fanfarrones que pueden ser esos doctores. La mayoría de ellos no tienen idea de qué demonios están hablando la mitad del tiempo. Y aun así, todos creen que son genios.

—Nunca me lo hubiese imaginado.

Intenté apartar el sarcasmo de mi voz. Leo se acababa de describir a sí mismo y ni siquiera se dio cuenta. Afortunadamente, estaba muy ensimismado en sus propias quejas para notar mi tono.

—Como sea, —dijo después de que terminó de quejarse de la conferencia. —¿Qué hay de nuevo contigo? ¿El trabajo ha sido una locura, huh?

—No tienes idea. —Suspiré. —Finalmente cerré el contrato de los Harrington.

—¿Lo dices en serio?, —preguntó Leo. —¡Eso es fantástico!

—Gracias. —Sonreí y le di un sorbo a mi trago. —Ha sido un largo tiempo.

—Lo sé, —dijo Leo. —Has estado hablando de los Harrington como por dos años.

—Más que eso, —dije. —Estoy contento de que finalmente se hizo real. Claire recibió los contratos firmados el viernes por la noche, así que ahora todo está en su lugar.

—¡Entonces esto es una celebración!, —dijo Leo. Llamó al mesero y nos ordenó otra ronda.

Sonreí y acepté la bebida felizmente. Puede que Leo me pusiera los nervios de punta, pero realmente era un hermano decente. No siempre era el mejor leyendo mi estado de ánimo, pero era comprensivo cuando era algo importante.

Hablamos por un par de horas más y continuamos bebiendo. Leo no tenía que regresar a Dallas hasta el día siguiente, así que decidió quedarse en mi casa. Tomamos un taxi a casa, dejando nuestros autos en el bar.

Cuando llegamos a mi casa, recordé la reacción de Daniela del día anterior. Me sonreí a mí mismo y saqué mi teléfono. Escribí un mensaje

rápido y se lo envié antes de que pudiese pensarlo demasiado.

—¿Quién es esa?, —preguntó Leo.

Levanté la cabeza para ver que estaba mirando mi teléfono fijamente. No podía ver el nombre en la pantalla, pero su interés era obviamente notorio.

—Solo una chica que conocí, —dije evasivamente.

—¿Y le estás escribiendo borracho? —Leo se rio. —Mal movimiento, hombre.

—Nah, —dije. —No es así. Ella es... —Me detuve. No sabía cómo hablarle de Daniela a Leo. Más que eso, realmente no quería.

—¿Qué?, —presionó Leo. —¿Diferente? ¿Especial?

—Ambas, —dije con firmeza. —Ella es ambas.

—Demonios, —dijo Leo, dejando salir un silbido bajo. —Nunca pensé que te escucharía defender a una chica.

—Sí, —dije. —Ella realmente es algo. Honestamente, no puedo dejar de pensar en ella.

—Quiero conocerla, —dijo Leo. Me dio una palmada en el hombro en una forma muy de hermano mayor, pero mis adentros se congelaron. Lo último que quería era que Leo y Daniela se conocieran.

—Todavía no, —dije. —Todavía no sé qué tan serias están las cosas.

—Bueno, —dijo Leo. —Cuando sea que estés listo.

Capítulo 11

Daniela

Mis nervios estaban fritos para el momento en que caí en mi cama el lunes por la noche. La entrevista por Skype salió bien. Mi jefa potencial, Meghan, hizo todas las preguntas correctas, y yo le di mis mejores respuestas. Cuando nos despedimos me sentí segura. Mientras pasaba el día esa seguridad se desvaneció a nada. Estaba hundida en un charco de ansiedad sin ninguna forma de calmarme.

El trabajo no era perfecto. No era el trabajo de mis sueños por ningún estándar, pero era exactamente lo que necesitaba en este momento. La habilidad de escribir desde casa, de mantener una presencia en línea incluso cuando vivía en Ennis, posiblemente era lo mejor que podía esperar. Odiaba la idea de que podía no obtener el empleo. Mientras me recostaba en la cama el lunes en la noche, me dije a misma que me relajara.

—Lo que tenga que pasar, pasará, —susurré mientras me enrollaba en mi lado y cerraba los ojos.

Ni dos minutos después sonó mi teléfono a mi lado. Fruncí el ceño y lo agarré. ¿Quién estaría escribiéndome tan tarde por la noche?

El nombre de Emilio apareció en la pantalla, acompañado por una notificación de un mensaje no leído. Sonreí y abrí el mensaje.

—Hola, tú, —decía. —Solo pensaba en ti. Espero que tu entrevista haya ido bien.

El calor revoloteó a través de mi pecho. Sonreí y dejé mi teléfono. Era demasiado tarde para responder. Sabía que, si lo hacía, nunca me dormiría.

Aun así, Emilio permaneció en mis pensamientos mientras me quedaba dormida. Ocupó todos mis sueños esa noche, haciéndome despertar con un humor más ligero la mañana siguiente. Yo seguía sonriendo cuando salió el sol. Todavía no podía creer que él había tenido ese efecto en mí. No había estado soltera por tanto tiempo y aquí estoy, enganchada con alguien nuevo. No, era más que estar enganchada, ¿cierto? Me salí de la cama e intenté

mantenerme ocupada antes de volverme loca.

Parecía que la mañana no iba a terminar nunca. Meghan dijo que iba a llamar hoy, pero no dijo cuándo. Le temía a la idea de esperar todo el día con el teléfono. En vez de eso me metí en la ducha, me preparé el desayuno, me vestí y salí a dar un paseo. Estaba a medio camino de la esquina del pueblo cuando mi teléfono sonó en mi bolsillo.

El estómago se me cayó cuando vi el nombre de Meghan en la pantalla.

—A la mierda, —me dije a mí misma. Negué con la cabeza fuertemente antes de contestar. —¿Hola? Habla Daniela Black:

—¡Daniela!, —dijo Meghan con entusiasmo. —Estoy tan contenta de haberte conseguido esta mañana.

—Meghan, —dije. —Es genial saber de ti.

—Bueno, —dijo Meghan. —Tengo buenas noticias. El empleo es tuyo si todavía lo quieres.

—¡Por supuesto!, —dije, con la emoción goteando de mi voz. —¡Eso es increíble!

—Me encantó hablar contigo ayer, —dijo Meghan. —Y todo el equipo realmente disfrutó tus muestras. ¡Eres la escritora perfecta para nosotros, y no puedo esperar a ver las historias que traerás!

—Muchísimas gracias, —dije. —Realmente aprecio esta oportunidad.

—El placer es nuestro, —dijo Meghan. —Entonces, más tarde te enviaré tu primera tarea. Necesitamos que sea enviado a nuestros editores el próximo lunes como mucho, ¿está bien?

—Perfecto, —dije sin titubear.

—Genial, —dijo Meghan. —Hablamos luego.

—¡Gracias de nuevo!

Colgamos, y me sentí más ligera que el aire. No solo había conseguido el empleo, sino que al finalizar el día tendría mi primera tarea. Las palabras no podían describir lo feliz que estaba.

Cambiando de rumbo, me regresé a casa. De repente no tuve ganas de dar un paseo por el pueblo o de ir a tomar una taza de café en la cafetería. Solo quería irme a casa y esperar a que llegara mi tarea. Prácticamente me picaban los dedos por empezar a escribir.

En el camino de regreso, llamé a Andrea para contarle la buena noticia.

Ella chilló en el teléfono. —¿Lo conseguiste?

—¡Sí, lo conseguí!, —grité, sin importarme que hubiese otras personas en la calle. —¡No lo puedo creer!

—Voy para allá, —dijo Andrea.

—¿Qué? —Parpadeé. —¿De qué estás hablando?

—¡Tenemos que celebrar!, —dijo Andrea. —Y tengo el día libre. Así que voy al pueblo. Te veré en una hora.

Andrea no esperó mi respuesta. Simplemente colgó y me dejó meneando la cabeza con incredulidad. Por supuesto que Andrea iba a venir a Ennis. ¿Por qué no lo haría?

Apareció en mi entrada justo un poco más de una hora después. Sonreí mientras abría la puerta y la saludé con un abrazo.

—Traje suministros, —dijo Andrea, sosteniendo una botella de champagne.

—¿Realmente deberíamos beber en plena mañana?, —pregunté escépticamente. —Ya no estamos en la universidad.

—No es beber de día si es una celebración, —dijo Andrea con tono serio. —Ahora, ¿dónde están tus copas?

Emprendí mi camino hacia la cocina y agarré dos copas de mi armario superior. Nos instalamos en el sofá, sorbiendo nuestro champagne y poniéndonos al día.

Le conté a Andrea sobre el trabajo y lo emocionada que estaba. Pensé en mencionar a Emilio, pero no estaba segura de qué tan bien se tomaría esa noticia. Después de todo me mudé a Ennis para superar mi última relación. ¿Realmente quería admitir que ya había comenzado otra? Si es que eso es lo que era.

Afortunadamente, nunca surgió el tema. Después de que terminé de contarle todo a Andrea sobre el nuevo trabajo, se quedó callada e introspectiva, dos cosas que no era Andrea.

—¿Qué te pasa?, —pregunté, golpeando su pierna con mi pie. —¿Ya estás ebria?

—No. —Negó con la cabeza y suspiró. —Hay algo que debería decirte.

—Está bien. —Me senté derecha. —¿De qué se trata?

—Me encontré con Leonard el otro día, —dijo Andrea. Habló rápidamente, escupiendo las palabras antes de que pudiese cambiar de opinión. —En ese Starbucks del hospital. Yo estaba ahí para... Bueno, realmente eso no importa. Hice una parada para tomar un café y, bum, ahí estaba él.

—¿Hablaste con él?, —pregunté.

Andrea asintió. —Me preguntó por ti.

Mi estómago dio un vuelco, pero fue más débil de lo que esperaba. Escuchar el nombre de Leonard solía mandarme a una depresión en espiral. Odiaba pensar en él. Pensar en él se había sentido como una forma única de tortura. Ahora no parecía importarme tanto.

—¿Qué le dijiste?, —pregunté.

—Solo que te mudaste, —dijo Andrea encogiéndose de hombros. —Dije que te iba bien pero que te habías ido de Dallas.

—¿Y?, —presioné.

—Estaba impactado, —dijo Andrea. —Supongo que realmente no tenía ni idea.

—Te lo dije. —Me reí suavemente. —La residencia consume demasiado tiempo, ¿recuerdas?

—Como sea. —Andrea puso los ojos en blanco. —De cualquier forma, solo pensé que debías saberlo.

—¿Le dijiste a dónde me mudé?, —pregunté nerviosamente. Lo último que necesitaba era que a Leonard de repente le cambiara el corazón y apareciera en la puerta de mi casa.

—Dios, no, —dijo Andrea. —¿Por qué demonios haría eso?

—Solo para estar segura, —dije. —Gracias por decirme.

Andrea me observó fijamente mientras tomaba otro sorbo de mi champagne. No podía haber descrito mi ánimo si quisiera. Había estado tan feliz hace unos momentos, y ahora, seguía feliz pero reservada. Había algo al escuchar el nombre de Leonard, algo sobre saber que había preguntado por mí que me ponía incómoda.

—¿Estás bien?, —preguntó Andrea.

—Solo... —Comencé. —No lo sé. Es raro.

—¿Qué es?, —preguntó Andrea.

—Ya no me siento triste, —dije. —Antes cuando alguien lo mencionaba sentía este peso en mi pecho. Mis ojos se hubiesen quemado y hubiese querido llorar.

—¿Y ahora?

—Es una sensación diferente. —Me encogí de hombros. —Menos intensa.

—Lo estás superando, —dijo Andrea con sabiduría. —Eso es algo bueno.

—Lo es, ¿cierto? —Sonreí y Andrea asintió de manera alentadora.

Pasamos el resto del día hablando de cualquier cosa excepto de Leonard. Mi mente se volvió hacia Emilio y, para el momento en que se fue Andrea,

no pude evitar llamarlo.

—Daniela, —dijo cuando contestó. —Me estaba preguntando cuando volvería a saber de ti. ¿Cómo estuvo la entrevista?

—Estuvo increíble, —dije. —Me dieron el trabajo.

—¡Felicitaciones!, —dijo Emilio. —¡Eso es fantástico!

—Gracias. —Sonreí al teléfono.

—Mañana, —dijo con simpleza. —¿Estás libre?

—Lo estoy, —dije.

—Genial. Celebraremos entonces.

Capítulo 12

Emilio

Daniela traía puesto un vestido corto negro y ajustado. Apareció en la puerta con su cabello enrollado y sus ojos vivos con emoción. Hice lo posible por mantener los ojos en su rostro, pero fue imposible. Ese vestido marcaba cada curva, y mi fuerza de voluntad no era tan fuerte. La miré de arriba hacia abajo, mis ojos se quedaron en sus piernas desnudas y tacones negros.

—¿Te gusta lo que ves?, —preguntó ella, con su voz baja y sugestiva.

Volví a mirar su rostro. Sus ojos estaban oscuros y llenos de esa hambre familiar. Sonreí y di un paso hacia adelante. Mi mano se deslizó por su cintura y la atraje a mí para besarla.

Gemí contra sus labios suaves. Cuando nos separamos, suspiré profundamente. —Te ves increíble.

—Gracias. —Daniela sonrió y hundió sus caderas a un lado, mostrando su vestido incluso más.

Me reí y le extendí mi brazo. Ella lo tomó y nos dirigimos hacia mi auto. Una vez adentro, encendí el motor y nos llevé fuera del pueblo.

—¿A dónde vamos?, —preguntó Daniela.

—A la ciudad, —dije. —Esta es una celebración, después de todo. Es necesario un restaurante lujoso.

—No necesito lujos, —dijo Daniela riéndose amablemente.

—Exactamente por eso es que lo mereces, —dije.

Daniela sonrió como si estuviese sorprendida. Por la expresión de su rostro, no estaba acostumbrada a ser consentida. Normalmente no era el tipo de los que iban a lo mejor por una mujer, pero con Daniela, no podía evitarlo.

Llegamos al restaurante y dejé que el parquero estacionara mi auto. Escogí un pequeño restaurante francés para cenar. Era un lugar al que había venido frecuentemente, y sabía que Daniela lo amaría.

—Realmente no tenías que hacer todo esto, —dijo Daniela después de que nos ordené una botella de champagne. —Es solo un empleo.

—Quería hacerlo. —Me encogí de hombros y Daniela frunció el ceño. Examiné su rostro. Obviamente estaba molesta. Me preguntaba si había cometido un error. —¿Hice algo mal?

—¿Qué? —Los ojos de Daniela se agitaron para encontrarse con los míos. Se suavizó inmediatamente. —No, no. Para nada.

—Entonces, ¿qué pasa? —Me acerqué por toda la mesa para tomar su mano.

—No es nada, —dijo ella. —Es solo que... sé que estás acostumbrado a esto. Ir a cenar a restaurantes lujosos. Gastar tu dinero sin pensarlo mucho.

Me reí. —Auch.

—Lo siento, —dijo ella rápidamente. —No lo digo como un insulto. Pero no estoy acostumbrada a cosas como esta. Mi familia es mucho más simple. Simplemente no quiero que sientas que tienes que tratarme así. Estoy bien con loncherías y cafés. No necesito demasiado.

—No siento que deba hacerlo, —dije. —Solo lo quiero hacer.

Daniela me consideró por unos segundos. Sabía que estaba intentando determinar si hablaba en serio o no.

—Mira, —dije. —Sé que bromeamos mucho. Bromear y coquetear están bien, pero nunca antes hemos tenido una conversación realmente seria.

—No. —Daniela negó con la cabeza. —Supongo que no lo hemos hecho.

—Así que, —dije, recostándome en mi silla y abriendo mis brazos. —Pregúntame cualquier cosa.

—¿Cómo?, —Daniela se rio nerviosamente.

—Lo que sea que quieras saber, —dije. —Hablo en serio.

Daniela titubeó por casi un minuto, luego una sonrisa maliciosa se cruzó por su rostro mientras se inclinaba hacia adelante. Sabía que se iba a divertir con esto.

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?, —preguntó audazmente.

—No tengo un recuento actualizado. —Me reí. —La misma pregunta.

Ella parpadeó. —¿Qué?

—Oh, vamos, —dije riendo otra vez. —No creíste que esto iba a ser unidireccional, ¿verdad?

—No me he acostado con ninguna mujer, —dijo ella con voz juguetona.

Puse los ojos en blanco. —Sabes a lo que me refiero.

—Tres, —dijo ella con simpleza. —Incluyéndote a ti.

Asentí y le hice un gesto para que continuara con sus preguntas.

—¿Cuándo fue tu última relación?, —preguntó ella.

Suspiré. Sabía que esta pregunta iba a llegar, pero eso no significaba que estaba listo para eso. Mi última relación no era algo de lo que disfrutara hablar. Aun así, le prometí a Daniela que podía preguntar lo que quisiera.

—Hace cuatro años, —dije. —Su nombre era Amy.

—¿Qué pasó?, —preguntó Daniela.

—Bueno... —Suspiré. —Es una larga historia.

—Qué bueno que tenemos cuatro platos, —dijo Daniela con una sonrisa.

Negué con la cabeza y me reí. Daniela me mantenía alerta más que nadie que haya tenido. Solo una simple conversación se sentía como si estuviese siendo retado en la mejor forma.

—Salimos por un largo período de tiempo, —dije. —Yendo y viniendo por tres años. Pero ya hace cuatro años, terminamos las cosas por las buenas después de que descubrí que me estaba engañando.

—Oh. —Los ojos de Daniela se ensancharon. —Uau. Lo siento.

—Ya lo superé. —Me encogí de hombros. —En ese momento estuve devastado, para decir lo mínimo. Realmente la amaba, pero cuando vi que estaba usando mi tarjeta de crédito para comprarle cosas a su chico, supe que era hora de cortarlo y alejarme.

—¿Ella usó tu tarjeta?, —preguntó Daniela, la conmoción llenando su voz.

Asentí. —Elegante, ¿huh?

—Qué perra. —Daniela negó con la cabeza.

Me reí y asentí en acuerdo. —No me di cuenta en el momento, —dije. —Pero ella era la equivocada para mí.

—Puedo entender eso, —dijo Daniela. Una mirada oscura cruzó por su rostro.

—¿Tu ex?, —pregunté.

—Sí. —Daniela asintió y agarró su copa de champagne. Le dio un largo sorbo y apartó la mirada. Por mucho que quisiera escuchar su historia, no quería forzar nada.

—No tienes que hablar de esto, —dije. —Está bien.

—Lo justo es lo justo, ¿cierto?, —preguntó ella ligeramente.

Sonreí. —Supongo.

—Estuvimos juntos por dos años, —dijo con simpleza. —Dos años y pensé que estaba enamorada. Real y profundamente enamorada. El tipo de amor que verdaderamente significa algo.

—Conozco el sentimiento, —dije amablemente.

—Pero, —dijo ella. —Él terminó la escuela de medicina y empezó su residencia. Aparentemente, yo no entraba en sus planes después de todo. Me dejó porque estaba demasiado ocupado para tener una relación.

—Es un idiota, —dije con simpleza.

Daniela asintió. —Después me di cuenta de eso, —dijo ella. —Es solo que apestó porque puse tanto de mí en nuestra relación. Sacrifiqué mi tiempo y mi energía. Dios, incluso lo ayudé a buscar a su hermano perdido de hace mucho tiempo.

—¿Hermano perdido?, —pregunté, frunciendo el ceño ligeramente.

—Sí, —dijo Daniela. —Su mamá tuvo un hijo justo unos años después de que él naciera. Ella no pudo quedarse con el bebé así que lo dio en adopción. Mi ex siempre supo sobre el bebé, pero nunca lo conoció. Sin embargo, él quería conocerlo. Así que lo ayudé a averiguar qué agencia de adopción había usado su madre y esas cosas.

—¿Pero nunca quisiste conocerlo por ti misma?, —pregunté.

—No. —Ella negó con la cabeza. —Él no quiso eso. Dijo que era demasiado nuevo, demasiado fresco. No quería que nada complicara su relación. Lo cual, con el tiempo, tuvo tanto sentido para mí.

Me reí. —No realmente. Si pasaste por todo el asunto de ayudar, debiste haber conocido a su hermano. Como mínimo, me refiero.

Daniela se encogió de hombros. —Yo solo lo atribuí a la dinámica familiar confusa, —dijo ella. —No quería entrometerme, así que tomé el asiento trasero.

—Las dinámicas familiares confusas son una perra, —dije conscientemente.

—¿La tuya?, —preguntó Daniela levantando sus cejas.

—Yo también soy adoptado, —dije. —Mis padres me adoptaron cuando era un bebé.

—¿De verdad?, —preguntó Daniela. —Uau, eso es una locura.

Me reí. —No del todo. Honestamente, nunca pensé mucho en eso hasta que me hice adulto. Mi mamá me lo dijo cuando tenía cinco, así que fue algo que siempre supe. Mis amigos vinieron de sus padres, pero yo no lo hice. Mis padres me escogieron. De alguna forma eso me hizo sentir especial.

—Esa es una forma realmente buena de mirarlo, —dijo Daniela con una sonrisa suave.

—Creo que por eso mis padres son tan duros conmigo, —dije. —Por años intentaron tener su propio bebé, pero no pudieron. Así que cuando me

tuvieron, todo cambió para ellos. Se preocuparon por mí. Agonizaban por mis decisiones, merodeaban.

Daniela resopló. —Suenan como mis padres.

—Cuéntame más sobre ellos, —dije. Me incliné hacia adelante y tomé un sorbo de mi champagne.

Daniela se inició en historias de su infancia mientras yo escuchaba. Nos comimos la cena lentamente, ninguno de los dos estaba apresurado por llegar a casa.

Por primera vez, esa noche, Daniela y yo nos acercamos. Habíamos estado conectados desde el momento en que nos conocimos. Nuestra atracción física no se podía negar. Podíamos coquetear y bromear mejor que cualquier pareja. Pero después de esa noche, las cosas cambiaron entre nosotros. Nuestra conexión se profundizó.

Hablamos sobre nuestras familias, nuestros ex, nuestros sueños. De todo y de nada en que podíamos pensar.

Cuando le llevé esa noche y le di un beso de buenas noches, fue diferente. Ese anhelo sentido profundamente seguía ahí—mi cuerpo se encendió cuando me tocó, justo como siempre—pero había algo más detrás del beso. Algo más profundo. Algo significativo.

Capítulo 13

Daniela

El sábado se estaba aproximando rápido, y me di cuenta de que no tenía nada que ponerme para la fiesta de navidad de Emilio. Escudriñé en mi armario, sacando todos los vestidos que tenía. Aun así, no encontré nada. Para el momento en que llegó la mañana del jueves, estaba desesperada por un poco de ayuda.

Agarré mi teléfono y marqué el número de Lilian. Contestó en el segundo repique con voz animada.

—¡Danie!, —dijo brillantemente. —¿Qué pasa?

—Ey, —dije. —Me estoy dirigiendo a la ciudad para hacer unas compras, ¿te interesa?

—¡Demonios, sí!, —dijo ella. —Solo déjame llamar a la niñera.

—Tienes tiempo, —dije. —Ni siquiera estoy vestida todavía.

—Tómate tu tiempo, —dijo ella. —Estaré todo el día en casa.

—Te llamaré cuando vaya en camino.

—¡Genial!

Colgamos y rápidamente me puse una ropa cómoda. Dudaba que fuese capaz de encontrar una tienda de lujo en Ennis. Además, realmente quería pasar un día con mi hermana mayor. No nos habíamos visto desde que cenamos con nuestros padres. Fue una reunión genial, pero realmente no nos dio tiempo de hablar de nada.

Manejé hacia la ciudad, llamando a Lilian en el camino. La ruta a la casa de Lilian era familiar. Ella y Sebastián se mudaron a su vecindario la semana después de salir de la universidad. Habían estado ahí por casi trece años ya.

Mientras llegaba a la entrada, recordé todas las veces que me escapaba a esta casa cuando era más joven. En la secundaria, hubiese pasado fines de semana con Lilian y Sebastián solo para tener un descanso de mi madre y mi padre. Luego, en la universidad, solía traer mi ropa sucia más de una vez al mes. Ellos nunca se quejaron. Si acaso, los dos estaban felices de verme.

—¡Hermana! —Lilian gritó cuando llegué a la puerta de entrada. —¡Estás aquí!

—Lo estoy, —dije. Me abrazó rápidamente y luego me invitó a pasar.

Zoe estaba sentada en el suelo de la sala. A su lado estaba una mujer que asumía era la niñera, mostrándole imágenes diferentes en un libro.

—Ahí está mi chica, —dije. Me llevé a Zoe a los brazos y le besé la frente. Ella sonrió y se retorció para que la dejara ir.

—¡Bájame, tía Aniela! —Se retorció juguetona y me pateó.

Me reí y volví a sentarla. Estaba en la edad del comportamiento travieso. Ser cargado era para bebés, y, como a Zoe le gustaba decir, ella era —¡una chica grande!

—¿Estás lista para irnos?, —preguntó Lilian. Agarró su cartera del sofá y se la lanzó por encima del hombro.

Sonreí. —Sí. Nos vemos luego, Zoe Escarabajo.

—¡Adiós, adiós! —Zoe nos despidió con la mano mientras salíamos por la puerta.

—¿Una niñera nueva?, —pregunté mientras nos subíamos a mi auto.

Lilian asintió, una expresión nerviosa cruzando su rostro. Ella hacía lo posible por ser una madre despreocupada, pero yo sabía que era difícil para ella.

—Ella tiene buenas referencias; —dijo Lilian. —Pero ¿quién sabe?

—Eres una preocupada, —dije. —Justo como Mamá.

—No me compares con nuestra madre, —dijo Lilian con severidad. —No soy nada como era ella.

—Si tú lo dices. —Me reí.

Lilian me frunció el ceño, pero su humor mejoró rápidamente mientras nos acercábamos a la ciudad. Había unas cuantas tiendas en el centro por las que quería pasar. No estaba segura de qué tan elegante iba a ser la fiesta. Conociendo a Emilio, iba a ser de alta categoría al máximo nivel. Lo último que quería era estar mal vestida.

—¿Qué estamos buscando exactamente?, —preguntó Lilian mientras entrábamos a la primera tienda.

—Necesito un vestido para este fin de semana, —dije. —Voy a ir a una fiesta navideña en las Cuatro Estaciones, así que necesito algo muy bueno.

—Uau, —dijo Lilian. Levantó sus cejas en sorpresa. —¿Cuatro Estaciones? Lujoso.

—No realmente, —dije encogiéndome de hombros. —Solo es una fiesta

de navidad de una empresa.

—¿De tu nuevo empleo?, —preguntó ella.

—No... —Me quedé callada, no estaba segura de cómo explicar las cosas.

Lilian me miró inquisitivamente. Todavía no sabía qué tanto quería contarle. Las cosas entre Emilio y yo todavía eran nuevas.

—Escúpelo, —dijo rotundamente. Se puso las manos sobre las caderas y se me quedó mirando de una forma que solo podía una hermana mayor. —Ahora.

Suspiré y empecé a hojear el estante de ventas. Apenas veía los vestidos que se deslizaban entre mis dedos, pero era una distracción útil hasta que pudiese encontrar la mejor forma de explicarlo.

—Su nombre es Emilio, —dije finalmente. —Nos conocimos en este pequeño café en Ennis. Él es muy genial.

Lilian solo siguió mirándome fijamente. Quería más detalles, eso era obvio.

—¿Y?, —presionó impacientemente.

—Es dueño de su propia empresa, —dije. —Hace herramientas para plataformas petroleras y cosas así.

—Uau. —Lilian asintió en señal de aprobación. —¿Millonario?

Asentí. —Extremadamente.

—De ahí viene la fiesta de lujo de navidad, —dijo Lilian asintiendo.

—Sí.

Esperaba que dejara ir el tema, pero la conocía demasiado. Mientras mirábamos los vestidos, sus ojos seguían volviendo a mi rostro.

—¿Qué?, —solté finalmente. —¿Qué más quieres saber?

Se rio. —¡Todo!

—Bien. —Gruñí y me volví para mirarla a la cara. —Él es increíble, ¿está bien? Estoy completamente entusiasmada con él, y me siento como una completa idiota al respecto.

—¿Por qué?, —preguntó Lilian. —Entusiasmado es algo bueno.

—No en este momento. —Suspiré. —Justo me acaban de romper el corazón. No sé si enamorarme de otro chico sea la mejor decisión en este momento.

—No puedes controlar cómo pasan estas cosas, —dijo Lilian. —Algunas veces, simplemente conoces a alguien y bum. El resto es historia.

—Es fácil decirlo, —dije. —Conociste al amor de tu vida cuando todavía

eras una niña.

—Tuve suerte, —admitió Lilian. —Esto con Emilio, ¿es serio?

—Nosotros—

Antes de que pudiera terminar mi oración, un rostro familiar captó mi mirada. Leonard pasó caminando por la tienda. Se detuvo justo afuera y miró alrededor por unos pocos segundos. Mis pies se quedaron congelados en el lugar. Me dije a mí misma que me moviera, que corriera detrás de los vestidos y me escondiera, pero no pude. Solo me quedé ahí de pie mirando fijamente hasta que, finalmente, él siguió caminando.

—¿Ese era Leonard?, preguntó Lilian, sus ojos ensanchados.

—Sí. —Negué con la cabeza y exhalé lentamente. —Eso estuvo cerca.

—¿No lo has visto desde la ruptura?, —preguntó Lilian.

—Dios no, —dije. —Y no planeo hacerlo.

—¿Cómo te sientes con respecto a todo?, —preguntó Lilian. —Me refiero, ahora que has conocido a alguien nuevo. ¿Extrañas a Leonard?

Hice una pausa para pensar. Mi respuesta inmediata hubiese sido que no, pero era mi hermana con la que estaba hablando. Quería decirle la verdad, incluso si no quería admitírmelo a mí misma.

—Algunas veces, —dije con suavidad. —Pero no es a él lo que extraño realmente. Solo la rutina que solíamos tener. Honestamente, ya casi no pienso en él.

—¿De verdad?, —preguntó Lilian. —Así que, ¿entonces...Emilio?

—No sé qué tan en serio vamos, —dije. —Pero me gusta mucho.

—¿Te estás acostando con él?, —preguntó ella.

—¿Demasiado personal? —Me reí.

—Yo solía cambiarte los pañales, —dijo con una mueca. —Solo dímelo.

—Sí, —dije. —Estamos durmiendo juntos.

—Entonces, ¿las cosas van bastante en serio?, —preguntó otra vez.

—Están fluyendo en esa dirección, —dije.

Lilian sonrió y devolvió su atención a la tarea en mano. Rápidamente me encontró cuatro vestidos para probarme, tres de los cuales tenían el tono azul perfecto para que combinaran con mis ojos. Agarré un vestido negro que pensé que me quedaría bien y me apresuré a los vestidores.

Después de probarme todos los vestidos, seguía sin encontrar el indicado. Lilian se inclinó por uno de los azules, pero no me pareció bien. Quería algo perfecto, algo impactante pero elegante.

—Estás siendo demasiado quisquillosa, —dijo Lilian.

—Solo quiero lucir bien, —dije a la defensiva.

—Y lo harás, —dijo Lilian. —Pero solo tienes que elegir uno. Te ves increíble en todos.

—Tú eres mi hermana, —dije. —Tienes que decir eso.

Negó con la cabeza. —Es falso. Te lo diría si lucieras como un bolso de mierda.

Me reí y la arrastré fuera de la tienda. Había otro par de tiendas bajando la calle que quería visitar.

—¿Crees que siga por aquí?, —preguntó Lilian, bajando la voz mientras caminábamos por la calle.

—¿Quién?, —pregunté.

—Leonard, —dijo Lilian.

—Oh. —Parpadeé. Leonard había sido apartado completamente de mi mente. Lilian me interrogó tanto sobre Emilio que apenas tuve tiempo para pensar en algo más.

—Sé que no quieres verlo, —dijo Lilian.

—¿A quién le importa?, —dije, meneando la cabeza casualmente.

—¿De verdad? —Lilian levantó las cejas.

—¿Leonard quién?

Me pavoneé por la acera con Lilian riendo a mi lado.

Capítulo 14

Emilio

Se me cayó la mandíbula cuando vi a Daniela salir de su casa. Llevaba puesto un vestido azul largo hasta el suelo. Era del mismo tono que sus ojos y, por un segundo, no pude respirar. Mis ojos recorrieron su cuerpo, tomando el efecto completo de su apariencia.

El vestido ajustaba sus senos y cintura, expandiéndose en sus caderas y luego cayendo por sus pies ligeramente. Era sin tirantes, así que llevaba un abrigo de lana alrededor de sus hombros. Sus tacones altos combinaban perfectamente con su atuendo, y cuando dio una vuelta en círculo, sentí que mis adentros se apretaron. Mi cuerpo reaccionó a ella sin mi permiso, llevándome hacia adelante hasta que estuve de pie delante de ella.

Busqué su mano, sosteniendo la longitud de su brazo para poder seguir admirándola. Se ruborizó ligeramente, haciéndola lucir incluso más hermosa. Cuando besé sus labios, suspiró y reposó su mano sobre mi pecho. Me tomó todas mis fuerzas separarme de ella. La limusina estaba esperando, y no podía permitirme llegar tarde a mi propia fiesta.

—Ven aquí, —dije, llevándola amablemente hacia el auto. —Vámonos antes de que cambie de opinión.

—¿Que cambies de opinión sobre qué?, —preguntó Daniela.

—Sobre ir a esta estúpida fiesta, —dije.

—Es tu fiesta, —ella se rio, mientras yo sostenía la puerta abierta de la limo.

—Lo cual es por lo que tenemos que ir, —dije con un suspiro. —Pero ese vestido luce como si hubiese sido diseñado específicamente para torturarme.

—¿Oh? —Ella levantó las cejas mientras me deslizaba a su lado. —¿Te gusta?

—Lo amo, —gruñí.

La besé rápidamente, deslizando mi lengua profundamente dentro de su boca. Su temblor en respuesta era todo lo que necesitaba. Enrollé mis brazos

por su cintura, la atraje más hacia mí mientras ella enrollaba sus dedos en mi cabello.

El chofer se fue de la casa de Daniela, pero apenas nos dimos cuenta. Estábamos perdidos en el cuerpo del otro, nuestras manos buscando libremente donde quiera que escogíamos hacerlo.

No fue hasta que llevé mis dedos a través de su cabello suave que Daniela se separó finalmente. Estaba ruborizada y sin aliento, sus ojos azules pálidos se quemaban con deseo.

—Deberíamos parar, —dijo ella, jadeando levemente. —Antes de que arruines completamente mi cabello.

—Eso no es posible, —dije suavemente. —Ven aquí.

La besé otra vez, pero me separó amablemente. Con una sonrisa suave, se instaló a mi lado para que los dos pudiéramos calmarnos. Mirando hacia mi regazo, supe que tenía razón. No podía simplemente aparecer en las Cuatro Estaciones con una erección como esta.

Mantuve mi brazo enrollado alrededor de ella mientras nos dirigíamos a la ciudad. Cuando llegamos, no había empezado la fiesta todavía. Claire insistió en que llegara temprano para que pudiese saludar a todos los invitados mientras iban llegando.

—Este lugar se ve increíble, —dijo Daniela cuando entramos al gran salón de baile. —No puedo creer que hiciste todo esto solo para una fiesta de la empresa.

—Mientras mejor trates a tus empleados y a tus clientes, más exitoso será tu negocio.

Sonreí mientras Daniela ponía los ojos en blanco a mi divagación profesional. Claire y yo pasamos más de dos meses planeando esta fiesta, asegurándonos de que cada detalle estaba perfectamente en su lugar. Ahora que Daniela estaba sobre mi brazo, quería que la noche fuese incluso mejor.

—Déjame traerte una bebida, —dije mientras entrábamos al salón.

—Oh, yo puedo buscarla, —dijo Daniela. —Sé que tienes cosas que hacer.

—Todavía no, —dije. —Claire se hizo cargo de todo. Yo solo tengo que saludar a los invitados cuando empiecen a llegar.

—¿Cuándo será eso?, —preguntó Daniela.

—En veinte minutos más o menos, —dije.

La llevé hacia el área del bar y nos conseguí un Martini a ambos. Daniela sorbió lentamente el suyo mientras yo me acabé el mío en tiempo récord.

Daniela se rio. —Es ese tipo de noche, ¿huh?

—Para ser completamente honesto, odio estas cosas, —dije encogiéndome de hombros. —A parte de eso, reservé una habitación de hotel arriba, así no tendría que preocuparme por tener que volver a casa esta noche.

—¿Oh? —Las cejas se levantaron tan alto que desaparecieron detrás de su cabello.

—¡Oh!, —dije, de repente entendiendo las implicaciones de mis palabras. —La limo fue pagada hasta mañana, así que eres libre de irte cuando quieras. No tienes que quedarte. Quiero decir, tú puedes... Quiero decir, amaría si te quedaras, pero...

Me di cuenta de que estaba temblando y me callé rápidamente, dejando que desapareciera el final de mi oración. Daniela solo se rio y dio un paso hacia mí. Se tomó el resto de su Martini de un trago y luego se volvió para ordenar otro.

Cuando volteó para mirarme a la cara, estaba sonriendo diabólicamente. Mi estómago dio un vuelco cuando se acercó más. Su mano estuvo sobre mi pecho antes de que pudiera parpadear. Luego sus labios estuvieron sobre los míos y todo el mundo desapareció.

—Tener una habitación arriba suena perfecto, —susurró mientras se separaba de mí.

Sonreí y enrollé un brazo alrededor de su cintura. La fiesta iba a estar comenzando pronto, y tenía que regresar a la entrada.

—¡Ahí está! —Claire llamó mientras Daniela y yo volteamos a mirarla. —¡Lo he estado buscando por todas partes!

—Estábamos en el bar, —dije con simpleza. —Claire, ella es Daniela. Daniela, ella es Claire.

—Es un placer conocerte, —dijo Claire con una sonrisa.

—Para mí también, —dijo Daniela.

—Sr. Bosh. —Claire dirigió su atención de vuelta a mí. —Están empezando a llegar los invitados. El asistente los está dirigiendo en este momento. ¿Está listo para abrir las puertas?

—Por supuesto, —dije. —Cuando sea que lo estés.

Claire asintió y se apresuró hacia adelante. Abrió las puertas hacia el salón de baile y luego se puso de pie. Ya podía escuchar pisadas aproximándose.

—¿Claire?, —dije.

—¿Sí?, —se volteó para mirarme.

—Recuerda divertirte esta noche, ¿está bien? Te lo has ganado.

Claire sonrió. Todo su cuerpo pareció empezó a relajarse. Daniela me apretó el brazo, y cuando la miré, estaba sonriendo en señal de aprobación.

—¿A qué se debe la sonrisa?, —pregunté en voz baja.

—Eres un buen jefe. —Se encogió de hombros. —Solo es sorprendente, es todo.

—¿Pensaste que yo era un tirano?, —pregunté.

—Algo así, —bromeó con un guiño de ojos.

En segundos, la entrada estaba llena de personas. Saludé personalmente a cada uno, manteniendo la línea moviéndome tan rápido como me era posible. Intenté presentarles a Daniela a todos, pero las personas estaban llegando tan rápido que no tuve la oportunidad.

Rápidamente, todos estaban dentro del salón de baile, y la fiesta realmente podía empezar. Guie a Daniela alrededor del salón deteniéndonos para mostrársela a mis clientes cuando era posible. Amaba tenerla en mis brazos. Cada año traía una cita, pero ninguna era tan hermosa o encantadora como Daniela. Quería que todos la conocieran, que vieran lo increíble que era.

Daniela y yo bebimos y reímos durante toda la noche. Bailamos, nos dimos vueltas el uno al otro alrededor de la pista de baile. Nunca me había divertido tanto en una fiesta de la empresa en mi vida.

Mientras empezaba a caer la noche, vibró mi teléfono en mi bolsillo. Lo saqué frunciendo el ceño. ¿Quién estaría escribiéndome ahora?

—Disculpa que no pude llegar a la fiesta este año, —escribió Leo. — ¿Cómo va?

—¡Genial!, —escribí de vuelta. —Traje una mejor cita que tú.

Leo respondió segundos después. —¿Esa misma chica?

—Sí. —Presioné enviar y fui a lanzar mi teléfono de vuelta a mi bolsillo. Antes de que pudiera hacerlo, vibró otra vez.

—¿Cuándo la puedo conocer?, —preguntó Leo.

—Lo arreglaré, —escribí, solo para zafarme de él. No estaba seguro de cómo iba a funcionar esto, pero lidiaría con eso después.

Envié el mensaje rápidamente y luego dirigí mi atención de vuelta a Daniela. Ella estaba balanceándose suavemente con la música, riendo con la esposa de uno de mis clientes. Era increíble la facilidad con la que se llevaba bien con todos en el salón.

—¿Te estás divirtiendo?, —susurré en su oído.

—Lo estoy. —Me sonrió, y sus ojos nadaron ligeramente. Podía decir que el alcohol estaba teniendo un fuerte efecto en ella. No estaba borracha, pero definitivamente no estaba sobria.

Nos despedimos y nos dirigimos a nuestra habitación en el piso de arriba, mareados como dos adolescentes en el baile de graduación.

Capítulo 15

Daniela

Emilio había reservado una habitación en el piso de arriba. Entramos al ascensor junto con otras tres personas, pero para el momento que llegamos al cuarto piso, estábamos solos. Mi cuerpo estaba vivo con el alcohol y la emoción. La fiesta de Emilio fue increíble. Nos reímos y bailamos por horas. Fue como si el mundo externo hubiese desaparecido. Estábamos solos, las únicas dos personas en una burbuja de felicidad dichosa, y no quería que la noche terminara nunca.

—¿Te divertiste esta noche?, —preguntó Emilio mientras el ascensor continuó subiendo.

—Fue demasiado divertido, —dije.

Me volví para mirarlo a la cara, y mis ojos se cayeron a sus labios. Ahora estaba a solo centímetros de mí, y todo mi cuerpo estaba gritando por él. Di un paso hacia adelante, mi abrigo se cayó de mis hombros. Mi mano ya estaba sobre el pecho de Emilio, mis labios buscando los suyos.

Nuestro beso fue caliente y rápido. El cuerpo de Emilio reaccionó desde el segundo en que se tocaron nuestros labios. Me empujó con fuerza contra la pared del ascensor, inmovilizándome con sus manos fuertes. Había estado soñando con este momento desde que me fue a buscar esa noche. Verlo en un traje fue casi demasiado para mí. Sabía qué había debajo de esa ropa, y estaba desesperada por ponerle las manos encima.

—Dios, —susurré mientras los labios de Emilio encontraron mi cuello. —He deseado esto toda la noche.

—No tienes idea, —gruñó Emilio, sus labios seguían presionados contra mi piel.

Sus dientes me mordieron ligeramente, y gemí. Sus manos recorrieron todo mi cuerpo, deslizándose sobre mis caderas y acercándose para agarrar mi trasero. Cada centímetro que tocaba de mí se prendía en fuego.

—Ven aquí, —demandé, atrayendo su rostro de vuelta al mío.

Lo besé tan fuerte que nos quedamos sin aliento rápidamente. Mi lengua se deslizó desesperadamente dentro de su boca. Pude saborear los Martinis que se había bebido esa noche, y eso solo hizo que mi cabeza diera vueltas más rápido. El alcohol recorría mis venas, impulsándome hacia adelante. Estaba desenfrenada. Estaba excitada. El ascensor no podía subir lo suficientemente rápido.

La mano de Emilio descendió por mi muslo. Apretó su puño alrededor del material ligero de mi vestido y lo levantó. Sus dedos acariciaron mi muslo desnudo, moviéndose más arriba con cada golpe.

Gemí y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Jadeando, me meneé debajo del tacto de Emilio. Deslizó sus dedos incluso más alto, dándose cuenta rápidamente de que no estaba usando bragas.

Cuando tocó mi vagina desnuda, gimió y enterró su rostro en mi cuello. Sus dedos jugaron conmigo, agarrando mi humedad y luego deslizándose más arriba para jugar con mi clítoris. Gemí ruidosamente y empujé mis caderas hacia adelante.

—Eres el diablo, —dijo Emilio con voz áspera.

—No podía ponerme bragas con este vestido, —dije. —Se hubiesen visto a través de la tela.

—Créeme, cariño, —dijo Emilio. —No me estoy quejando.

Presionó hacia abajo más fuerte sobre mi clítoris y me frotó bruscamente. La puerta del ascensor sonó detrás de nosotros, y nos separamos. Mi vagina estaba palpitando, anhelando su tacto, pero ninguno de los dos quería ser capturado. Nos quedamos de pie a unos pocos centímetros del otro mientras las puertas se abrían.

Había unas pocas personas en el pasillo, así que Emilio se agachó para agarrar mi abrigo del suelo y nos apresuramos hacia nuestra habitación. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que estuvimos a salvo detrás de la puerta.

Al segundo que estuvimos adentro, Emilio me agarró y me lanzó fuertemente sobre la cama. Se arrastró debajo de mí, tomando mis piernas en sus manos mientras se movía. Sus labios trazaron patrones ligeros sobre mis pantorrillas mientras se movía hacia arriba, apartando a un lado mi vestido mientras lo hacía.

De pronto estuve completamente expuesta a él. Agarró mis muslos y enterró su rostro entre mis piernas, su lengua ya estaba atacando mi clítoris impaciente.

—¡Maldición!, —grité. Por primera vez en mi vida no me importaba que me escucharan. Grité su nombre repetidas veces mientras rozaba su lengua hacia atrás y hacia adelante encima de mí. Deseo húmedo corría entre mis piernas, derramándose sobre la cama mientras Emilio me empujaba cada vez más hacia el borde.

Buscó alrededor para agarrar mi trasero, apretándome fuertemente mientras su lengua me tomaba incluso más fuerte. Mis piernas temblaron, y justo así, me vine tan duro que se arqueó mi espalda. Mi boca se abrió, pero no salió ningún sonido. El grito de placer se quedó en mi garganta mientras todo mi cuerpo temblaba con éxtasis.

Emilio se levantó y se sacó el traje del cuerpo. Me moví hacia adelante lo suficiente para quedar presionada contra las almohadas. Mis ojos recorrieron el cuerpo de Emilio, cada vez más ancho cuando su pene duro como una roca quedó libre.

—Eres tan jodidamente sexy, —me dijo mientras subía por la cama, ahora completamente desnudo.

—Demuéstralo, —bromeé.

Emilio liberó un gruñido animal y me levantó hacia arriba. Me sentó sobre su regazo, golpeando mi chorreante vagina húmeda contra su pene. Gemí mientras presionaba contra mi clítoris sensible, haciendo que me estremeciera con necesidad.

Mi vestido estaba enrollado hacia arriba alrededor de mis caderas, pero eso no fue suficiente para Emilio. Rápidamente bajó el cierre y seguido de esto levantó la tela por encima de mi cabeza. Nuestra piel desnuda se tocó finalmente y se sintió como si el fuego me azotara contra la piel.

Cuando se deslizó dentro de mí meneé mis caderas hacia adelante y gemí desesperadamente. Emilio levantó sus caderas hacia arriba, chocando contra mí con un abandono imprudente que nunca antes había sentido. No sabía si era el alcohol o solo la anticipación de haber tenido que esperar toda la noche para estar solos. Lo que sea que fuera, los dos estábamos tan desesperados por el otro que apenas podíamos pensar.

Emilio me folló duro, empujando sus caderas hacia arriba mientras yo montaba su pene. Eché mi cabeza hacia atrás y le di acceso a mis senos para que pudiera morder y chupar mis pezones. Dejé que mi cuerpo tomara el control, buscando otro alivio.

—¡Fóllame, Emilio!, —grité. —¡Fóllame duro!

—Jesucristo. —Emilio gimió. —A la mierda, Daniela.

Cuando me vine por segunda vez, mi vagina se sostuvo alrededor de su pene e hizo que todo mi cuerpo convulsionara completamente. Emilio no había terminado conmigo todavía, y ya el placer me había alcanzado los dedos de los pies.

Me apreté fuertemente contra él, montando el orgasmo mientras él continuaba tomándose más y más fuerte.

—Oh dios mío, —gemí.

—¿Un baño?, —susurró Emilio en mi oído.

Asentí, pero no podía hablar. Todo mi cuerpo estaba temblando del placer. La cabeza seguía dándome vueltas por el alcohol. Emilio me levantó y nos apresuramos hacia el baño, los dos riendo mientras corríamos.

Las manos de Emilio nunca dejaron mi cuerpo. Me dio azotes en el trasero y manoseó mis senos, acarició mi piel y gimió en mi oído. Cuando se acercó a mí para abrir la ducha, sus labios rozaron mis labios y me estremecí de nuevo.

Lo agarré por el cuello y lo besé fuerte. Él se aferró a mí por un segundo, sus labios azotando contra los míos hasta que su pene se volvió más necesitado de lo que podía controlarlo.

—Ven aquí, —dijo con voz áspera.

Me movió y presionó mis senos y mi abdomen contra la pared del baño. Sus dedos se deslizaron alrededor de mi cintura, jugando con mi clítoris mientras empujaba su pene dentro de mí desde atrás.

—¡Oh maldición!, —grité.

Emilio golpeó sus caderas hacia adelante y me mordió el hombro. Grité su nombre y presioné mi trasero hacia atrás contra él mientras el agua de la ducha nos calentaba.

Después de que me metió en la ducha, me levantó en el aire y me bajó sobre su pene. Me agarré fuertemente de la pared del baño mientras me rebotaba hacia arriba y hacia abajo.

Me vine por tercera vez, luego por cuarta vez. No sé cuánto tiempo pasamos Emilio y yo cambiando de posiciones esa noche, pero para el momento en que Emilio terminó una vez, todo mi cuerpo estaba débil del cansancio. Y, aun así, no quería que parara nunca. Pude haberme quedado en esa ducha montando su pene toda la noche.

—Eso fue...maravilloso —Comenzó Emilio mientras nos secábamos y nos dirigíamos lentamente hacia la cama.

Colapsé de espaldas sobre las almohadas, Emilio se acostó a mi lado. Los

dos nos buscamos al mismo tiempo. Emilio me atrajo hacia él. Acuné mi cabeza contra su pecho, y él rozó la yema de sus dedos sobre mi piel todavía temblorosa.

—Eres increíble, —susurré.

—Tú sacas eso de mí, —dijo Emilio, hablando igual de suave.

Toda la necesidad animal de más temprano parecía haberse desvanecido mientras nos abrazábamos el uno al otro. De repente no se trataba solo sobre el sexo. No era solo sobre buscar placer. Era más que eso. Era más profundo.

Emilio me besó la parte superior de la cabeza y jugó con mi cabello mientras mis ojos se cerraban. Me quedé dormida con el sonido estable de su respiración y, cuando despertamos la mañana siguiente, su agarre estaba incluso más ajustado que antes.

Capítulo 16

Emilio

Mi cabeza zumbaba mientras abría los ojos lentamente. Daniela seguía dormida a mi lado, enrollada en su lado y todavía desnuda por la noche anterior. Gruñí y me alejé de la ventana para bloquear la luz del sol que entraba a través de las cortinas. Mi cabeza ya estaba empezando a palpar con el inicio de una resaca. Después de todo lo que bebí la noche anterior, no estaba sorprendido de que mi cuerpo estuviese protestando esta mañana.

Con otro gruñido apreté los ojos cerrados y me froté las sienes. No había sentido esta resaca desde la universidad.

—Estás despierto, —dijo Daniela suavemente. Me di vuelta para mirarla. Me estaba sonriendo, pero sus ojos estaban apenas abiertos.

—Buenos días. —Le sonreí de vuelta y me acerqué más a ella. —¿Cómo dormiste?

—No tengo idea, —dijo Daniela con una risa suave. —Me siento del terror.

—Yo también. —Me reí, pero me arrepentí inmediatamente. El movimiento golpeó mi cabeza e hizo que mi estómago tambaleara con náuseas. —Oh dios.

—Deberíamos comer algo, —dijo Daniela y se levantó de la cama. Su mano voló inmediatamente a su cabeza mientras se ajustaba lentamente a la nueva posición.

—Ordenaré servicio a la habitación, —dije débilmente.

—No tienes que hacer eso, —dijo Daniela. —Podemos ir a buscar algo.

—No. —Negué firmemente con la cabeza. —No estoy listo para dejar esta habitación. Quizás nunca más.

Daniela se rio y asintió. Se dejó caer en la cama y cerró los ojos otra vez. Giré y agarré el teléfono a un lado de la mesita de noche. Mientras marcaba para pedir el servicio a la habitación, pude escuchar los gemidos suaves de dolor de Daniela. Los dos estábamos miserables, pero había una nota de

felicidad enterrada debajo de la miseria.

Después de que ordené la comida, me metí debajo de las sábanas otra vez. Daniela giró hacia mí y enterró su rostro en mi pecho, sus ojos seguían cerrados apretados fuertemente.

—Lo siento, —dije.

—¿Sobre qué?, —preguntó Daniela.

—Tu resaca, —dije.

Daniela solo se rio y se acurrucó más cerca de mí. Olía como a alcohol y a perfume, el aroma perfecto para una mañana después de una noche increíble.

—La noche fue perfecta, —dijo Daniela. —La resaca solo es un recordatorio de eso.

—¿Perfecta?, —bromeé.

—¿No te parece?, —preguntó ella.

Se sentó solo lo suficiente para mirarme a los ojos. Sonreí y la atraje hacia mí para besarla, derritiéndome en sus labios suaves. Incluso con nuestras cabezas golpeándonos y nuestros estómagos doloridos, todavía sentía surgir esa necesidad familiar cuando sus labios bailaban contra los míos.

—Fue más que perfecto, —dije suavemente. Daniela sonrió y recostó su cabeza sobre mi pecho.

Enrollé mis brazos alrededor de ella y cerré los ojos, dejando que su presencia relajara mi cuerpo dolorido. La comida llegaría pronto, pero no me importaba. Todo lo que quería hacer era abrazar a Daniela y dejar que desapareciera el resto del mundo.

Hacía años que no me sentía tan profundo por una mujer. Después de lo que pasó con mi ex, puse las relaciones en un segundo plano y me concentré casi por completo en el trabajo. Nunca vi la oportunidad de comprometerme con alguien otra vez. Entonces conocí a Daniela y todo cambió.

—Realmente no esperaba divertirme anoche, —admitió Daniela con una risa.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Daniela se encogió de hombros. —Era una fiesta de una empresa. Negocios. Solo asumí que sería aburrido.

—Oh, gracias por el voto de confianza, —bromeé.

—De verdad, —dijo Daniela. —Fue increíble. Diste una gran fiesta. Todos pasaron un buen rato.

—Especialmente yo. —Le besé la frente. —Le encantaste a mis clientes.

—No sé nada sobre eso, —dijo Daniela.

—Yo sí, —dije. —Nunca había visto ni a la mitad de esos chicos estar en confianza con alguien de la forma en que lo hicieron contigo. Incluso le encantaste a sus esposas, lo cual no es una tarea fácil.

Daniela se encogió de hombros otra vez, pero no tuvo oportunidad de responder. Hubo un golpe ruidoso en la puerta, así que me retiré a Daniela del pecho suavemente y me levanté de la cama. Enrollándome una toalla, me apresuré y abrí la puerta.

—¿Servicio a la habitación?, —dijo el hombre.

—Sí, gracias. —Di un paso atrás y dejé que condujera el carro hacia adentro.

Agarré mi billetera de la mesa y le di la propina, sonriendo y conduciéndolo rápidamente hacia el pasillo de nuevo. Daniela seguía en la cama, escondida debajo de las sábanas, pero desnuda. No quería que le echara un vistazo a algo que no debía. Ella era toda mía.

—¿Tienes hambre?, —pregunté, acercando el carro a la cama.

Daniela se rio. —Sí y no. Siento como que podría vomitar.

—Necesitas comida, —dije. —Los dos lo necesitamos.

Daniela se sentó y gruñó. Se sentó lo suficiente para que las sábanas le cayeran de los senos. Mis ojos volaron inmediatamente a su piel desnuda y sentí mi pene retorcerse. Solo una mirada era suficiente para recordarme cómo se sintió estar con ella la noche anterior.

Anoche habíamos colisionado como animales, pero fue la experiencia más intensa e íntima de mi vida. Cuando vi sus senos desnudos, no pude evitar querer revivir el momento de la noche previa.

—Pensé que querías comer, —dijo Daniela, disparándome una ligera sonrisa mientras agarraba un panecillo del carro.

—Lo hago, —dije con voz áspera. —Es solo que no el desayuno.

Daniela le dio un mordisco al panecillo, pero mantuvo sus ojos fijamente sobre los míos. Mi piel se sintió caliente mientras me subía a la cama otra vez a su lado. Estábamos tan cerca que mi corazón empezó a golpearme en el pecho. Mi resaca había quedado olvidada. Todo lo que quería era a Daniela.

—¿Me vas a besar o no?, —preguntó suavemente, bajando el panecillo.

Sonreí y me acerqué más. Nuestros labios estaban a pocos centímetros de distancia cuando sonó mi teléfono bruscamente a un lado de la cama. Dejé caer mi cabeza hacia mi pecho y gruñí.

—Ahora no, —murmuré.

—¿Trabajo?, —preguntó Daniela.

—Probablemente,—

Agarré el teléfono y contesté sin mirar la identificación de la llamada.

—¿Hola?

—Ey, hermano. —La voz de Leo llenó mi oído y parpadeé.

—Ey, —dije. —No esperaba saber de ti hoy.

—Pensé que podíamos planear una cena, —dijo Leo. —Dijiste que pronto podía conocer a esta mujer misteriosa y me parece que hay que ponerle fecha al momento.

Mientras hablaba, los recuerdos de la fiesta volvieron a fluir. Leo escribiéndome sobre conocer a mi novia nueva. Daniela accediendo a conocerlo. Yo accediendo a toda la cosa.

—Oh, —dije. —Cierto.

—Así que, —dijo Leo. —¿Qué te parece mañana por la noche? ¿Les funciona a ustedes chicos?

—Um. —Miré nerviosamente a Daniela. Me estaba observando detenidamente, un ceño fruncido de confusión en su rostro. —¿Quieres cenar mañana en la noche con mi hermano?

—Seguro, —dijo Daniela, luciendo un poco sorprendida. —Para mí está bien.

—Dijo que sí, —le dije a Leo.

—¡Genial!, —dijo Leo. —Bueno, te escribiré para los detalles.

—Suená bien.

Nos despedimos rápidamente y lancé el teléfono sobre la cama. Mi excitación se había ido y en su lugar había una bola gigante de energía nerviosa. Estaba seguro de que esta cena era una mala idea, pero no había nada que pudiera hacer al respecto por ahora.

—¿Estás bien?, —preguntó Daniela.

—Estoy bien, —dije demasiado rápido. —Solo sigo luchando con esta maldita resaca.

Daniela asintió y agarró su panecillo otra vez. Lo mordisqueó despacio mientras miraba fijamente fuera de la ventana medio abierta. La observé por unos pocos segundos y me di cuenta de que no era el único que se sentía nervioso por la cena.

—¿Qué pasa?, —pregunté.

—Estoy un poco nerviosa, —dijo Daniela con un suspiro. —Conocer al

hermano. Es más o menos algo grande.

Tomé su mano y la apreté. —No tenemos que hacer esto si no quieres, —le dije, tratando de mantener mi voz tranquila. —Ni siquiera estoy seguro de por qué accedí a hacer esto para empezar.

—¿Estás seguro?, —preguntó Daniela. Su voz era suave. Tímida. Nunca antes la había escuchado así. Era adorable y hacía que todo mi cuerpo se suavizara.

—Por supuesto, —dije.

Lo consideré por un momento y contuve la respiración.

—No, quiero hacerlo, —dijo finalmente.

Dejé escapar una respiración. —Todo va a estar bien, —le dije. —Lo prometo.

Daniela sonrió y asintió. Terminamos nuestro desayuno y nos salimos de la cama perezosamente. Nos bañamos y nos vestimos, listos para bajar por las escaleras y salir. Intenté mantener mis nervios bajo control durante todo el rato.

A pesar de mi garantía de que la cena saldría bien, no me sentía del todo seguro. Leo y yo todavía estábamos intentando construir una relación de hermanos. Él nunca había conocido a una chica con la que yo estuviese saliendo. No sabía cómo iba a manejar esta complicada situación, pero sabía que ya era hora. La cena estaba planificada. No había forma de escapar de esto.

—¿Estás listo?, —preguntó Daniela mientras me ponía los zapatos.

—Sí. —Sonreí y me levanté para agarrar nuestras cosas.

Bajamos las escaleras agarrados de la mano durante todo el camino. Salimos rápidamente y luego nos dirigimos hacia afuera donde nos estaba esperando la limo.

Daniela sonrió y se metió. La seguí rápidamente y lancé nuestras cosas al asiento.

—¿A casa?, —pregunté.

—Seguro. —Daniela se encogió de hombros. —Al menos debería cambiarme.

—Estaba pensando... —Dije lentamente. —Está este gran evento en la plaza del pueblo esta noche. Van a encender las luces del árbol de navidad, y pensé que quizás, tú querrías...

—Me encantaría. —La respuesta de Daniela fue rápida y exacta.

Para el momento en que llegamos a su casa, sentí como si mi sonrisa

estuviera grabada permanentemente en mi rostro. Había algo sobre estar con Daniela que me abrumaba. No solo estaba feliz. Estaba contento de una forma que no había estado por años. Todas mis preocupaciones sobre la cena se derritieron mientras seguía a Daniela hacia su puerta de entrada.

—¿A qué hora encienden las luces del árbol?, —preguntó Daniela.

—Al atardecer, —dije. —Siempre hacen un gran carnaval, y el encendido de las luces es el evento final.

—Tienes que amar los pueblos pequeños, —dijo Daniela.

—¿Es por eso que te mudaste aquí?, —pregunté. —¿Tienes un amor fuerte por los pueblos pequeños?

Daniela se rio. —No exactamente.

—¿No?

—No, jamás pensé que viviría en un pueblo pequeño, —dijo Daniela. —Siempre me imaginé en una ciudad grande. En Dallas, donde viví durante años, o en New York. Algo así.

—Entonces, ¿qué te hizo venir aquí?, —pregunté frunciendo el ceño.

—¿Recuerdas el ex del que te hablé?, —preguntó Daniela.

Asentí, mi estómago retorciéndose de incomodidad.

—Bueno, —dijo Daniela. —Después de que él terminara las cosas, simplemente sentí como que necesitaba un nuevo comienzo. Mi mejor amiga encontró esta casa y me contó sobre ello. Al principio no estaba segura, pero se sintió como que era lo correcto. Así que me mudé, y ahora, heme aquí.

—Sin quejas aquí. —Sonreí y caminé hacia ella.

Me sonrió y enrolló sus brazos alrededor de mi cuello. Se derritió dentro de mí cuando nos besamos. Su cuerpo se curvó hacia adelante mientras se presionaba contra mí. Nos tumbamos sobre el sofá, y de repente, nuestras resacas no fueron nada más que un recuerdo distante.

Para el momento en que habíamos terminado, el festival del encendido de las luces ya había comenzado. Nos vestimos rápidamente y caminamos hacia el pueblo.

La plaza del pueblo estaba llena de personas, todos amontonados alrededor del árbol gigante en el centro de la plaza.

—Está comenzando, —dije.

Tomé la mano de Daniela y la empujé rápidamente a través de la multitud. Nos abrimos camino hacia el frente.

—Es algo realmente grande aquí, ¿huh? —Daniela miró alrededor con sorpresa. —Ni siquiera sabía que todas estas personas vivían en el pueblo.

Sonreí. —Es la fiesta más grande del año.

Daniela solo sonrió y volvió su atención hacia el árbol. Segundos después, todo el asunto estaba iluminado con luces brillantes de navidad. Los colores iluminaban el rostro de Daniela, haciendo bailar sus ojos azules pálidos. Sonreí y la atraje hacia mí.

—Me gustas, —dije con simpleza.

—Bueno, —dijo ella. —Sería raro si no lo hicieras.

—Hablo en serio, —dije con suavidad. —Realmente me gustas.

Daniela me besó lentamente, suspirando y dejando que su lengua se deslizara sobre la mía. Nos perdimos en las sensaciones del otro, olvidando que las personas estaban a nuestro alrededor.

—Tú también me gustas, —susurró ella.

Capítulo 17

Daniela

La idea de conocer al hermano de Emilio me tenía los nervios de punta. Pasé la mayoría de la mañana en mi sofá, sorbiendo mi café e intentando no sobre pensar las cosas. No podía dejar que mi cerebro dejara de girar, así que intenté trabajar. Mi computadora estaba abierta con mi tarea, y empecé a escribir rápidamente. Después de cinco minutos, supe que era inútil.

Agarré el teléfono de mi escritorio y me moví de vuelta al sofá, tumbándome sobre los cojines mientras marcaba el número de Andrea.

—Ey, —dijo Andrea. —¿Qué hay?

—Me estoy volviendo loca, —dije bruscamente. —Emilio me invitó a conocer a su hermano esta noche. Todos vamos a ir a cenar.

—Oh, guau, —dijo Andrea. —Eso es algo como...

—¿Rápido?, —terminé por ella.

—Sí, —dijo Andrea. —Pero eso no es por lo que te estás volviendo loca.

Parpadeé. —¿No lo es?

—No, —dijo Andrea con firmeza.

—Okay, sabia, —dije con una risa. —Ilumíname.

—Te estás volviendo loca por Leonard.

La suposición audaz de Andrea me hizo cabrearme inmediatamente. La odiaba incluso por mencionar el nombre de Leonard. Después de todo, había pasado un largo tiempo superándolo. Ahora que estaba feliz con alguien más, no quería pensar en mi ex nunca más.

—Esto no se trata de Leonard, —dije. Intenté ocultar la rabia de mi voz, pero sabía que Andrea la notaría.

—Sin embargo lo es, —dijo ella. —Piénsalo. Pasaste meses ayudando a Leonard a encontrar a su hermano perdido, ¿cierto? Y después, pasaste más de un año solo esperando para conocerlo. Leonard nunca te presentó. Nunca te dejó involucrarte ni siquiera una vez. Quiero decir, ¿llegaste a saber el nombre de su hermano?

Abrí la boca para responder, pero su pregunta me dejó corta. Cuando ayudé a Leonard a encontrar a su hermano, busqué agencias de adopción y familias de acogida. Excavé para encontrar al niño que tuviese el nacimiento correcto, pero nunca supe ningún detalle. Ni uno.

—No, —dije con un suspiro. —Realmente Leonard no me dijo nada sobre su hermano. Una vez que lo encontré, mi trabajo había terminado.

—Exactamente, —dijo Andrea con orgullo. —Ahora tienes a este chico que está emocionado por presentarte a las personas que le importan. Sus clientes. Su familia. Obviamente eres importante para él.

—Eso creo. —Me sonreí a mí misma.

—Lo eres, —dijo Andrea con seguridad. —Lo cual es la razón por la que te estás volviendo loca.

Suspiré y negué con la cabeza. Ella tenía razón. Gasté dos años en una relación con un hombre al que no le molestaba preocuparse verdaderamente por mí. Con Emilio, ya éramos tan unidos después de tan poca cantidad de tiempo. Me había enamorado completamente de este hombre, y en el fondo, sabía que él sentía lo mismo.

—Solo necesitas relajarte, —dijo Andrea amablemente. —Ve a dar un paseo. Sal a manejar. Cómete un poco de helado. Solo sal de la casa y aclara tu cabeza. Esta noche va a ser genial, ¿está bien?

—Tienes razón, —dije. —Tienes toda la razón.

—Siempre la tengo.

Me reí y me despedí. Andrea y yo colgamos e inmediatamente tomé su consejo. Caminé hacia el pueblo y di algunas vueltas alrededor de la plaza. El aire frío azotó mi rostro y me trajo de vuelta a la realidad. Para el momento en que regresé a casa, me di cuenta de que había estado volviéndome loca por nada.

—Es solo una cena, —me susurré a mí misma en el espejo. Ya casi era hora de prepararme. —Solo una cena.

***<

—Te ves increíble, —dijo Emilio cuando abrí la puerta de entrada. —Como siempre.

—Gracias. —Me encogí de hombros y di un paso atrás para dejarlo pasar. —Déjame ponerme los zapatos y estaré lista.

—Tómate tu tiempo, —dijo Emilio en tono juguetón. Cuando me volví para mirarlo, estaba mirando mi trasero fijamente con una sonrisa en su rostro.

—Compórtate, —bromeé.

—Nunca.

Negué con la cabeza y deslicé mis pies en un par de botas. Llevaba puesto un vestido sencillo de suéter hasta la rodilla. El clima se estaba poniendo más frío por el día, así que mis opciones estaban limitadas.

—¿Estás listo?, —pregunté, alisando mi vestido y sonriéndole a Emilio.

Él solo asintió y me escoltó hacia afuera. Nos apuramos hacia el auto, el cual Emilio ya tenía calentado para mí. Me metí mientras me cerraba la puerta y pasaba alrededor del frente del auto.

—¿Estás nerviosa?, —preguntó en el camino al restaurante.

—Un poco, —dije encogiéndome de hombros. No quería admitirlo, pero Emilio ya me conocía lo suficiente para ver a través de mi rostro. —¿Y tú?

Emilio asintió. —Mi hermano nunca ha conocido a ninguna de las mujeres en mi vida.

—Oh, me siento especial, —dije, empujando el brazo de Emilio.

—Lo eres.

—Entonces, —dije. —¿Este es tu hermano adoptado? Nunca lo mencionaste.

—Mi hermano biológico, —dijo Emilio con simpleza. —Mis padres adoptivos nunca tuvieron otros hijos. Solo yo.

—Oh guau. —Mis ojos se ensancharon. —Entonces, ¿cuándo se conocieron tú y tu hermano?

—Hace poco, —dijo Emilio sin mirarme. Estaba mirando la carretera delante de nosotros atentamente. —No recuerdo exactamente.

—Eso es una locura, —dije conteniendo mi respiración.

—¿Qué?, —preguntó Emilio. —¿Qué pasa?

—Nada. —Negué con la cabeza. Ahora no era el momento de hablar de Leonard.

Llegamos al restaurante y Emilio se estacionó rápidamente. La cabeza me daba vueltas mientras caminábamos hacia la entrada. Emilio deslizó su mano hacia la mía amablemente. Le sonreí, pero todavía estaba pensando en nuestra conversación.

¿Qué tan extraño era que ambos, Leonard y Emilio, tuviesen hermanos biológicos que no conocieron hasta que fueron adultos?

Entramos, y una ráfaga de aire caliente acarició mi cara. Me estremecí ligeramente ante el cambio de temperatura. Emilio enrolló su brazo alrededor de mis hombros y me besó la sien. Le sonreí, todos los pensamientos sobre

Leonard se alejaron de mi mente.

—Probablemente él ya está aquí, —dijo Emilio. Miró alrededor del comedor. —Él siempre llega temprano.

Imité a Emilio, mis ojos escaneando lentamente la habitación. No sabía cómo lucía su hermano, pero sentí como que debía ayudar.

Mientras miraba alrededor mi mirada se posó en un rostro familiar en el centro de la sala. Su cabeza había estado inclinada, examinando el menú. Cuando levantó la mirada, mis ojos se posaron en su rostro y mi estómago se tensó dolorosamente. Reconocería ese rostro en cualquier lugar.

—¿Qué demonios está haciendo él aquí?, —pregunté en voz alta.

Emilio se sacudió y me miró. Siguiendo mi mirada, vio a quien estaba mirando. Lo miré fijamente mientras una mirada extraña se cruzó por su rostro.

—¿Quién?, —preguntó él nerviosamente.

—Justo ahí. —Señalé bruscamente a Leonard, sin importarme que pudiera verme.

Emilio miró desde Leonard hacia mí, una mirada inquieta cruzando su rostro. —Uh, ese es mi hermano, —dijo él tranquilamente.

—¿Me tienes que estar jodiendo?, —le pregunté, volteándome para salir hacia el estacionamiento.

Emilio me siguió rápidamente diciendo mi nombre.

—Daniela espera, —llamó él.

Cuando giré para enfrentarlo, noté que Leonard también me había seguido, una mirada oscura de rabia en su rostro.

—¿Esta es la chica con la que estás saliendo?

Emilio asintió. Yo solo me quedé ahí de pie, la lengua se me congeló hasta el techo de la boca, el corazón golpeándome las orejas.

—Sí, —dijo Emilio.

—¿Daniela?, —preguntó Leonard, un ligero chasquido a su voz.

—Me quedé de pie mirando entre los dos hermanos. La postura de Leonard era enojada y de confrontación, mientras que la de Emilio era más relajada. ¿Cómo podía estar tan calmado?

—Entonces, —dijo Leonard después de un minuto. —¿Cómo se conocieron?

Había algo en su voz que no me gustaba. Era casi como una acusación. Estreché mis ojos hacia él, pero no respondí.

—Nos conocimos en un pequeño café del pueblo, —dijo Emilio con

simpleza. —Daniela se acababa de mudar a Ennis.

—¿Y ella te encontró?, —preguntó Leonard, lanzándome una mirada. Ahí estaba. A eso era donde estaba llegando.

—¿Qué?, —pregunté. —¿Tú crees que seguí a tu hermano y lo seduje?

—Nunca dije eso, —dijo Leonard firmemente.

—No tenías que hacerlo. —Mofé y aparté la mirada. —No podrías estar más equivocado, Leonard.

—Solo es una extraña coincidencia, —dijo Leonard sarcásticamente. Sus ojos, tanto como los de Emilio, se estrecharon peligrosamente mientras me imaginaba. —¿Te fuiste de Dallas y de alguna forma terminaste en el mismo pueblo pequeño que mi hermano? ¿Cómo es posible eso, Daniela? Especialmente porque tú me ayudaste a encontrarlo.

—Solo pasó, —exploté. —Contrario a lo que puedas pensar, mi vida nunca ha girado en torno a ti. Te aseguro que ahora tampoco.

—Y aun así, terminaste con mi hermano.

—Aparentemente, —dije.

Mi rostro se sonrojó de la rabia mientras Leonard continuaba mirándome fijamente.

—Está bien, —dijo Emilio en voz alta. —Ya fue suficiente, Leo. Ella no sabía quién era yo, ¿está bien?

—Eso es difícil de creer, —dijo Leonard.

—¿Cómo podía haber sabido?, —solté. —Tú te negaste a dejarme conocerlo.

—Eso no significa que tú no figoneaste o—

—¿Figonear? —Me reí en voz alta, moviendo la cabeza a los lados. —Dios mío, estás enfermo.

—¡Yo no estoy loco! —Los ojos de Leonard estaban llenos de rabia.

—Suficiente, —dijo Emilio firmemente.

—Sí, ya tuve suficiente, —dije. —Me gustaría irme ahora.

Leonard no dijo una palabra, solo se quedó de pie mirándome mientras Emilio se movía a mi lado.

Puse los ojos en blanco y me puse en marcha sin decir una palabra. Emilio enrolló su brazo alrededor de mi cintura, y nos apresuramos hacia el auto. Una vez que estábamos metidos adentro, a salvo, todas mis emociones me golpearon a la vez. Sentí como si el auto estuviese girando debajo de mí.

—Oye, —dijo Emilio. Puso su mano sobre mi rodilla. —¿Estás bien?

—¿Por favor puedes llevarme a casa?, —pregunté sin mirarlo.

Emilio titubeó por un segundo. Sabía que quería hablar sobre lo que había pasado, pero no podía. Todavía no.

—Seguro, —dijo finalmente. —Te llevaré a casa.

Capítulo 18

Emilio

Apenas dormí en toda la noche del lunes. Después de que dejé a Daniela en su casa, manejé en círculos alrededor hasta tempranas horas de la mañana. Por más que quisiera hablar con Daniela, sabía que necesitaba espacio. Aun así, eso no me detuvo de pensar en ella toda la noche sin parar. Cuando finalmente llegué a casa, estaba demasiado nervioso para descansar. Me acosté en la cama y miré al techo, apenas cerrando los ojos justo antes de que saliera el sol.

Claire todavía no estaba en su escritorio cuando llegué a la oficina. Me apresuré a mi escritorio y dejé caer mi cabeza entre mis manos. Hoy iba a ser un largo día. Tenía un montón de trabajo que hacer, pero ya sabía que no iba a poder concentrarme.

Todavía podía ver el rostro de Daniela en mi mente. Cuando se bajó del auto, se veía tan confundida y dolida. Todo su cuerpo parecía haberse espichado. Apenas hizo contacto visual conmigo cuando me dio las buenas noches. Quería besarla, pero sabía que era mejor no hacerlo. Estaba molesta. No sabía si su rabia estaba dirigida a mí o solo a la situación. De cualquier manera, me dije a mí mismo que tenía que alejarme de ella por un tiempo. Al menos hasta que viniera a mí.

—Buenos días, —dijo Claire cuando llegó. —¿Hay algo que necesite, Sr. Bosh?

Levanté la mirada y negué con la cabeza. —No, estoy bien. Gracias, Claire.

Sonrió y se desapareció de mi vista. Pude escuchar chirriar los amortiguadores de su silla mientras se sentaba. Luego hubo silencio.

El silencio me presionó mientras pasaba la mañana. Encendí mi computadora y respondí unos cuantos correos apresuradamente. Claire me dio unos mensajes del día anterior, pero no podía ser capaz de responderlos. Pensar en hablar sobre ventas era casi demasiado para soportar cuando

Daniela seguía bailando en círculos en mi mente.

Después del almuerzo, supe que no sería capaz de trabajar un minuto más. Transferí todos mis correos y mis llamadas a Claire para que nadie fuese ignorado. Mientras me apresuré en salir de mi oficina, Claire me miró con una expresión sorprendida.

—¿Todo está bien?, —preguntó nerviosamente.

—Todo está bien, —mentí. —Solo necesito tomarme el resto del día. Estaré disponible en mi teléfono si surge algo.

—Está bien..., —dijo Claire lentamente.

No le di tiempo para cuestionarme más. Solo había una cosa en la que podía pensar y esa era Daniela.

Entré en mi auto y manejé como un maniático hacia su casa. No habíamos hablado desde la noche anterior. Pensé en llamarla antes de simplemente aparecerme, pero quería ver su rostro. Hice una parada en el pueblo en el camino y compré un ramo de flores. Si iba a hacer que esto entre nosotros funcionara, entonces necesitaba toda la ayuda que pudiese obtener.

Mi cabeza todavía estaba dando vueltas cuando llegué a la casa de Daniela. No había sabido nada de ninguno, ella o Leo desde la noche anterior. Pensé que mi hermano me llamaría al menos, pero nada. Silencio.

Lo empujé a la parte posterior de mi mente mientras me acercaba a la puerta de entrada de Daniela. Me temblaban las manos, agarrando tan fuerte las flores que pensé que iba a romperlas. Con suerte, Daniela abrió la puerta unos segundos después.

—Me imaginé que eras tú, —dijo ella con una sonrisa tímida. —Pasa.

—¿Estás bien?, —pregunté rápidamente. —Anoche pensé mil veces en llamarte, pero yo—

—Me alegra que no lo hicieras, —dijo Daniela. —Necesitaba un poco de tiempo para pensar.

No sabía qué decir. Estaba aterrorizado de que después de ver anoche a Leo, Daniela se acobardara y huyera. Nuestra relación era tan nueva que cualquier cosa pequeña podía descarrilarla. Lo último que quería era que Daniela terminara las cosas antes de que si quiera tuviesen la oportunidad de empezar. Y tampoco estaba seguro acerca de qué iba a hacer con Leo. Sabía que había un código que decía que no salías con la ex de tu hermano, pero yo estaba completamente enamorado de esta mujer y me mataría tener que alejarme de ella.

—Escucha, —dije. —Um, estas son para ti.

Le tendí las flores, y las tomó con una sonrisa. Las olió suavemente y luego caminó hacia la cocina. Pude escucharla buscando un envase, pero no me moví. A una parte de mí le preocupaba que me pidiera que me fuera en cualquier segundo.

—¿Quieres sentarte?, —preguntó ella mientras llenaba el envase con agua y metía las flores adentro de este.

—Seguro. —Me encogí de hombros y me moví al sofá.

Daniela me siguió, acurrucándose en el lado más lejano del sofá. No nos estábamos tocando, y eso me estaba volviendo loco. Estábamos tan cerca, pero nunca me había sentido más lejos de ella.

—Debí haberte llamado anoche, —dije con simpleza.

Daniela negó con la cabeza. —No hubiese contestado.

—Lo sé, —dije. —Pero aun así debí haber llamado.

—Quizás. —Daniela se encogió de hombros. —Pero no es tu culpa. Yo solo... enloquecí.

—No te culpo, —dije. —Eso fue intenso.

Daniela asintió y bajó la mirada a sus manos. El corazón se me iba a salir del pecho, solo esperando que dijera que no quería verme nunca más. Cuando no habló por unos minutos, decidí probar mi suerte.

—Lo siento mucho, —dije suavemente. —No tenía idea de que eras la ex de Leo. Quizás debí haber unido las piezas hace tiempo, pero no lo hice. Si hubiese sabido, nunca hubiese... —Me detuve y negué con la cabeza.

—¿Qué?, —preguntó Daniela, sus ojos levantándose rápidamente para encontrarse con los míos. —¿Nunca hubieses hecho qué?

—Hacerte cenar con él, —dije con simpleza.

Daniela asintió y volvió a mirarse las manos. Jugueteeó con sus pulgares. Sus mejillas estaban de un tono rosado tenue. Prácticamente podía ver las ruedas girando en su cabeza.

—¿En qué estás pensando?, —pregunté amablemente.

—Es una locura, ¿sabes? —Levantó la mirada hacia mí. —Toda esta situación. Es una locura.

—Lo sé. —Me reí suavemente. —Es absurdo.

—Me mudé aquí para escapar de mi relación con Leonard, —dijo Daniela. —No estoy orgullosa de eso, pero es la verdad. Después de que él terminó las cosas solo tuve que irme.

—Lo entiendo. —Asentí.

—Y de alguna manera termino con su hermano, —dijo Daniela

meneando la cabeza. —¿Cuáles son las posibilidades de que eso pase?

—Una en un millón, —dije.

—Más como una en un trillón, —dijo Daniela.

Me reí, aunque nada de esto era gracioso. Daniela se veía tan molesta, tan estropeada. No sabía qué podía hacer para posiblemente arreglar esto.

—No quiero que esto cambie las cosas entre nosotros, —dije con firmeza. —Entiendo si no quieres volver a verme. Realmente lo entiendo. Pero espero que no lo hagas. Me gustas mucho, Daniela.

—Tú también me gustas, —dijo Daniela con una pequeña sonrisa.

—Esto entre nosotros es tan nuevo, —dije rápidamente. —Odio la idea de mi hermano descarrilándonos antes de que si quiera empezáramos.

—Yo también. —Daniela asintió. —Ya ha tomado mucho de mí.

—Entonces no dejes que tome esto también, —dije. Me deslicé por todo el sofá, y de repente, estábamos a centímetros del otro. Tomé sus manos y las apreté fuertemente. —Tú y yo. Somos geniales juntos.

—Lo somos. —Daniela asintió otra vez. —No puedo discutir sobre eso.

—Entonces, —dije lentamente. —¿Eso significa...?

—No lo sé. —Daniela suspiró y negó con la cabeza, pero no se alejó de mí. Se aferró a mis manos y deslizó sus pulgares sobre mi piel. El movimiento envió escalofríos hacia abajo por toda mi columna. Esta mujer podía afectarme de tantas maneras. Solo estar cerca de ella era suficiente para hacer que mi respiración se atascara en mi pecho.

—Siento mucho lo de mi hermano, —dije. —Pero no quiero dejar de verte. Eso es lo último que quiero.

Daniela asintió y miró fijamente nuestras manos entrelazadas. Estaba pensando en todo intensamente. Quería hacerle un millón de preguntas, meterme en su cabeza y descubrir exactamente en lo que estaba pensando. En vez de eso, me senté en silencio y esperé que ella hablara.

—Es raro, —dijo ella finalmente. —Pasé meses ayudando a Leonard a rastrear a su hermano. Busqué agencias de adopción. Encontré dónde vivieron tus padres adoptivos. Aprendí tanto sobre tu vida sin siquiera saber que eras tú. Leonard nunca me dejó conocerte. Ni siquiera me dijo tu nombre nunca. Toda la información que encontraba estaba a la mitad, así que nunca tuve acceso a ningún detalle real. Me mantuvo fuera durante todo el tiempo.

—Y Leo nunca me dijo demasiado sobre ti, —dijo Emilio. —Sabía que tenía una novia, pero eso era todo. Él no hablaba mucho de ti.

—Eso no me sorprende, —dijo Daniela. —Realmente nunca le importé a

Leonard. Me tomó mucho tiempo aceptar eso, pero es la verdad.

—Él es un idiota.

—Él me escribió, —dijo Daniela.

—¿Lo hizo? —Mis ojos se estrecharon nerviosamente.

Daniela asintió. —Sí. Me preguntó qué estaba haciendo contigo.

Negué con la cabeza y aparté la mirada. La rabia me recorrió las venas, pero lo aparté rápidamente. No tenía sentido detenerme en mi hermano en este momento.

—Él realmente puede ser un idiota, —dije en voz baja.

Daniela se rio. —Sí. Puede.

Sonreí y negué con la cabeza otra vez. Después lidiaría con mi hermano. En este momento solo quería arreglar las cosas con Daniela.

Daniela sonrió. —Para descubrirlo ahora, —dijo ella. —Mudarme aquí y conocerte. Empezar a salir contigo. Acostarme contigo. Y después descubrir que eres el hermano de Leonard. Es una completa locura.

Asentí. No sabía qué decir. Ella tenía razón. Toda la situación era una locura y, aun así, no se sentía como una locura. Desde el segundo en que nos conocimos, supe que Daniela era algo que quería en mi vida. Mientras más tiempo pasaba con ella, más quería estar con ella.

—No quiero que esto cambie las cosas entre nosotros, —dije de nuevo. —Sé que eso suena imposible, pero espero que puedas ver más allá de mi hermano.

Daniela me miró a los ojos. Sus irises azules pálidos no se apartaron de mi rostro por lo que se sintió como cinco minutos completos. Contuve la respiración y esperé.

—No creo que esto necesite cambiar algo. —Ella sonrió. —Es raro, pero ¿y qué? Lo que tenemos es increíble, y Leonard no debería arruinar eso. Él no puede arruinar eso.

El alivio invadió mi cuerpo. Suspiré y me reí, permitiéndome relajarme por primera vez desde la pasada noche.

—¿Y estás segura?, —pregunté. —¿Estás segura de que esto—tú y yo—esto es lo que quieres?

Daniela sonrió y se acercó a mí. Deslizó su pierna por encima de mi regazo quedando a horcajadas sobre mí. Me recosté hacia atrás contra las almohadas del sofá y sonreí. Ella llevó sus dedos a través de mi cabello y me atrajo hacia adelante, presionando sus labios contra los míos.

Gemí y agarré sus caderas, presionando su cuerpo contra el mío. Ella se

sentía increíble. Nuestros labios se movieron juntos, lentamente al principio y luego más rápido y fuerte. Daniela gimió contra mi boca, hundiéndose en mí y haciendo que mi pene saltara dentro de mis pantalones.

La volteé de espaldas, besándola más fuerte todavía y presionándola contra el sofá. Entonces mi teléfono vibró en mi bolsillo.

Al principio lo ignoré. No había nada más importante que este momento con Daniela. No me importaba si era Leo o Claire quien estaba llamando. No me importaba si todo mi negocio se estaba quemando. Solo me importaba este momento.

—Deberías contestar eso, —dijo Daniela separándose de mis labios. — Puede que sea del trabajo.

Gruñí y me senté. Me saqué el teléfono del bolsillo y lo coloqué impacientemente contra mi oído.

—¿Sí?, —pregunté bruscamente. La voz chillona y aterrada de Claire salió del teléfono. Aparentemente había una emergencia muy grande y me necesitaban de vuelta en la oficina de inmediato. Odiaba la idea de dejar a Daniela, pero sabía que Claire no hubiese llamado a menos que realmente necesitara mi ayuda.

—Tengo que irme, —le dije a Daniela mientras colgaba la llamada.

—¿Qué pasó?, —preguntó ella.

—Es una larga historia, —dije. —Una de mis cuentas está a punto de colapsar. Claire no lo puede manejar por sí misma.

—Está bien. —Daniela sonrió y me besó una vez más. —Ve.

—Te llamaré más tarde.

Capítulo 19

Daniela

Emilio se apresuró a regresar a su auto. Lo observé por la ventana hasta que desapareció bajando la calle. Cuando se había ido me dirigí lentamente hacia la sala y colapsé sobre el sofá. Mi mano voló hacia mi cabeza, cubriendo mis ojos y bloqueando el mundo.

—Esto es una maldita locura, —me dije a mí misma.

Me quedé ahí por unos pocos minutos, incapaz de encontrarle un sentido a mi nueva situación. Por más que quisiera estar con Emilio, todavía no sabía si podía manejar su conexión con Leonard. ¿Cómo Emilio y yo podíamos dejar que progresara nuestra relación cuando mi ex novio era además su hermano? ¿Cómo se iba a ver eso?

De repente mi vida se sintió como una telenovela. Era como si estuviese viviendo en una película que no quería mirar en primer lugar, y, aun así, no podía evitar ser feliz. Con Emilio en mi vida todo parecía soportable. Incluso este desastre con Leonard.

Aun así, sabía que no iba a ser capaz de concentrarme en nada más por el resto del día. Mi cabeza estaba demasiado llena, y mi pecho todavía estaba apretado por todas las emociones que inundaron mi cuerpo durante las últimas veinticuatro horas. Intenté sentarme y escribir, pero no me llegaron ningunas palabras a la mente. No podía trabajar en mi tarea. No podía trabajar en mi libro. No me podía concentrar en nada.

Finalmente, me rendí y agarré mi teléfono. Llamé a Andrea y cerré los ojos, escuchando el repique y dejando que me calmara.

—¡Ey!, —dijo Andrea cuando contestó. —¿Cómo estuvo la cena de anoche?

—¿Puedes venir?, —pregunté. —Sé que tienes que trabajar hoy, pero—

—Justo acabo de salir, —dijo Andrea. —Puedo estar ahí en una hora.

—Gracias. —Suspiré, aliviada de que pronto tendría a mi mejor amiga para que me ayudara a encontrarle el sentido a todo.

—¿Qué pasó?, —preguntó Andrea nerviosamente. —¿Tan mal estuvo la cena?

—Estuvo... —Intenté encontrar las palabras correctas, pero justo como con mi escritura, no se me venía nada a la mente. —Te contaré cuando llegues aquí. Es demasiado para explicar por el teléfono.

—Está bien, —dijo Andrea. —Ya voy en camino.

Una hora después, hubo un golpe brusco en mi puerta de entrada. Corrí hacia la entrada y abrí la manilla de la puerta para ver a Andrea de pie en mi porche. Me sonrió y entró, sosteniendo una botella de vino y meneándola en el aire.

—Sonabas realmente molesta por teléfono, —dijo Andrea. —Así que pensé que el vino era una regla.

—Pensaste bien. —Asentí ansiosamente y me apresuré a la cocina para buscarnos unas copas.

Andrea nos sirvió a ambas una buena cantidad de vino, y después nos instalamos en mi sofá. Al principio no habló. En vez de eso me observó atentamente mientras sorbía mi vino y dejaba que el alcohol me envalentonara ligeramente.

—La cena fue un maldito desastre, —dije finalmente.

Andrea asintió. —Me imaginé eso, —dijo ella. —Pero ¿por qué? ¿Qué pasó?

—Bueno, —dije. —¿Recuerdas que te dije que Emilio era adoptado?

—Sí, —dijo Andrea. —Una extraña coincidencia considerando todo lo que pasó con Leonard.

—No tanto, —dije con una risa oscura. —Ni remotamente una coincidencia en realidad.

Andrea frunció el ceño. —¿A qué te refieres?

—Emilio es el hermano de Leonard, —dije. —El mismo hermano que pasé meses intentando encontrar hace dos años. El mismo hermano que Leonard no me dejó conocer nunca.

—Estás bromeando. —Andrea me miró sin comprender. —Esto es una broma.

—Ojalá, —dije. —Se siente como si el universo estuviese jugándome una broma o algo.

—¿Hablas en serio?, —preguntó Andrea. —¿No me estarás jodiendo?

—Hablo en serio. —La miré fijamente para dejarle saber que esto no era

un juego. —Emilio y Leonard son hermanos.

—A la mierda. —Andrea negó con la cabeza y le dio un largo sorbo a su vino. Cuando tragó, me miró con ojos estrechos. Todavía no quería creerme.

—Es una locura, —dije. —Lo sé.

—Es más que una locura, —dijo Andrea. —Es como Shakesperiano o algo.

—Eso es un poco dramático, —dije, aunque Andrea no estaba equivocada. Había estado pensando lo mismo desde la primera vez que vi a Leonard sentado en el restaurante.

—¡Esto es dramático en su totalidad!, —dijo Andrea. —No lo puedo creer.

—Así es como me sentí, —dije. —Mi cabeza ha estado dando vueltas desde ayer en la noche. Apenas puedo pensar bien.

—¿Has hablado con Emilio?, —preguntó Andrea. —Quiero decir, ¿él sabía quién eras? ¿Él sabía que tú y Leonard tenían una historia?

Negué con la cabeza. —Él dijo que no tenía idea, —dije.

—¿Y tú le crees a él?, —preguntó Andrea.

—¿Por qué no lo haría? —Me encogí de hombros. —Yo no sabía quién era él. Nunca nos conocimos. No hay manera de que él hubiese podido saber quién era yo.

—A menos que..., —dijo Andrea lentamente.

—¿Qué?, —presioné. —¿En qué estás pensando?

—Nada, —dijo Andrea. Ella negó con la cabeza fuertemente. —Solo estoy siendo paranoica.

—No, —dije. —¿De qué se trata?

—A menos que este sea algún juego enfermo, —dijo Andrea. —Algo raro que él y Leonard planearon juntos.

Yo estaba negando con la cabeza incluso antes de que Andrea terminara de hablar. Solo había conocido a Emilio por un corto tiempo, pero no me lo podía imaginar siendo tan mentiroso. Lo que teníamos era real. De eso no había dudas en mi mente.

—Emilio no es ese tipo de hombre, —dije con firmeza. —Sé que no lo conoces, pero yo sí.

—¿Y confías en él?, —preguntó Andrea.

—Completamente.

—Entonces eso es suficiente para mí. —Andrea sonrió.

Le sonreí de vuelta agradecida y me hundí más en los cojines del sofá.

Todavía había tanto que quería contarle a Andrea. Todo sobre la fiesta de la empresa de Emilio, todo sobre la casi cena con Leonard, todo. Pero mi cabeza estaba demasiado ocupada dando vueltas en círculos como para formular pensamientos coherentes.

Segundos después llegó una distracción, devolviéndome a la realidad y sacándome de mi cabeza. Mi teléfono vibró sobre mi escritorio. Fruncí el ceño y me moví a agarrarlo. Andrea observó mi rostro atentamente mientras abría el mensaje de texto no leído y sentí que el corazón se me cayó hacia el estómago.

Era Leonard otra vez. Me había escrito la noche anterior para preguntarme por qué estaba con Emilio. Incluso fue tan lejos como para insultar a su hermano, pero ¿esto? Esto era algo completamente diferente.

—¿Qué dice?, —preguntó Andrea. Se levantó del sofá para ponerse de pie a mi lado. —¿Es Emilio?

—No. —Negué con la cabeza. —Es Leonard. Me quiere ver.

—¿Él qué? —Andrea agarró mi teléfono y leyó el mensaje por ella misma. Podía ver su rabia creciendo con cada segundo.

—Supongo que quiere hablar, —dije. —Quiero decir, tiene sentido.

—No, —dijo Andrea con firmeza. —No lo tiene. Solo está haciendo esto porque ahora estás con Emilio. De otra forma él ni siquiera hubiese pensado en acercarse a ti. Tú sabes eso.

—Lo sé. —Asentí. —Pero eso no cambia nada. Estoy viendo a Emilio.

—¿Y?, —preguntó Andrea. —¿Qué tiene que ver eso con Leonard?

—Son hermanos, —dije. —No puedo ignorar ese hecho.

—Pero— —Andrea comenzó, pero la corté con una mirada.

Sabía que Andrea no quería que me involucrara con Leonard otra vez. No podía culparla. Después de todo lo que me hizo pasar Leonard, no quería volverlo a ver nunca más. Y aun así, no podía negar el hecho de que estaba saliendo con su hermano.

Andrea me tendió el teléfono de vuelta, y caminé por toda la sala. Tomé asiento y releí el mensaje de texto de Leonard. Era simple. Al grano. Justo como Leonard.

—Me gustaría hablar contigo, —decía. —En persona. ¿Es eso algo que estarías dispuesta a hacer?

No sabía cómo responderle a él. Una parte de mí pensaba que sería mejor ignorarlo, pretender que nunca leí el mensaje. Otra parte de mí se preguntaba si debería llamar a Emilio y decirle sobre la invitación de su hermano.

Ninguna opción parecía la indicada.

—¿Qué crees tú que debería hacer?, —pregunté mirando a Andrea.

Estaba mirándome fijamente con ojos de preocupación. La preocupación estaba grabada en cada línea de su rostro. Cuando le pregunté ella solo negó con la cabeza y suspiró profundamente. Mientras se movía alrededor para sentarse a mi lado, su cabeza seguía moviéndose de un lado a otro.

—No lo sé, —dijo Andrea. —Por un lado, no quiero que vuelvas a ver a Leonard nunca más. Él fue un idiota contigo, Danie.

—Lo recuerdo, —dije oscuramente.

—Pero, —dijo Andrea. —Puede que sea una buena idea hablar con él. Tener un cierre.

—Yo tuve mi cierre hace mucho tiempo, —dije con firmeza.

Andrea se encogió de hombros. —Entonces ignóralo.

—Pero, —dije lentamente. —¿Eso es realmente justo? Como dije, ahora *estoy* saliendo con su hermano.

—¿Estás segura de que todavía quieres hacerlo?, —preguntó Andrea bruscamente.

Estreché mis ojos. —¿A qué te refieres?

—Sé que te gusta Emilio, —dijo Andrea. —¿Está bien? Eso lo sé. Pero ¿esto entre ustedes realmente vale la pena todo el drama que inevitablemente vendrá con eso?

Abrí la boca para responder, pero la cerré rápidamente otra vez. Mi reacción inicial era rabia. ¿Por qué Andrea si quiera preguntaría algo así? Emilio me hacía feliz, más feliz de lo que he sido en años. ¿Por qué querría ella que dejara todo eso?

—No te estoy diciendo qué hacer, —dijo Andrea rápidamente. —Solo estoy preocupada.

—Lo sé. —Suspiré. —Y, honestamente, yo también lo estoy.

—Quizás no vale la pena, —dijo Andrea. —Hay otros chicos allá afuera. Chicos que no están relacionados de ninguna manera con Leonard.

—Ninguno de ellos son Emilio, —dije con simpleza.

Andrea suspiró, y lentamente, una sonrisa se deslizó por su rostro. Asintió, aceptando mi elección incluso antes de que yo misma la entendiera.

Había algo real entre Emilio y yo. Lo supe desde el segundo en que nos conocimos. Cuando se sentó delante de mí en el café, supe que él era alguien que quería en mi vida. Después de que dormimos juntos esa primera vez, estaba perdida. Emilio se metió debajo de mi piel, y ahora, sabía que nunca

iba a ser capaz de sacármelo.

—Creo que lo veré, —dije firmemente. —Si él quiere hablar, entonces deberíamos.

—Está bien, —dijo Andrea. —Hazlo.

Asentí y rápidamente le escribí un mensaje de respuesta a Leonard. Andrea lo leyó por encima de mi hombro mientras acordaba ver a Leonard el jueves.

—¿Por qué el jueves?, —preguntó Andrea.

—Para poder cambiar de parecer si quiero, —dije con simpleza.

Andrea asintió con la cabeza, y las dos volvimos a hundirnos en el sofá. Bebimos más vino y nos maravillamos con mi jodida situación.

—¿Le vas a decir a Emilio?, —preguntó Andrea. —¿Acerca de reunirte con Leonard?

Negué con la cabeza lentamente. Eso era algo en lo que había estado pensando desde que envié ese último mensaje. ¿Qué pensaría Emilio? ¿Estaría incómodo? ¿O estaría feliz de que Leonard y yo estuviésemos tratando de arreglar las cosas?

—No lo sé, —dije honestamente. —Realmente no lo sé.

Andrea me dio una palmada en la rodilla y recostó su cabeza sobre mi hombro. Se quedó conmigo esa noche, asegurándose de que no estuviese sola con mi confusión.

Capítulo 20

Emilio

Manejé todo en el trabajo en tiempo récord. Mi cliente dio un gran golpe con el aumento de precio de nuestro juego de herramientas. Se enfureció con Claire, gritándole e insultándola hasta que ella rompió en llanto. Después de eso, supe que no valía la pena el dinero. Corté todo y me negué a volver a trabajar con él nunca más. Problema resuelto.

Pero una vez que dejé eso atrás, mi mente estaba libre para extenderme con Daniela otra vez. Intenté llamarla tan pronto como terminé en el trabajo, pero no me contestó. Cuando fui a su casa, no me abrió la puerta. Su auto no estaba en la entrada, así que no sabía si se había ido o si simplemente no quería hablar conmigo. De cualquier manera, las cosas no lucían bien cuando fui a la oficina el miércoles en la mañana.

Me senté detrás de mi escritorio y saqué mi teléfono. Llamé dos veces a Daniela esa mañana, pero obtuve la contestadora en las dos oportunidades. Pensé en dejarle un mensaje. Mi mente se imaginó un millón de opciones. Nada parecía suficiente. Así que, en vez de eso, simplemente colgué y me recosté en mi silla. Miré fijamente el techo e intenté buscarle el sentido a todo lo que había pasado.

Daniela y yo hablamos el día anterior. Aclaramos las cosas. Estábamos bien. O eso pensé. Después de que terminé de lidiar con el trabajo todo cambió. De repente, Daniela no estaba respondiendo mis llamadas. No me abrió la puerta cuando pasé por su casa. Cuando finalmente respondió mis mensajes, solo dijo que estaba ocupada con su nueva tarea de escritura.

Quería creerle, pero simplemente no podía. Algo estaba mal. Ella dijo que estábamos bien. Me prometió que Leonard no se metería entre nosotros. Y aun así, justo dos días después de verlo, las cosas entre Daniela y yo estaban más tensas que nunca.

Por más que odiara si quiera considerar la posibilidad, me preguntaba si los sentimientos de Daniela por mi hermano habían reaparecido de repente.

¿Había sido verlo más de lo que podía manejar porque él le rompió el corazón? ¿Porque todavía estaba molesta con él? ¿O porque todavía lo amaba?

Solo el pensamiento hacía que mi piel se arrastrara de disgusto. Saber todo por lo que Leo hizo pasar a Daniela me ponía furioso. Odiaba que él la hubiese tratado tan mal por tanto tiempo. Cuando Daniela hablaba sobre Leo podía decir que fue golpeada por él tantas veces. Él la destrozó y, por eso, lo odiaba.

Pero él seguía siendo mi hermano. Habíamos trabajado duro para construir una relación durante los últimos dos años, y no quería simplemente arrojar todo eso. Él era la última persona con la que quería hablar esa tarde, pero cogí el teléfono y marqué su número igualmente.

—¿Qué quieres?, —preguntó Leo cuando contestó. No se molestó en decir hola antes de empezar conmigo.

—Hablar, —dije vagamente. —Esa noche fue intensa.

—Sí, —dijo Leo con un bufido. —Para decir lo mínimo.

—Bueno, —dije. —¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —La rabia de Leo era evidente en su voz. Inmediatamente supe que llamarlo había sido un error.

—Mira, solo quería saber cómo estabas, ¿estás bien?, —dije. —Pensé que, después de ver a Daniela, ibas a querer hablar con alguien

—¿Y tú pensaste que esa persona serías tú? —Leo exhaló otra vez. —¿El tipo que se está follando a mi ex novia?

—Mi relación con Daniela es—

—¿Relación?, —interrumpió Leo. —Por favor. Los dos sabemos lo que es.

—¿Qué se supone que significa eso?, —demandé.

—Tú sabes exactamente lo que significa, —dijo Leo. —Te he visto trabajar con las mujeres durante dos años, Emilio. No soy un idiota.

—No estoy tan seguro de eso, —dije. —Dejar a Daniela fue bastante idiota.

—Bueno, funcionó bastante bien para ti, ¿no?

Mi propia rabia estaba creciendo con los segundos. Leo y yo claramente no estábamos listos para tener una conversación civilizada. Sabía que estaría molesto, incluso furioso, pero nunca me imaginé que sería así de desagradable.

—Daniela significa mucho para mí, —dije con simpleza. —Ella no es

como las otras chicas con las que he estado.

—Tienes razón, —dijo Leo. —Ella no lo es porque fue mi chica primero.

—¿Te estás escuchando?, —pregunté. —Suenas como una pequeña perra, Leo.

—Como sea, Emilio, —soltó Leo. —No tengo nada más que decirte.

—Está bien, —dije. —No tenemos que hablar.

Estaba listo para colgar cuando Leo exhaló bruscamente y capturó mi atención otra vez. No obstante, con lo que dijo, claramente no había terminado de gritarme.

—Lo que sea que pase entre Daniela y tú, —dijo Leo. —Al menos le debes la verdad.

—¿La verdad?, —pregunté, mi garganta apretándose.

—Tú sabes a lo que me refiero, —dijo Leo. —Ella no es algo para que tú juegues. Ella es mejor que eso. Ella es mejor que tú.

—Es mejor que los dos, —dije. —Eso está bastante claro.

—Solo dile la verdad, —dijo Leo otra vez. —Si de verdad te importa ella tanto como dices hacerlo, entonces dile todo.

—Esto no es asunto tuyo, —dije. —Tú terminaste con ella. Ella ya no es tu problema.

—Eso lo veremos.

Leo me colgó sin decir ni una palabra más. Me aparté el teléfono del oído y me quedé mirándolo, impactado y horrorizado por el descarado de Leo. ¿Quién demonios se creía él?

Estaba echando humo cuando salté de mi silla y empecé a caminar alrededor de la habitación. Una parte de mí quería volver a llamar a Leo y pelear con él. Quería gritarle, insultarlo por todas las cosas de mierda que le hizo a Daniela mientras estaban saliendo. Ella me había contado lo suficiente sobre su relación que me pareció lo justo defenderla.

Pero justo cuando estuve por agarrar mi teléfono de mi escritorio, me detuve. Empezar otra pelea con mi hermano no ayudaría en nada. Las cosas entre Daniela y yo ya estaban en el aire. No había escuchado su voz en más de veinticuatro horas, y eso estaba acabando conmigo.

En vez de llamar a Leo, llamé a Daniela otra vez. El teléfono repicó unas cuantas veces antes de que ella finalmente contestara.

—¿Hola?, —dijo ella. Su tono era suave, casi nervioso.

—Hola, tú, —dije. —He estado intentando llamarte toda la mañana.

—Lo sé, —dijo. —Lo siento. El trabajo ha sido una locura desde que te

fuiste ayer.

—¿Obtuviste una nueva tarea?, —pregunté.

—Sí, —dijo Daniela. Esperé que ella continuara, que me diera algo con lo que seguir, pero no lo hizo.

Nos quedamos en el teléfono, ninguno decía una palabra por lo que se sintió como una hora. Cada vez que abría la boca para hablar, la cerraba otra vez por miedo a sonar estúpido.

—Bueno, —dije. —Supongo que debería dejarte volver a eso.

—Lo siento, —dijo Daniela otra vez. —Una vez que termine este artículo, te llamaré, ¿está bien?

—Seguro, —dije. —Tómame tu tiempo.

—Gracias.

Daniela colgó, y lancé mi teléfono de vuelta a mi escritorio. Nada sobre esto se sentía bien. Leo gritándome. Daniela evitándome. Todo estaba mal.

Cuando vi a Daniela sentada en el café del pueblo por primera vez, jamás pensé que me enamoraría tanto de ella. Ella era hermosa, muy bonita en una forma que nunca antes había visto, pero eso no fue lo que me atrajo hacia ella. Cada palabra que salía de su boca se filtraba con ingenio e inteligencia. Era graciosa, elegante y lista en cada situación. Ella era todo lo que admiraba en una mujer y más.

El pensar que nuestra relación ya se estaba terminando era desgarrador. Todavía había tantas cosas que quería decirle, tantas experiencias que quería compartir con ella. El encendido de luces en la plaza del pueblo era solo el comienzo. Esto no era suficiente. El corto tiempo que habíamos pasado juntos no había sido suficiente. Necesitaba más.

—¿Claire?, —llamé. Escuché chirriar su silla mientras se levantaba y se apresuraba hacia mi oficina.

—¿Sí?, —preguntó ella.

—¿Tengo alguna reunión programada para esta tarde?, —pregunté.

—No, —dijo Claire negando con la cabeza. —Estás libre hasta mañana en la mañana.

—Gracias, —dije. —Atiende todas mis llamadas por el resto del día, ¿está bien? Responderé los mensajes a primera hora en la mañana.

—Está bien. —Claire asintió y se apresuró de vuelta a su escritorio.

Por una fracción de segundo, me sentí culpable por escaparme del trabajo por segunda vez consecutiva. A pesar de que ayer volví a la oficina no podía irme en un abrir y cerrar de ojos. Y todavía, la culpa no fue lo

suficientemente fuerte para mantenerme ahí.

—Te veré mañana, —le dije Claire de salida.

—¿A dónde se dirige, Sr. Bosh?, —preguntó Claire con curiosidad.

—Quiero buscar algo para Daniela, —dije. —Un pequeño regalo o algo.

—Intente en la tienda de Annabelle, —dijo Claire. —Ella tiene cosas realmente lindas en esta época del año.

—Haré eso, —dije con una sonrisa. —Gracias, Claire:

Claire me sonrió de vuelta mientras salía por la puerta de enfrente. Pensé en manejar hacia el pueblo, pero el aire frío se sentía increíble sobre mis mejillas sonrojadas. Mis emociones todavía estaban a flor de piel, haciendo que mi cuerpo estuviese caliente y sudado. La temperatura del aire del invierno enfrió mi cuerpo y relajó mi mente. Respiré profundo y lo sostuve fuertemente en mis pulmones, disfrutando el humo frío que salía de mi cuerpo. Cuando exhalé finalmente, mi cabeza se sentía aclarada.

Caminé por el pueblo, deteniéndome en cada tienda por la que pasaba. La tienda de Annabelle era mi última parada del día y quería pasar por todos lados primero. Si encontraba unas cosas para Daniela, entonces las compraría todas y elegiría lo mejor al final. Esto era demasiado importante para hacerlo a medias.

Mientras compraba, me di cuenta de lo mucho que amaba vivir en Ennis. La plaza del pueblo estaba repleta de tiendas únicas. Me detuve en la tienda de platos hechos a mano y busqué por un rato. No había nada para Daniela, pero aun así estaba bien para pasar el rato en el pueblo.

Cuando finalmente llegué a la tienda de Annabelle, lo supe, Claire había tenido razón. Lo primero que vi fue una línea de joyería hecha a mano. Me moví rápidamente a la exhibición y empecé a tocar los collares con los pulgares. Unos cuantos captaron mi atención, pero nada parecía ser para Daniela.

—¿Puedo ayudarte en algo?, —dijo Annabelle detrás de mí.

Di media vuelta para ver a la mujer mayor que estaba parada ahí. Me sonrió y me dio una palmada en el brazo mientras nos volvíamos a la exhibición de joyas.

—¿A quién le vas a comprar algo hoy?, —preguntó ella.

—Daniela, —dije. —Ella es nueva en el pueblo. No sé si alguna vez la has visto, pero—

—¿Daniela Black?, —preguntó Annabelle. —Ella vino hace unos días a comprarle un regalo a su hermana. Ella parece una buena chica.

—Es increíble, —dije rápidamente. —Y quiero encontrarle algo igualmente increíble.

—¿Joyas?, —preguntó Annabelle.

—Lo que sea, —dije.

Annabelle asintió y se dirigió a la parte posterior de la tienda. La seguí lentamente, preguntándome qué estaba buscando.

Se escabulló detrás del mostrador por unos segundos. Cuando regresó, estaba trayendo una caja cerrada. Era plano sin ningún escrito o imagen en el frente. Annabelle lo colocó sobre el mostrador y lo abrió suavemente.

—¿Qué es eso?, —pregunté, acercándome un poco.

—He tenido esto escondido por años, —dijo Annabelle. —Pero puede que sea lo que estás buscando.

Desde dentro de la caja Annabelle sacó un árbol de navidad de cristal que brillaba con las luces de la tienda. Era hermoso, y en el segundo que lo vi, recordé cuando besaba a Daniela en frente del árbol de navidad de la plaza del pueblo. Era el regalo perfecto.

Capítulo 21

Daniela

Emilio intentó dos veces verme el miércoles, pero yo solo no estaba lista. Si lo veía, sabía que le diría todo sobre mi plan de ver a Leonard. No iba a ser capaz de ocultárselo si estábamos en la misma habitación. En el fondo, sabía que esconder esto era un error, pero no sabía qué más hacer. Si Emilio insistía en que no viera a Leonard, ¿entonces qué? ¿Iba a escuchar? ¿Iba a ignorarlo y hacerlo de cualquier manera?

Era más fácil solo colocar a un lado a Emilio por un par de días. Todo lo que tenía que hacer era tener esta cena con Leonard—solo una cena más—y entonces, todo podía volver a la normalidad entre Emilio y yo.

Por más que me dijera a mí misma que todo iba a estar bien, todavía estaba temblando de la cabeza hasta los pies cuando me metí detrás del volante de mi auto esa noche. Leo quería que nos viéramos en Dallas por el itinerario de su residencia. No me importaba. La carretera me ayudaría a aclarar mi cabeza y prepararme para verlo otra vez.

No obstante, cuando estacioné mi auto afuera del restaurante, no salí en ese mismo momento. Me aferré el volante y tomé unas cuantas respiraciones profundas para relajarme. Mis nervios eran un desastre y lo habían estado por días. Nada que hiciera me ayudaba a calmarme. Solo esperaba que, después de hablar con Leonard, de alguna forma me sentiría mejor sobre nuestra situación.

Planeaba manejar directamente a la casa de Emilio después de la cena. Después de escuchar lo que Leonard tuviese que decir, le contaría todo a Emilio. No quería que hubiese ningún secreto entre nosotros, pero también sabía que necesitaba lidiar con Leonard antes de que las cosas pudiesen progresar con Emilio.

Con mis manos todavía temblorosas, empujé la puerta de mi auto y me bajé. Metí mis manos dentro de los bolsillos de mi abrigo cuando vi a Leonard sentado en una mesa en la parte posterior. Lo último que quería era

que me viera temblando.

—Ey, —dije cuando llegué a la mesa.

—Hola. —Leonard sonrió y se levantó rápidamente. Se movió hacia mí como si quisiera darme un abrazo, pero me hundí en mi silla antes de que se me pudiese acercar.

Estaba dispuesta a hablar con él, pero no estaba dispuesta a abrazarlo como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros. La cara de Leonard se cayó, pero se recuperó rápidamente y se volvió a sentar. Su sonrisa era familiar y dulce. Lucía como si estuviese genuinamente feliz de verme, lo cual no era lo que había estado esperando. No después de todas las acusaciones feas que me había hecho la otra noche.

—Gracias por venir, —dijo Leonard. —No pensé que lo harías.

—Yo tampoco, —dije con honestidad. —Pero tú dijiste que querías hablar.

—Sí quiero, —dijo Leonard asintiendo. —Vamos a ordenar primero.

—Está bien.

Nuestro mesero se acercó unos minutos después. Ordenamos nuestra comida y después caímos en un silencio incómodo. Leonard me miró fijamente, apenas mirando hacia otro lado. Mis ojos escanearon la habitación lentamente. Me resultaba difícil ver a Leonard a los ojos.

—Entonces, —dije finalmente. —Dime. ¿De qué querías hablar?

—Todavía te amo.

La confesión de Leonard fue contundente y sin complejos. Ladeé la cabeza y lo miré fijamente con incredulidad. Sus ojos azules oscuros eran del mismo color que los de Emilio. No sé cómo no me di cuenta antes.

—No hablas en serio, —me burlé.

—Por supuesto que lo hago, —dijo Leonard. Su voz era suave y amable. Se inclinó hacia adelante, reposando sus manos en la mesa. —Todavía te amo y creo que cometimos un grave error cuando terminamos.

—Tú me dejaste, —dije con firmeza. —*Nosotros* no rompimos, Leonard. Tú me dejaste sin pensarlo dos veces.

—Eso no es cierto, —dijo Leonard. —Estaba destruido. Terminar las cosas contigo fue la decisión más difícil de mi vida.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?, —pregunté audazmente. —Si fue tan jodidamente fuerte, ¿por qué lo hiciste?

—Porque..., —dijo él, quedándose callado lentamente. —Pensé que era lo mejor. Mi vida se volvió tan agitada y complicada. Con mi residencia

empezando, simplemente pensé que sería mejor si te dejaba ir.

—Eso es pura mierda, —dije.

—No lo es, —dijo Leonard. —Es la verdad.

—Bueno, no funciona así, —dije. Estaba tan molesta que mi visión estaba nublada. —No puedes simplemente venir arrastrándote después de que yo seguí adelante y esperar que salte ante la oportunidad de estar otra vez contigo.

—¿Saliste adelante?, —preguntó Leonard con una risa. —¿Te refieres a mi hermano?

—Mira, —dije. —Lamento si esto es extraño para ti. ¿Está bien? También es extraño para mí. Y para Emilio. Pero él realmente me gusta.

Leonard me fulminó con la mirada y se volvió a acomodar en su silla. Toda la amabilidad se desvaneció de su rostro. De repente era el mismo Leonard que recordaba. El mismo tipo que me rompió el corazón en miles de pedazos y luego me pidió que me marchara.

—Ni siquiera lo conoces, —dijo Leonard.

—Eso no es cierto, —dije. —Puede que nos conozcamos desde hace poco tiempo, pero yo sí lo conozco. Tenemos una conexión y—

—¿Una conexión? —Leonard se burló. —Daniela, tú y yo tenemos dos años de historia que valen la pena. Estábamos enamorados. Prácticamente vivíamos juntos. Teníamos una verdadera relación. Tú y Emilio, ustedes no tienen nada.

—Es nuevo, —dije. —Pero eso no significa que no sea real.

—¿Y tú crees que él se siente de la misma manera?, —preguntó Leonard. —¿De verdad crees que le importas?

—Sí, —dije con firmeza. — —Lo creo.

Leonard negó con la cabeza y se rio oscuramente. Apartó la mirada de mí como si no pudiese seguir viéndome por otro segundo. Pensé en irme, simplemente ponerme de pie y salirme, pero estaba congelada en el lugar. Había algo en Leonard que disparaba todas mis inseguridades. Con solo una conversación, ya me tenía dudando de mí misma.

Quizás él tenía razón. Quizás las cosas entre Emilio y yo no eran tan serias como yo creía. Quizás solo era un amorío casual. Quizás Emilio no quería nada real conmigo.

—Lamento que esto te lastime, —dije. Ya no estaba molesta, pero no me iba a acobardar. —Pero me gusta Emilio y yo le gusto. Estamos juntos, y tú vas a tener que acostumbrarte a eso.

—No puedo creer que cayeras tan bajo, —dijo Leonard. Negó con la cabeza otra vez y me fulminó con la mirada. Nunca había visto tanta rabia en sus ojos.

—¿Por qué lo que hice es tan malo?, —pregunté. —Me mudé a Ennis, Leonard. Y cuando lo hice, conocí a Emilio. ¿Cuál es el daño en eso?

—¡Estás saliendo con mi hermano!, —dijo Leonard. —Después de todo lo que pasamos juntos tú y yo, te estás acostando con mi hermano. Eso está tan jodido, Daniela.

—Yo no sabía quién era él, —dije. Mi rabia estaba comenzando a regresar. —Tú terminaste las cosas conmigo, ¿recuerdas? Tú me rompiste el corazón. Me fui al pueblo para intentar superarte. ¿Y sabes qué? Funcionó. Lo hice. Te superé y seguí adelante. Lamento que eso terminara siendo con tu hermano.

—Tú tienes que haber sabido quién era él, —dijo Leonard. —Hiciste eso solo para volver a mí.

—No. —Negué con la cabeza. —Créeme. Yo nunca hubiese salido con Emilio si hubiese sabido quien era él. Pero no lo sabía. Y salí con él. Y no me arrepiento.

—¿Por qué demonios no?, —preguntó Leonard. Ahora estaba furioso. No estaba acostumbrado a que le dijeran que no, especialmente cuando venía de mí.

—Porque él es increíble, —dije.

—¿De verdad no tenías idea de quién era él?, —preguntó Leonard escépticamente. —¿Ni una pista?

—¿Cómo podía haberlo sabido?, —pregunté ahora frustrada. —Tú nunca me dejaste conocerlo. Incluso después de que te ayudé a encontrarlo, tú te negaste a dejar que me involucrara. Ni siquiera supe su nombre nunca, Leonard.

Leonard me fulminó con la mirada, intentando decidir si me creía o no. No quería hacerlo. Era más fácil para él estar molesto si pensaba que yo estaba siendo maliciosa.

—Bueno, —dijo él. —Emilio de seguro que lo sabía.

Parpadeé. —¿Qué?

—Puede que tú no supieras quién era Emilio, —dijo Leonard lentamente. —Pero él sabía quién eras tú desde el comienzo.

Antes de que si quiera pudiese procesar sus palabras, mi cabeza se estaba moviendo de un lado al otro. Él estaba equivocado. No había posibilidad de

que Emilio supiera que yo era la ex de Leonard. Eso no era posible. Cuando nos conocimos, él solo era un extraño en un café. Yo solo fui una chica que él vio. Él nunca supo que yo estaba conectada a su hermano. No hubiese podido.

—Estás mintiendo, —dije valientemente. —Emilio me dijo que él no sabía quién era yo. Después de que tuvimos la cena contigo, me dijo que no sabía.

—Él te mintió, —dijo Leonard con simpleza. —Emilio ha sabido de ti desde que él y yo nos conocimos.

—No te creo, —dije.

—No tienes que hacerlo, —dijo Leonard. Una sonrisa de satisfacción se cruzó por su rostro. Anhelaba pasar por encima de la mesa y darle una cachetada.

—¿Por qué estás haciendo esto?, —pregunté débilmente. —¿Porque dije que no? ¿Por qué salí adelante? ¿Por qué estoy feliz sin ti?

—No. —La sonrisa se cayó de su rostro. —Porque es la verdad, Daniela.

—No lo es. —No podía serlo. Me negaba a creerle.

—Mira, —dijo Leonard. —Cuando dije que todavía te amaba, lo decía en serio. Te amo, Daniela. Siempre lo he hecho, y creo que probablemente lo haré siempre. Nada puede cambiar eso.

—Eso ya no importa, —solté. —No para mí.

—Quizás no, —dijo Leonard. —Pero eso significa que yo no te mentaría. Simplemente no lo haría.

Me quedé mirándolo con incredulidad. ¿Por qué me estaba haciendo esto a mí? Después de que me rompió el corazón, pasé tanto tiempo tratando de salirme de ese agujero. Cuando finalmente lo hice, me sentí más fuerte y más yo misma. Conocer a Emilio había sido un soplo de aire fresco. Era como si el universo me hubiese dado un regalo. Ahora, Leonard estaba empeñado en quitarme eso.

—Emilio no me mentaría a mí, —dije débilmente.

—Lo hizo. —La voz de Leonard era firme. —Cuando él y yo nos conocimos por primera vez, le conté todo sobre ti. Él sabía tu nombre, Daniela. Nombre y apellido. Incluso me dijo que te buscó en Facebook, así que él sabía cómo eras tú mucho tiempo antes de que pusieras un pie en Ennis.

Negué con la cabeza lentamente. Esto era una locura.

—No, —dije.

—Lo siento, —dijo Leonard suavemente. —No quería lastimarte, pero debías saber la verdad.

No podía escuchar ni una palabra más. Salté de mi silla dejando mi comida sin tocarla. Sin mirar atrás, corrí fuera del restaurante y no me detuve hasta que llegué a mi auto. Me deslicé detrás del volante y encendí el motor. Mientras arrancaba del estacionamiento, pude ver que Leonard había salido corriendo. No bajé la velocidad. Presioné el acelerador más fuerte y desaparecí al cruzar la esquina.

El corazón se me iba a salir del pecho mientras me apuraba en llegar a casa. Había planeado ir a la casa de Emilio inmediatamente después de mi cena con Leonard. Quería verlo, hablar con él, besarlo. Solo quería estar con él sin el recuerdo de su hermano colgando de nuestras cabezas.

En vez de eso, sabía que no podía verlo. Todavía no. Quizás nunca más.

Por más que quisiera ignorar las palabras de Leonard, no podía. Conocía a Leonard casi tan bien como me conocía a mí misma. No estaba mintiendo. Me estaba diciendo la verdad.

Se me revolvió el estómago dolorosamente mientras continuaba en camino hacia casa. Justo hace unos días mi vida se sentía perfecta. Tenía un trabajo, una casa genial, un chico genial. Finalmente, todo estaba en su lugar. Y ahora no podía dejar que las cosas se salieran de control.

Capítulo 22

Emilio

El viernes fue el día más largo de mi vida. Planeé pasar por la casa de Daniela después del trabajo ese día. La navidad estaba justo a la vuelta de la esquina, y quería darle el regalo que le había encontrado en la tienda de Annabelle. Ella no me había llamado todavía, así que asumía que su artículo estaba tomando más tiempo del que esperaba. Aun así, no podía esperar ni un día más para verla. Así que cuando se hicieron las cinco en punto, salí de la oficina y me apresuré a casa para buscar el presente de Daniela.

Me di un baño rápido y me vestí, esperando que Daniela me pidiera que me quedara o quisiera salir a cenar. De cualquier manera, no me importaba. Solo quería pasar un rato con ella. Esta semana había sido horrible. Entre el drama con Leo y la distancia entre Daniela y yo, me sentía muy mal. El trabajo tambiénapestaba. Todo lo que quería era enterrarme en Daniela y dejar que desapareciera el resto del mundo a nuestro alrededor. Solo esperaba que ella se sintiera igual.

Mientras manejaba por el pueblo, tenía una mano firme en el árbol de navidad de cristal. Estaba guardado a salvo dentro de su caja, pero no quería correr ningún riesgo. Annabelle dijo que lo había tenido por años, así que era viejo y frágil. Lo último que necesitaba era que se rompiera incluso antes de que llegara a la puerta de enfrente de Daniela.

Me paré justo afuera de la casa de Daniela y miré su puerta de entrada fijamente. No nos habíamos visto en días. La extrañaba tanto que hacía que me doliera el pecho con necesidad. Abrí mi puerta y agarré el árbol del asiento del copiloto. Metiéndome la caja cuidadosamente bajo el brazo, caminé hacia la puerta de entrada y toqué el timbre.

Al principio no escuché nada. Las luces de adentro estaban encendidas, y el auto de Daniela estaba estacionado en la entrada, así que sabía que estaba en casa. Esperé un minuto antes de tocar el timbre otra vez. Seguía sin escuchar nada. Fruncí el ceño y me acerqué más a la puerta. Miré por la

ventana intentando ver si había movimiento adentro. No podía ver nada, así que di un paso atrás y golpeé fuerte la puerta.

Finalmente escuché pisadas adentro. Sonreí cuando vi el rostro de Daniela aparecer detrás de la ventana. Ella no devolvió la sonrisa. Cuando abrió la puerta, estaba mirándome fijamente con desinterés. Mi sonrisa tambaleó por un segundo antes de que me empujara a mí mismo hacia adelante.

—Hola, —dije. —¿Cómo estás?

—Bien. —Los labios de Daniela apenas se movieron cuando habló.

—¿Qué pasa?, —pregunté.

—Realmente no quiero verte en este momento, —dijo Daniela con firmeza. —Quizás deberías irte.

—¿Irme? —Parpadeé. —Daniela, ¿de qué estás hablando? ¿Qué pasa?

Daniela negó con la cabeza y apartó la mirada de mí. Sus ojos se dirigieron a algo a mi izquierda. Fingió una sonrisa falsa en su rostro y luego levantó su mano para saludar. Seguí su mirada. Su vecina de la casa de al lado estaba sentada en el porche, mirándonos fijamente con ojos penetrantes. Claramente estaba tratando de espiar nuestra conversación.

—Solo pasa. —Daniela suspiró. —No quiero que nadie nos escuche.

Todavía no sabía qué estaba pasando, pero la seguí hacia adentro de todas formas. La casa lucía exactamente igual a como estaba la última vez que estuve aquí. La única diferencia era un árbol pequeño en la esquina de la sala. Sonreí cuando lo vi, pensando en el árbol de cristal que estaba sosteniendo.

—Vamos a hacer esto rápido, —dijo Daniela. —¿Qué es lo que quieres, Emilio?

—Verte, —dije. Mi confusión estaba creciendo con cada segundo. La última vez que Daniela y yo hablamos, estaba todo bien. Ella me había besado, se había subido a mi regazo y gemido contra mí. Ahora estaba completamente distante y no sabía por qué.

—No quiero verte en este momento, —dijo Daniela otra vez. —De hecho, no estoy segura de si quiera volver a verte nunca más.

—¿Qué? —Parpadeé y la miré fijamente. —Daniela, ¿de qué estás hablando? ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó?, —se burló Daniela. —Como si no lo supieras.

—Pensé que todo estaba bien, —dije rápidamente. —La última vez que estuve aquí, me besaste y dijiste que haríamos que esto funcionara. Dijiste que no íbamos a dejar que Leo se metiera entre nosotros y ahora—

—Eso fue antes, —interrumpió Daniela. Se cruzó los brazos sobre su pecho y me dio la espalda.

Todavía no sabía qué estaba pasando. Observé a Daniela mientras ella miraba fijamente a la cocina, mirando a cualquier lugar menos a mí. Con un suspiro, bajé el regalo que le había comprado y caminé lentamente hacia ella. Tenía miedo de tocarla, pero sabía que lo tenía que intentar. No podía simplemente irme sin entender qué la tenía tan molesta.

Suavemente, pasé mis dedos por sus brazos.

—Daniela...

Se alejó de mí, saltando hacia adelante y volviéndose para mirarme. Levanté las manos inmediatamente y di un paso atrás. Tocarla obviamente fue un error. Sus ojos azules pálidos, usualmente tan suaves y amables, llenos de furia.

—No me toques, —gruñó ella.

—Está bien, —dije, ahora perdiendo la paciencia. —¿Qué demonios pasó?

—Fui a cenar con Leonard, —dijo Daniela.

Se me detuvo el corazón cuando las palabras abandonaron su boca. Mis peores miedos se habían hecho realidad. Fue a cenar con Leo. A ella todavía le importaba él. Todavía lo amaba. Iban a volver a estar juntos.

—¿Cenaste con él?, —pregunté. —¿Por qué?

—Me envió un mensaje, —dijo Daniela con simpleza. —Dijo que quería verme y hablar.

—¿Y de verdad fuiste?, —pregunté con incredulidad. —¿Después de todo por lo que te hizo pasar?

Daniela se encogió de hombros. —Supuse que no me lastimaría, especialmente si tú y yo íbamos a hacer que las cosas funcionaran.

—¿Qué tiene que ver eso con Leo?, —estallé.

—Él es tu hermano, —dijo Daniela. —En mi cabeza, pensé que él y yo debíamos aclarar las cosas si los dos íbamos a estar en tu vida.

—¿Y?, —pregunté. —¿Arreglaron las cosas?

—Bueno, realmente me abrió los ojos, eso tenlo por seguro, —dijo Daniela.

Intenté ocultar mi rabia. No podía creer que Daniela cenara con Leo sin decirme, que se escabulliría a mis espaldas con mi hermano. Sin embargo, eso no explicaba por qué estaba comportándose tan fría. A menos que ella y Leo...

—¿Vas a volver a estar con él?, —pregunté bruscamente. —¿De eso se trata todo esto?

—¿Estás bromeando? —Los ojos de Daniela se incendiaron. —¿Cómo demonios podrías preguntarme algo así?

—Bueno, ¡no lo sé! —Alcé las manos por la frustración. —Vengo a verte esta noche, y prácticamente me estás echando por la puerta. Daniela, ¿qué pasa? ¿Qué pasó en esa cena?

—Leo y yo hablamos, —dijo Daniela. Su voz estaba baja. Extrañamente calmada. —Me dijo que todavía me ama y que quiere que lo intentemos otra vez.

De nuevo, mi estómago se apretó con rabia. Sabía que Leo sacaría algo como esto. En mi vida nunca me había sentido tan listo para golpear a alguien. Si no fuese por Daniela, me hubiese subido a mi auto e hubiese manejado hasta Dallas solo para darle un puñetazo a mi hermano.

—¿Eso es lo que quieres?, —pregunté suavemente, aterrado de escuchar su respuesta.

—No, —dijo Daniela. —Justo como le dije a él, eso no funciona así.

—Bien, —dije con firmeza. —Él no te merece.

—¿Quién lo hace?, —preguntó Daniela levantando sus cejas. —¿Tú?

—No, —dije. Negué con la cabeza. —Honestamente, no creo que nadie te merezca.

La cara de Daniela se suavizó por una fracción de segundo. No duró mucho, pero lo vi. Sus ojos se descongelaron y sus labios se aflojaron. Me miró atentamente, y fue como si nada malo hubiese pasado nunca. Solo éramos ella y yo, de pie en su sala, odiando la distancia que existía entre nosotros.

Después desapareció tan rápido como vino. Se endureció otra vez. Su mandíbula se apretó y sus ojos se bloquearon. Era como si la pared hubiese regresado al lugar y no había nada que yo pudiese hacer para quitarla.

—Daniela, —dije. —Si no vas a volver a estar con él, entonces por favor, solo dime qué pasa.

Mientras suplicaba, ya sabía la respuesta. Daniela no era el tipo de persona que simplemente apagaba sus emociones. A ella no podía dejar de importarle una persona a menos que le dieran una maldita buena razón para hacerlo. Antes de que si quiera abriera la boca, ya sabía lo que iba a decir.

—Leo me lo contó todo, —dijo ella. —Sobre que tú sabías quién era yo todo este tiempo. Él dijo que te dijo mi nombre hace años. Que incluso tú me

buscaste en Facebook una o dos veces. Él dijo que no había manera de que tú no supieras exactamente quién era yo cuando me viste en el café ese día.

Todo mi mundo se estaba derrumbando a mi alrededor. Nunca quise que Daniela descubriera la verdad así, no de Leo. Una parte de mí siempre intentó decírselo, pero no supe cómo. Estaba aterrorizado de que descubriera todo y huyera en la dirección opuesta.

—¿Eso es cierto?, —preguntó ella.

—Daniela... —Comencé, pero me cortó con una mirada.

—Solo responde la pregunta, —dijo ella. —¿Eso es cierto?

—Daniela...

—¿Sabías quién era yo?, —demandó ella. —Ese día en el café, cuando me hablaste por primera vez, ¿sabías quién era yo?

—Sí.

Los ojos de Daniela se cerraron, y sus manos se movieron lentamente a cubrir su boca. Meneó la cabeza de un lado a otro, el dolor se marcaba en cada línea de su rostro. En ese momento, me di cuenta de que estaba esperando una respuesta diferente. Quería que Leo estuviese mintiendo. Quería creer que yo nunca la engañaría. Quería creerme.

Mi corazón se sintió como si estuviese siendo pisoteado. Di un pequeño paso hacia adelante y me acerqué a Daniela. En el segundo en que se abrieron sus ojos, dio un salto hacia atrás y me fulminó con la mirada con una rabia renovada.

—Lárgate de mi casa, —soltó ella.

—Por favor, solo escúchame primero, —dije. —Por favor.

—No hay nada más que decir. —La voz de Daniela estaba ajustada. Sus ojos estaban nadando con las lágrimas que había estado conteniendo.

—Hay, —dije. Mi voz estaba débil. Pude sentir que mis ojos empezaban a quemarse. —Por favor. Hay cosas que no sabes, cosas que no entiendes.

—¿Sabías que yo era Daniela Black?, —preguntó ella.

—Sí.

—¿Sabías que yo era la ex novia de tu hermano?, —preguntó ella.

—Sí.

—Y tú no dijiste nada, —dijo ella débilmente. —Tú simplemente me dejaste... dejaste que me acostara contigo... que me enamorara de ti... tú...

Las palabras estaban empezando a fallarle. Me fulminó con la mirada, sus ojos centelleando peligrosamente, y supe que la conversación se había terminado. No había nada que yo pudiera decir para arreglar las cosas. Ya no.

—No puedo simplemente irme, —dije. —No sin explicarme.

—Yo no quiero escucharte, —dijo Daniela. —Vete.

—No, —comencé, pero la mirada fulminante de Daniela fue suficiente para hacer que me tambaleara hacia atrás. Nunca había visto a alguien lucir tan herido, tan roto.

—Sal.

Me quedé parado ahí por unos segundos, solo mirándola a los ojos y suplicándole en silencio que me entendiera. No lo hizo. En vez de eso, apartó la mirada, y yo me desmoroné.

Asintiendo me giré hacia la puerta. Mi corazón se sentía pesado mientras daba el primer paso hacia adelante.

—Llévate eso contigo, —dijo Daniela con firmeza. —Lo que sea que sea eso.

Cuando me di vuelta estaba señalando a la caja que había dejado ahí más temprano. Se me había olvidado por completo el maldito árbol de navidad. Me apresuré para agarrarlo, y luego prácticamente salí corriendo hacia la puerta sin decir una palabra.

No pude haber dicho nada si hubiese querido. Tenía la garganta apretada, y mis ojos quemándose con lágrimas reprimidas. Mientras manejaba a casa, dejé caer la primera finalmente. Nunca me había odiado tanto a mí mismo como lo hacía en este momento.

Capítulo 23

Daniela

Me derrumbé en el piso en el segundo en el que Emilio salió por la puerta. Toda mi fuerza se salió de mi cuerpo mientras las lágrimas caían de mis ojos finalmente. Había estado conteniéndolas, decidida a no llorar en frente de Emilio. Pero una vez que se fue, no pude contenerme por un segundo más. Lloraba mientras golpeaba el suelo, un llanto patético se liberó de mi pecho, y Andrea salió rápidamente de mi habitación.

—¿Ya se fue?, —preguntó ella, mirando frenéticamente alrededor de la habitación.

Todo lo que pude hacer fue asentir. Andrea corrió hacia mí y se sentó en el suelo a mi lado. Sus brazos fueron hacia mí en un instante, abrazándome mientras yo dejaba salir todo con mi llanto. Lloré y me estremecí abrazando a Andrea por una eternidad.

Necesitaba algo sólido en lo que concentrarme, algo que me mantuviera con los pies en la tierra mientras mi corazón se destrozaba. Andrea era ese algo. Me aferré a sus brazos como si fueran mi propio salvavidas personal. Ella me abrazó igual de apretado, su cabeza reposando suavemente contra la mía. No se movió ni un centímetro mientras lloraba, las lágrimas derramándose incontrolablemente por mis mejillas.

Primero cuando Emilio apareció en mi puerta, no podía creer que estuviera ahí. Estaba molesta. Furiosa. Luego recordé que él no sabía nada. No tenía idea de mi cena con Leonard, así que todavía no sabía que yo había descubierto la verdad. Se veía tan emocionado cuando abrí la puerta. Sus ojos azules oscuros encendidos con la sonrisa que bien conocía yo. El corazón me dolió cuando lo vi.

Me tomó todas mis fuerzas para no rendirme a mis sentimientos. Solo mirarlo fue suficiente para hacer tambalear mi determinación. Quería creer que Leonard estaba mintiendo. Pasé todo el día diciéndome que eso no podía ser cierto, que Leonard solo estaba intentando forjarse su regreso a mi vida.

En el fondo, sabía que me estaba mintiendo a mí misma. Leonard no estaba mintiendo. Todo lo que dijo en la cena era verdad.

Sin embargo, cuando Emilio finalmente lo admitió, quedé destrozada. Una parte de mí se había estado aferrando a la pequeña posibilidad de que todo fuese mentira. Estaba desesperada por creer que Emilio era un buen hombre, el hombre perfecto. Estaba equivocada. Horriblemente equivocada. ¿Y para qué? ¿Cuál era el fin de su juego? ¿Estaba intentando humillarme? ¿Me estaba usando para llegar a su hermano por algo? Simplemente no lo sé. Todo lo que sabía era que dolía como un infierno.

Andrea apretó su agarre hacia mí mientras las lágrimas finalmente empezaron a disminuir. Mi garganta estaba inflamada, y mi nariz estaba chorreando, pero no me importaba. Quería sacarlo todo para empezar a buscarle el sentido a mi nueva situación. Si dejaba que mis emociones me controlaran sabía que nunca me iba a levantar de nuevo.

Me separé de Andrea y me sorbí la nariz. Mi rostro se sentía desagradable, así que me apresuré hacia el baño y me limpié. Mientras me miraba en el espejo, me dije a mí misma que me controlara. Lloré. Me quebré. Ahora necesitaba salir adelante. Tenía que levantarme y encontrar la forma de dejarlos ir a los dos Emilio y Leonard. Para siempre.

Cuando regresé a la sala, Andrea estaba sentada en el sofá. Sonrió cuando me vio y le dio una palmada al cojín que estaba al lado de ella. Suspiré y me tumbé, dejando que mi cabeza cayera hacia atrás. Todo mi cuerpo se sentía débil y exhausto. Si no fuese por el dolor molesto en mi pecho, pude haberme quedado dormida ahí mismo.

—¿Estás lista para hablar?, —preguntó Andrea amablemente.

—¿Qué tanto escuchaste?, —pregunté.

—Casi todo, —dijo Andrea.

Asentí. Sabía que esa sería su respuesta. Cuando vimos que era Emilio el que estaba en la puerta, le pedí a Andrea que se fuera de la sala. Se escondió en mi habitación para darnos un poco de espacio a Emilio y a mí, pero sabía que le mataría no estar a mi lado. Si yo conocía a mi mejor amiga, tuvo su oído pegado contra la puerta hasta el minuto en que Emilio se fue.

—No puedo creer que esté pasando esto, —dije, hablándome más a mí misma que a Andrea.

—Lo siento tanto, —dijo Andrea. Puso su mano encima de la mía y apretó mis dedos. Intenté sonreírle, mostrarle lo agradecida que estaba de que ella estuviese ahí, pero no podía. Incluso mi rostro estaba exhausto.

—Esto es una locura, —dije. —¿Cómo sucedió esto?

—No lo sé. —Andrea negó con la cabeza. —Esto *parece* irreal.

—Es más allá que irreal, —dije.

—Jodido, —dijo Andrea. —Jodido es la mejor forma de describir esto.

—¿Cómo me pudo mentir?, —pregunté. Los ojos se me quemaban con lágrimas frescas, pero parpadeé para evitarlas impacientemente. No quería llorar más. No esta noche.

—Quizás él pensó que estaba haciendo lo correcto, —dijo Andrea suavemente.

Ladeé la cabeza hacia arriba para mirarla fijamente. Pensé que de seguro la había escuchado mal. Por un segundo, sonó como si Andrea fuese a defender a Emilio.

—¿Qué?, —pregunté.

—No lo sé, —dijo Andrea rápidamente. —Pero, es solo que... realmente parecía que le gustabas. No puedo imaginar que él haría algo como esto solo para lastimarte. No tiene sentido.

—Lo tiene si era algún tipo de juego, —dije. —Si él o Leonard conspiraron o algo.

—¿De verdad crees que eso es lo que pasó?, —preguntó Andrea dudosamente. —Quiero decir, tú misma dijiste que Leonard estaba impactado cuando te vio con Emilio.

—Pudo haber sido actuado, —dije.

—¿Y todo el rollo del ‘todavía te amo’?, —presionó Andrea. —¿Eso era parte de su juego?

—Quizás. —Me encogí de hombros. —No me pidas que entienda cómo funcionan sus mentes.

—Es que simplemente no encaja, Daniela, —dijo Andrea. —No tiene sentido que Leonard y Emilio planeen todo esto solo para follarte.

Negué con la cabeza y aparté la mirada. Lo último que necesitaba era que mi mejor amiga defendiera a Emilio y, aun así, sabía que tenía razón. Esto no tenía sentido. Leonard estaba demasiado sorprendido al verme con Emilio. Estaba impactado. Furioso. No había manera de que él supiera hasta que llegamos a la cena.

Aunque Emilio todo el tiempo supo la verdad. Ese primer día en el café, él sabía quién era yo. Sabía todo sobre mi relación con Leonard, y nunca dijo nada.

—¿Cómo pudo mentir Emilio?, —pregunté otra vez. —¿Y por qué?

¿Cuál era el punto?

—No lo sé, —dijo Andrea. —Realmente esa parte no tiene sentido.

—Quiero decir, él pudo simplemente decirme quién era, —dije. —Él pudo haber dicho, ‘Hola, soy el hermano de Leonard, y te reconocí por Facebook. Tú eres Daniela, ¿cierto?’ Hubiese sido así de sencillo.

—Quizás. —Andrea se encogió de hombros. —O quizás no.

Fruncí el ceño y la miré fijamente. Usualmente Andrea era la primera que aplastaba a los hombres. Cada vez que alguna de las dos pasaba por una ruptura, ella era cruel con sus insultos. Eso siempre nos ayudaba a salir adelante, pero ahora, solo me estaba confundiendo más.

—¿Qué pasa contigo?, —demandé. —Estaba segura de que odiarías a Emilio por lo que me hizo.

—¡Lo hago!, —dijo Andrea rápidamente. —Daniela, créeme. Estoy más que cabreada en este momento.

—Entonces, ¿por qué lo estás defendiendo?, —pregunté.

—Porque él no parece ser un idiota, —dijo Andrea con simpleza. —Leonard siempre parecía un completo cretino. Lo odié desde la primera vez que lo vi. Pero Emilio, no tanto.

—Realmente nunca lo conociste, —dije.

—Tienes razón, —dijo ella asintiendo con la cabeza. —Pero por la forma en que te estaba hablando, era obvio que realmente le importas, Daniela.

—Si te importa alguien, no le mientes a esa persona.

—Quizás él no sabía cómo decírtelo, —dijo Andrea sutilmente. —Quizás él te vio en el café y quiso hablar contigo, pero tenía miedo de que huyeras si sabías quién era él. Luego, empezaste a gustarle, y mientras más cercanos se volvían, más difícil era decirte la verdad. Quizás, él solo quería ver si las cosas podían funcionar entre ustedes antes de que lanzara la bomba sobre ser el hermano de Leonard.

Negué con la cabeza. —Eso no tiene sentido. Además, aunque fuese cierto, es una razón miserable para mentirle a alguien.

—Estoy de acuerdo, —dijo Andrea. —Pero tiene sentido, ¿no?

Solo negué con la cabeza otra vez y me volteé. No quería que las cosas tuviesen sentido todavía. Solo quería estar molesta, culpar a Emilio en silencio por hacer que me enamorara de él. Lo odiaba por romper mi corazón cuando ya estaba hecho pedazos por Leonard.

—Desearía no haberlo conocido nunca, —dije suavemente. —A él o a Leonard. Solo me han traído dolor.

—Lo sé. —Andrea suspiró y se sentó más cerca de mí.

Nos sentamos en silencio por un rato. La cabeza me daba vueltas. Parecía una locura que aquí era donde había terminado mi vida. No fue hace mucho tiempo que Andrea y yo estábamos trayendo mis cosas a esta casa. Se sentía como si hubiese sido ayer que yo estaba llorando por Leonard, y ahora, aquí estaba, rota por un hombre que resultó ser su hermano.

—Yo solo, —dije, rompiendo el silencio finalmente, —realmente deseo no haber conocido nunca a ninguno de los dos.

—No lo dices en serio, —dijo Andrea suavemente.

La miré, molesta al principio. Ella solo me sonrió amablemente y me apretó la mano otra vez. Andrea no era del tipo de amiga que mentiría. No endulzaría las cosas. No escondería los problemas reales solo para hacerme sentir mejor. La mayoría del tiempo la amaba por eso.

—Desearía decirlo en serio, —dije suspirando.

Mis ojos se cerraron y sentí que nuevas lágrimas empezaron a formarse. Por más que quisiera haber terminado de llorar, no lo había hecho.

—Me estaba enamorando de él, —dije débilmente. Mi voz se quebró, y justo así, estaba llorando otra vez.

Andrea me atrajo a sus brazos y alisó mi cabello. Me dejó llorar y llorar por el resto de la noche. Pasábamos de odiar a Leonard, a acusar a Emilio, y reírnos de los dos. Sin embargo, nada de lo que hiciéramos me hacía sentir mejor. Extrañaba tanto a Emilio que mi estómago se sentía como un abismo. Era como si él hubiese creado un hoyo del que no estaba segura si podía ser capaz de llenar otra vez.

—Él significaba mucho para ti, —dijo Andrea más tarde esa noche. — Puedo verlo.

—¿Quieres saber algo realmente patético?, —pregunté.

—Siempre. —Andrea sonrió.

—Una parte de mí pensó que él era el indicado, —dije. —Lo sé, es estúpido.

—¿Por qué es estúpido?, —preguntó Andrea.

—Porque apenas nos conocemos, —dije. —Nosotros solo nos conocimos y ya yo estaba enamorada de él.

Andrea se encogió de hombros. —Algunas veces pasa así, —dijo ella. — El amor a primera vista existe, ¿sabes?

—No estoy segura de eso, —dije dudosamente. —Eso es un cuento de hadas.

—No tiene que serlo, —dijo Andrea.

—Ya no importa, —dije. —Ahora todo es diferente. Todo ha cambiado.

—Entonces, ¿no quieres volver a verlo nunca más?, —preguntó Andrea.

—¿Nunca? ¿No quieres dejar que lo intente y te explique?

No sabía la respuesta a su pregunta, así que no le di una. Una parte de mí odiaba a Emilio más de lo que había odiado nunca a nadie. Otra parte de mí quería caer en sus brazos y dejar que me curara. No sabía qué parte de mí ganaría.

—No quiero pensar en eso esta noche, —dije. —Solo quiero superar esto.

Andrea asintió. Seguimos hablando durante toda la noche. Ordenamos pizza y tomamos vino hasta que salió el sol.

Capítulo 24

Emilio

Los fines de semana estaban prohibidos. Claire sabía que no debía llamarme en cualquier momento del sábado o del domingo a menos que el cielo se estuviese cayendo. Así que cuando desperté el sábado en la mañana y vi que tenía tres llamadas perdidas de mi secretaria, supe que algo andaba horriblemente mal.

—Claire, —dije cuando ella contestó mi llamada. —¿Qué pasa?

—Tienes que venir a la oficina, —dijo Claire. —Los Richardson están aquí.

El nombre se sintió como un peso en mis orejas. Los Richardson eran unos de mis clientes más grandes. Habíamos trabajado juntos durante años.

—¿Qué está pasando?, —pregunté. Me levanté de la cama y me apresuré al baño.

—Están molestos, —dijo Claire en voz baja. —Algo sobre esta última ronda de herramientas.

—Ya voy para allá, —dije.

Colgué y me metí en la ducha. Cinco minutos después, estaba vestido y en mi auto. Corrí a través del pueblo, sin molestarme en frenar hasta que llegué al estacionamiento de la oficina. El auto de Claire ya estaba en su lugar habitual, y otros dos vehículos desconocidos estaban estacionados a cada lado de ella.

Gruñí y abrí la puerta de mi auto. Esto era lo último que necesitaba hoy. Apenas había dormido la noche anterior. En vez de eso, di vueltas y vueltas por horas. Intenté todo para sacarme a Daniela de la cabeza, pero la mirada de dolor en su rostro estaba grabada para siempre en mi memoria. Incluso con la luz de la mañana, no podía sacarme el recuerdo de la mente.

—Sr. Bosh, —dijo Claire cuando caminé hacia la puerta. Se relajó visiblemente cuando me vio. —Están esperándolo en el salón de conferencias.

—Gracias, Claire.

Le apreté el hombro mientras me apresuraba a entrar. Afuera del salón de conferencias hice una pausa con mi mano sobre la manilla. Lo que sea que estuviese pasando en mi vida personal, tenía que dejarlo afuera. Este negocio, mi negocio, era demasiado importante para dejar que se derrumbara.

Con una respiración profunda, giré la manilla y entré lentamente. Sonreí a los Richardson y rápidamente cerré la puerta detrás de mí.

—Con respecto a la hora en que apareces, —dijo Jim Richardson. —¿Dónde demonios estabas, Bosh?

—Bueno, es sábado por la mañana, —dije.

—No estoy jodiendo en este momento, —dijo Jim. —Hoy no, Emilio.

—Solo cálmate un segundo, —dije. Caminé para tomar asiento mientras Jim me fulminaba con la mirada. Sus dos hijos, Trey y Turner, mantenían la mirada fija en su padre. La tensión en la habitación era casi insoportable, y todavía no habíamos empezado a hablar.

—No me quiero calmar, —dijo Jim. —Quiero que arregles tu error.

—¿Cuál es ese error?, —pregunté pacientemente.

Me recosté hacia atrás y entrelacé mis dedos por encima de mi pecho. Esta era la posición que siempre tomaba en reuniones importantes. Me permitía parecer relajado y calmado, mientras permanecía fuerte y seguro.

—¿Ni siquiera lo sabes?, —demandó Trey. ¿Qué demonios está pasando aquí, Emilio?

—Hemos estado enviando quejas a tu oficina por más de una semana, —dijo Turner. Él estaba más calmado que su padre o su hermano y, aun así, su rabia era evidente.

—He recibido unos pocos correos, —dije asintiendo. —Y he respondido.

—No lo suficiente, —dijo Jim. —Solicitamos un juego completo de herramientas hace cuatro días, y todavía no hemos recibido nada.

—Ustedes saben que no funciona así, —dije. —Tengo que enviar a un técnico afuera a que examine las herramientas antes de que puedan ser reemplazadas.

—¡No tenemos tiempo para eso!, —riñó Jim. —¡Ya hemos pasado una semana esperando que muevas el trasero!

Asentí y dejé que Jim me atacara. Gritó y me insultó, se puso de pie y caminó alrededor de la sala. Sus hijos continuaron mirando en dirección a mí durante todo el tiempo. Hice lo mejor por escuchar cada palabra que decía, pero dejé que la mayoría de ellas se deslizaran por mis oídos. Simplemente

no podía hacer que me importaran sus quejas. Ahora no. No con todo lo demás que me estaba pasando.

—¿Estás si quiera escuchándome?, —gritó Jim. Finalmente había dejado de caminar, pero no supe cuándo. Estaba parado en el lado opuesto de la mesa de conferencias fulminándome con la mirada.

—Por supuesto, te estoy escuchando, —dije. Me senté derecho. —Pero gritar no va a solucionar el problema, Jim.

—Bueno, ¡no se puede confiar en ti para que lo resuelvas!, —dijo Jim. —Eso está bastante claro.

—Solo déjame enviar a mi técnico, —dije calmadamente. —Él puede evaluar la situación y después podemos decidir qué hacer a partir de ahí.

Los ojos de Jim se incendiaron. Nunca lo había visto tan furioso. Los otros dos, Trey y Turner negaron con la cabeza en disgusto y me dieron la espalda. Era demasiado tarde, pero de repente me di cuenta de que se me había escapado algo importante.

—Te acabo de decir, —dijo Jim. Su voz estaba baja. —Ya tengo un técnico revisando las malditas herramientas, Emilio. Todas están destruidas. No funciona ni una sola. Por eso estoy aquí. ¡Por eso es que agarré un maldito avión esta mañana!

No sabía qué decir. —No me había dado cuenta—

—¡Te lo acabo de decir!, —gritó Jim.

Vacilé, y eso fue todo. El resto de la reunión se fue al infierno. Jim me gritó mientras yo intenté rectificar la situación desesperadamente. Rogué, implorándole a Jim que me diera una última oportunidad para arreglar las cosas.

Fue inútil. Jim Richardson había acabado. Ya era lo suficientemente malo que hubiese volado desde Texas para tener esta conversación, pero cuando básicamente lo ignoré en mi propia sala de conferencias, su rabia se volvió demasiado para sobreponerse.

—Ya he terminado, —dijo Jim. Negó con la cabeza y giró hacia la puerta.

—Espera, —dije. Me puse de pie y me apresuré para bloquear su salida. —Solo dame otros cinco minutos, ¿está bien? Discúlpame por mi comportamiento de hoy. De verdad lo siento. Pero puedo arreglar esto.

—¿Cómo?, —demandó Jim.

—Te traeré tus herramientas hoy, —dije con firmeza. —Si tengo que llevarlas para Alaska yo mismo, lo haré, pero tendrás las herramientas hoy.

Jim ya estaba meneando la cabeza antes de que si quiera hubiese

terminado de hablar. Solo pasó por encima de mí y abrió la puerta.

—Ya no trabajaremos más contigo, —dijo Turner con simpleza. — Espero que nuestro contrato esté terminado sin cargos adicionales.

—Y si no, —añadió Trey. —Tendrás noticias de nuestros abogados.

—Trey, —dije. La desesperación corría por mis labios. —Turner. Solo escúchenme, chicos. Vamos.

—Tenemos planes de navidad, —dijo Turner. —No tenemos tiempo para perderlo contigo, Emilio.

Ellos siguieron a su padre fuera de la sala de conferencias, cerrando la puerta detrás de ellos. Cuando lo hizo, me hundí en la primera silla que pude alcanzar y me puse la cabeza en las manos. ¿Qué le estaba pasando a mi vida? ¿Cómo las cosas se habían puesto así de mal tan rápido?

No sé por cuánto tiempo estuve sentado en el salón de conferencias. La cabeza me golpeaba por la falta de sueño y el estrés. No solo mi vida personal era un desastre, sino que ahora mi negocio se estaba desmoronando también. Era como si todo el universo hubiese comenzado a conspirar en mi contra de la noche a la mañana.

—¿Sr. Bosh?, —preguntó Claire nerviosamente. Asomó la cabeza dentro de la sala de conferencias justo cuando levanté la mirada.

—¿Sí?, —pregunté débilmente.

—No sé si quiera hablar con alguien en este momento, —dijo ella lentamente. —Pero su madre está en la línea uno para usted.

Asentí. —Gracias, Claire.

Claire se apresuró en salir de la sala mientras me puse de pie lentamente. Había un teléfono en el borde opuesto de la mesa. Me dirigí hacia este, preguntándome cómo había sabido mi madre que estaba en la oficina.

—¿Hola?, —dije mientras me ponía el teléfono en la oreja.

—¡Emilio! —La voz de mi mamá sonaba brillante. Cerré los ojos e intenté mantener a raya mi molestia.

—Hola, Mamá, —dije. —¿Cómo supiste que estaba aquí?

—No lo sabía, —dijo Mamá. —Pero llamé a tu casa y a tu teléfono primero.

—Oh, —dije. —Discúlpame por eso. He estado en una reunión toda la mañana.

—¿Un sábado?, —preguntó Mamá. Podía escuchar la preocupación en su voz.

—Todo está bien, —dije. —Solo unos problemas de último minuto con

un paquete de herramientas que tengo en Alaska.

—Oh, está bien, —dijo Mamá. Realmente ella no comprendía mi trabajo. Más que todo porque nunca intentó hacerlo. —Bueno, estoy segura de que arreglarás todo.

—Estoy seguro de que lo haré, —dije. —Entonces, ¿qué pasa?

Quería colgar la llamada rápidamente. Mi día ya era miserable, y no deseaba nada más que volver a casa y esconderme debajo de mis sábanas por el resto del fin de semana.

—Te estoy llamando por la navidad, —dijo Mamá. —¿Todavía estás planeando estar aquí?

—Sí, —dije. —Por supuesto.

—¡Está bien!, —chilló Mamá. —Estoy tan emocionada. Tu padre también lo está. Ha estado planificando el menú por dos semanas.

—No tienes que ir demasiado lejos, —dije. —Solo somos nosotros, ¿cierto?

—Bueno, puede que vengan los vecinos, —dijo Mamá. —Pero eso es otra cosa que quería preguntarte. ¿Vas a traer a tu nueva novia?

Me congelé. No podía recordar haberle contado a mi mamá sobre Daniela, pero sabía que debía haberlo hecho. Mi madre esperó silenciosamente mi respuesta.

—No, —dije. —Daniela y yo ya no nos estamos viendo.

—Oh no, —dijo Mamá. —¿Qué pasó?

Contarle a mi mamá sobre la conexión de Daniela con Leo solo iba a complicar más las cosas. Mi madre, quien me adoptó cuando era solo un bebé, ya estaba nerviosa por mi relación con mi hermano. Cuando Leo me encontró por primera vez, Mamá pasó semanas tratando de convencerme de que no lo conociera. Estaba aterrorizada de que mi familia biológica me separara de ella de alguna manera.

—No vale la pena hablar de eso, —dije. Mi voz sonaba débil. Me tomé todas mis fuerzas seguir hablando. —Nosotros simplemente no funcionamos. Eso es todo.

—Lamento escuchar eso, —dijo Mamá. —Podría decir que de verdad te gustaba.

—¿Podrías?, —pregunté.

—Bueno, —dijo Mamá. —No me has mencionado a una chica desde esa horrible ex tuya. Sabía que esta debía ser especial si me estabas contando sobre ella.

—Sí. —Suspiré. —Ella es muy especial.

—Entonces— —Mamá comenzó, pero la detuve rápidamente.

—Tengo que irme, —dije. —El trabajo está imparabile en este momento, Mamá.

—Está bien, —dijo Mamá. —Lo entiendo.

—Te veré en navidad, —dije. —Te amo.

—Yo también te amo, cariño.

Podía decir que mi madre no quería colgar la llamada. Ella estaba preocupada por mí constantemente. Pensaba que trabaja demasiado y muy duro. Insistía en que no tenía suficiente vida. Probablemente la hizo tan feliz descubrir que estaba viéndome con alguien. Y ahora la había decepcionado otra vez.

Con un gruñido, me fui de la sala de conferencias. Claire seguía sentada en su escritorio. Me miró nerviosamente cuando me acerqué.

—Cancela el contrato con los Richardson, —dije con simpleza. — Envíales la confirmación y luego vete a casa.

—¿Irme a casa?, —preguntó Claire.

—Es navidad, Claire, —dije. —Te mereces un descanso.

—Gracias, —dijo Claire. —Pero no me importa.

—Insisto.

Claire sonrió y asintió. Inmediatamente fue a trabajar en el papeleo de los Richardson. Me fui de la oficina sin decir otra palabra.

Mi camino de vuelta a casa fue lento y exhaustivo. En solo pocos días, todo mi mundo se había derrumbado a mi alrededor. Daniela me odiaba. Leo no me hablaba. Y mi compañía estaba tambaleando en el borde de la ruina. Sentía como si no hubiese nada que pudiera hacer para arreglar las cosas.

Llegué a casa y fui directo a la cama, metiéndome debajo de las sábanas y desconectándome del mundo. Dormí la mayoría del día, feliz de tener una excusa para apagar mi cerebro. Aun así, cuando desperté esa noche, el rostro de Daniela fue en lo primero que pensé. Sin importar lo que hiciera, no podía dejar de extrañarla.

Capítulo 25

Daniela

La mañana del sábado llegó demasiado temprano. Andrea se había dormido en mi sofá, pero yo todavía no me había ido del piso de la sala. Me dolía la cabeza por todo el vino que bebimos y, sin embargo, la resaca no me dolía tanto como el recuerdo de lo que había pasado con Emilio. Todavía podía verlo yéndose la noche anterior, desapareciendo de mi puerta sin mirar atrás.

Andrea intentó convencerme de llamarlo. Para el momento en que abrimos la segunda botella de vino, ella estaba convencida de que mi amor por Emilio era real. Me impulsó a perdonarlo diciendo que solo sería feliz si lo hacía. Sin embargo, no pude ser capaz de hacer la llamada. Por más que él me seguía importando, todavía no estaba lista para enfrentarlo. No sabía si alguna vez estaría lista.

—Buenos días, —susurró Andrea cuando vio que estaba despierta. — Necesito agua.

—Me pongo en eso. —Me puse de pie lentamente y agarré dos botellas de agua de mi refrigerador. Le lancé una a Andrea. Ella se quejó mientras la abría y le dio un largo sorbo.

—Odio las resacas, —dijo Andrea.

—Esto no es tan malo, —dije encogiéndome de hombros. —He tenido peores.

Mi mente volvió a pensar en Emilio. Recordaba estar despertando a su lado después de la fiesta de Navidad de su empresa. Mi cabeza estaba reposando sobre su pecho, y aunque me estaba golpeando por el alcohol, nunca me había sentido más cómoda. Solo estar con Emilio solía ser suficiente, pero ahora no estaba tan segura.

—¿Cómo te sientes con respecto a todo?, —preguntó Andrea. Se sentó lentamente con otra queja.

Me encogí de hombros. —Estoy bien, supongo.

—¿No has vuelto a pensar en llamarlo?, —preguntó ella.

Negué con la cabeza y me volteé. Hoy iba a ser un largo día. Mis padres me estaban esperando en su casa para almorzar.

—Solo piénsalo, —dijo Andrea. —Ya no te presionaré más.

—Gracias. —Sonreí, pero no me alcanzó los ojos.

—¿Te vas a ir a casa pronto?, —preguntó Andrea.

—Sí. —Asentí. —Mis padres quieren que esté ahí para almorzar. ¿Y tú?

—Yo veré a los míos la mañana de navidad, —dijo Andrea. —Pero tengo que regresar a Dallas al trabajo. Mi turno comienza como en dos horas.

—Demonios. —Me reí. —Diviértete con eso.

—Sí, jódete. —Andrea se quejó otra vez, pero rápidamente se convirtió en una risa.

Nos tomó un rato movernos, pero rápidamente, las dos nos dirigíamos hacia la puerta. Andrea caminó hacia su auto con una taza gigante de café en su mano. Me despedí de ella y me subí a mi auto, feliz de estar sola en el corto camino a la casa de mis padres.

Por más que Andrea me ayudara la noche anterior, necesitaba tiempo para mí. Era difícil entender todo lo que había pasado entre Emilio, Leonard y yo. Aceptar que eran hermanos ya había sido lo suficientemente difícil, pero descubrir que Emilio había estado mintiendo todo este tiempo se sentía imposible. Incluso después de dos días, no le veía el sentido todavía.

Afortunadamente, no tuve mucho tiempo para extenderme. Cuando llegué a la entrada de la casa de mis padres, mi hermana corrió hacia afuera para saludarme. Zoe estaba sobre su cadera, rebotando felizmente y levantando sus brazos para saludarme.

—Hola, —dije mientras me aproximaba hacia ellas.

Lilian me atrajo para darme un fuerte abrazo mientras que Zoe jugaba con mi cabello. Besé a mi sobrina en la mejilla antes de girar mi atención hacia Lilian. Me estaba observando detenidamente, un ligero ceño fruncido en su rostro.

—¿Cuál es el problema?, —preguntó ella inmediatamente.

—No. —Le lancé una mirada de advertencia mientras nuestra madre y nuestro padre salían afuera. —Ahora no.

Lilian asintió y se puso a un lado mientras saludaba a nuestros padres. Los dos me abrazaron y me llevaron hacia adentro rápidamente. Mi padre llevó mi maleta hacia arriba a mi antigua habitación. Me iba a quedar por un par de días, aunque no estaba segura de que fuese la mejor idea.

A pesar de lo emocionada que estaba de pasar la navidad con mi sobrina pequeña, no sabía qué tanto iba a ser capaz de mantenerme compuesta. Emilio permaneció en la parte posterior de mi mente durante todo el día.

Almorzamos juntos como una familia, riéndonos y actualizándonos. Sebastián no había llegado todavía, aunque iba a llegar más tarde esa noche. Él y Lilian estuvieron de acuerdo en pasar la Navidad con nuestros padres este año porque los padres de él se fueron de la ciudad. Todo estaba bien. Normal. Calmado. Intenté sentirme cómoda, pero no podía evitar que mis emociones se arrastraran sobre mí.

Mientras mi mamá lavaba todos los platos, solo me senté en la mesa y miré mis manos fijamente. Lilian me estaba observando desde la sala. Tenía a Zoe en su pecho meneándola lentamente para que se durmiera, pero sus ojos nunca abandonaron mi rostro. Podía sentir su mirada durante todo el rato.

Finalmente, no pude soportarlo más. Me levanté de la mesa, murmuré una excusa sobre estar muy cansada y subí las escaleras. Me sentí como una adolescente otra vez mientras cerraba la puerta detrás de mí y me tumbaba en mi vieja cama. Mi cabeza golpeó la almohada e inmediatamente lágrimas frescas se derramaron de mis ojos.

Me estaba volviendo impaciente conmigo misma. Todo este llanto era patético. No solo no se lo merecía Emilio, sino que me negaba a ser el tipo de chica que se volvía pedazos cada vez que una relación no funcionaba.

Furiosamente me levanté de la cama y comencé a dar vueltas alrededor de la habitación. La cabeza me daba vueltas con pensamientos sobre Emilio y me dolía el corazón por extrañarlo tanto. Pero me negaba a dejar que las lágrimas cayeran. Caminé en círculos alrededor de la habitación de mi infancia hasta que estuve segura de que mantendría a raya mis emociones.

Justo cuando pensé que estaba lista para bajar las escaleras, la puerta se abrió lentamente y Lilian entró. Me sonrió conscientemente y se sentó en el borde de mi cama.

—Habla conmigo, —dijo con simpleza.

Suspiré y me senté al lado de ella en la cama. Esperó pacientemente hasta que estuve lista para sacar todo. Cuando vi a mi hermana afuera por primera vez, no quería decirla nada. Solo quería mantener en secreto toda la situación. Quería embotellar todo y pretender que no existía hasta que pasara la navidad. Pero ahora que estábamos solas, no pude evitar escupir toda la historia.

—Emilio es el hermano de Leonard, —dije bruscamente.

Igual que Andrea, Lilian asumió que estaba bromeando. Estaba impactada. Mientras le contaba el resto de la historia, ella simplemente meneó la cabeza de un lado a otro con incredulidad. No fue hasta que había terminado de hablar por completo que ella finalmente encontró las palabras.

—Bueno, demonios, —dijo Lilian. —No es de extrañar que luzcas destruida.

—Gracias, —solté.

—Ey, —dijo Lilian, —ahora no esperes que empiece a mentirte.

—Lo sé. —Gruñí. —Me siento de la mierda, Lili. Apenas dormí anoche.

—Me lo puedo imaginar, —dijo Lilian.

—Emilio apareció anoche en mi casa, —dije suavemente. —Él simplemente apareció con lo que asumí que era mi regalo de navidad. Él ni siquiera sabía que algo andaba mal hasta que le conté sobre la cena con Leonard.

—¿Cómo terminó eso?, —preguntó Lilian

—Con los dos gritando, —dije. —Luego lo eché y pasé el resto de la noche bebiendo con Andrea.

—Suena saludable, —dijo Lilian con una risa.

Me reí con ella, sintiendo que el alivio me recorría el cuerpo. No me había reído mucho últimamente. Se sentía increíble permitirme sentir algo diferente a la confusión y el dolor.

—Lo siento, —dijo Lilian. —Tú no te mereces esto. Nada de esto.

—Yo solo pensé que teníamos algo real, —dije suavemente. —Emilio y yo, quiero decir. Nos conectamos tan rápidamente, ¿sabes? Casi se sentía como...

—¿Destino? —Lilian terminó por mí.

—Por más patético que suene, —dije. —Sí, se sentía como el destino.

Lilian se encogió de hombros. —Bueno, quizás lo era.

—¿Cómo?, —pregunté. —¿Cómo podía serlo? ¿Después de lo que hizo?

—Él mintió, —dijo Lilian asintiendo. —¿Pero realmente esa es la peor cosa que te puedas imaginar?

—No es la mejor, —dije oscuramente.

—Por supuesto que no, —dijo Lilian. —Solo estoy diciendo que Emilio no es el diablo, Daniela. Él mintió porque no sabía que más hacer. Obviamente le importas.

—Es solo que siento que toda nuestra relación fue construida en una mentira, —dije. —Como si nada de esto fue real.

—¿De verdad crees eso?, —preguntó Lilian.

Titubeé. Mi respuesta inmediata estaba lista y esperando sobre mis labios, pero no se sentía cierto. Cuando pensaba en todo el tiempo que pasé con Emilio, una sensación caliente me recorría todo el cuerpo. Podía recordar la manera en que me sentí la primera vez que lo vi, cómo sus ojos azules oscuros me habían atraído instantáneamente. Nuestro primer beso vino de regreso a mí, y mi estómago se apretó con deseo ante el simple recuerdo.

Más aún cuando recordé la forma en la forma en que me Emilio me miraba mientras estábamos de pie enfrente de ese árbol de navidad gigante en el medio de la plaza del pueblo, supe que sus sentimientos eran reales.

—Ya no lo sé, —dije, derrotada.

—Sólo piénsalo, —dijo Lilian amablemente. —Tú quieres estar con él, Danie. Está escrito por todo tu rostro.

—Por supuesto que lo hago, —admití. —Pero ¿qué importa eso ahora? No es como que podamos simplemente chasquear los dedos y arreglar todo. Eso no funciona así.

—¿No lo hace? —Lilian sonrió.

—Lili.

—Es una llamada telefónica, Daniela, —dijo Lilian. —Una llamada telefónica. Lo llamas, hablas, y partes de ahí.

—¿Qué pasa si eso no cambia nada? ¿Qué pasa si me dice que todo fue un montaje para cualquier jodida razón que pueda tener?, —le pregunté.

—No creo que sea eso, Danie, —dijo Lilian con seguridad.

—¿Qué te hace decir eso?

Se encogió de hombros. —Intuición.

—¡Chicas!, —la voz de nuestra madre nos llamó desde abajo. —¡Zoe se despertó de su siesta!

—Oh mierda. —Lilian gruñó. —¿Tan rápido?

—Deberíamos bajar de igual forma, —dije. —Mamá quería cocinar galletas esta noche.

Lilian unió su brazo con el mío y me guio fuera del pasillo. Saltamos en nuestro camino bajando las escaleras justo como lo hacíamos cuando éramos unas niñas. Después de una conversación con mi hermana, ya no sentía que mi mundo se estaba derrumbando a mi alrededor. Me sentía más fuerte. Más segura.

Aunque todavía no sabía qué hacer. Mi confusión estaba más fuerte que nunca mientras entraba a la cocina. Mamá tenía todas las cosas listas para

hacer galletas. Nos pusimos a trabajar mientras Andrea cambiaba a Zoe y luego la trajo para que nos ayudara.

Las cuatro chicas pasamos el resto de la tarde horneando y decorando galletas. Nos amontonamos alrededor de la mesa de la cocina con glaseado y confites esparcidos por todos lados. Música de navidad sonaba en el fondo y, justo así, fui una niña otra vez.

Todas nos reímos y bromeamos la una a la otra mientras trabajábamos en las galletas. Zoe sonreía cada vez que cogía un bocado de glaseado. Incluso mi padre se acercó para ayudar. Era increíble solo estar en este momento con mi familia y dejar que desaparecieran mis problemas.

Cuando me fui a la cama esa noche, no me sentía deprimida. El rostro de Emilio apareció en mi mente, y me sonreí a mí misma, recordando todo lo que habíamos hecho juntos. Reproduje nuestras conversaciones una y otra vez en mi cabeza. Casi podía escuchar su voz. Cuando me quedé dormida, mis recuerdos se convirtieron en sueños. La mañana siguiente me desperté ruborizada con deseo y sonriendo.

No fue hasta que me di cuenta de que solo estaba soñando que la sonrisa se cayó de mis labios. Sentí la ausencia de Emilio más que nunca, y me preguntaba si Lilian tenía razón y debería llamarlo.

Capítulo 26

Emilio

Llegó la Víspera de la Navidad, pero todavía no estaba listo para enfrentar a mis padres. Los dos sabían sobre mi ruptura con Daniela. Si iba a su casa, se pasarían toda la noche interrogándome sobre lo que pasó. A pesar de lo que mucho que quería verlos por las navidades, no creía que fuese capaz de manejar obtener el tercer grado. No todavía, de todos modos.

En vez de eso, salí a correr alrededor de mi propiedad y luego me metí en la ducha. Todavía no había sabido nada de Daniela, pero no me iba a rendir con ella. Después de que me echara de su casa, sabía que los dos necesitábamos espacio para enfriarnos. Las tensiones estaban elevadas. Las temperaturas estaban incluso más altas. Quería asegurarme de que los dos estuviésemos calmados la próxima vez que habláramos. Discutir no iba a resolver nada.

Habían pasado un par de días, sin embargo, y como era la Víspera de la Navidad, decidí intentarlo. Me vestí y agarré el regalo de Daniela de mi mesita de noche. Me lo metí bajo el brazo y caminé hacia mi auto. El aire estaba frío, y me ayudó a envalentonarme mientras me metía detrás del volante. Sin importar lo que Daniela dijera o hiciera, quería intentarlo. Ella era demasiado importante. No podía simplemente dejarla ir sin luchar.

Cuando me estacioné enfrente de su casa, todas las luces estaban apagadas y su auto se había ido. El camino de entrada estaba vacío, pero me bajé de cualquier manera. Con el árbol de navidad de cristal en mis manos, me apresuré hacia la puerta de entrada y golpeé rápidamente. Di un paso atrás y esperé, pero después de cinco minutos, supe que no estaba en casa.

—Ella se fue a la casa de sus padres, —gritó alguien a mi izquierda. Giré la cabeza alrededor para ver a la misma vecina del viernes en la noche. Me estaba mirando sospechosamente. —No volverá por unos días.

—Gracias, —dije asintiendo.

—¿No deberías estar con tu familia, jovencito?, —preguntó la mujer.

La ignoré y caminé de vuelta a mi auto rápidamente. Si Daniela no estaba en casa, entonces no iba a merodear afuera de su casa, y definitivamente no iba a iniciar una conversación con su vecina chismosa.

Manejé de vuelta a mi casa en una niebla. De camino allá, pensé en ir hasta Dallas. Me imaginé lo sorprendida que estaría de verme ahí, pero luego lo pensé mejor, supe que sería un error. Estaba disfrutando la navidad con su familia. Lo último que quería era quitarle eso a ella.

En vez de eso, me devolví a mi casa, a mi hogar vacío. Cuando entré, prácticamente pude escuchar el eco de mi respiración por todo el lugar. Nunca me había sentido tan solo en mi vida. Con un suspiro, fui hacia la sala y agarré un libro de la mesita de café. Si no podía hacer nada más, podía pasar el día relajándome.

Mi teléfono sonó antes de que tuviese la oportunidad de leer más de una página. Vi el nombre de Leo pasar por la pantalla. Pensé en ignorarlo, dejar que se fuera a la contestadora. Todavía estaba molesto con mi hermano por todo lo que le había dicho a Daniela. Pero era la Víspera de la Navidad. Y él seguía siendo mi hermano.

—Ey, —dije, llevándome el teléfono al oído. —Feliz Navidad.

—Para ti también, —dijo Leo. Su voz sonaba cautelosa.

—¿Qué pasa?, —pregunté.

—Quiero verte, —dijo Leo con simpleza. —Es la Víspera de Navidad. Además, realmente creo que deberíamos hablar.

—Sí... —Me quedé callado. Sabía que Leo tenía buenas intenciones, pero la idea de verlo hacía que se me revolviera el estómago. No sabía si estaba listo para eso.

—¿Hoy estás con tus padres?, —preguntó Leo. —Porque siempre nos podemos ver mañana o—

—No, —dije rápidamente. —No estoy con mis padres. Estoy en casa.

—Genial, —dijo Leo. —Entonces, ¿puedo pasar por ahí?

—Seguro. —Suspiré. —Sí, eso está bien.

—Está bien, —dijo Leo. —Bueno, te veré más o menos en una hora.

—Genial.

Colgamos y lancé mi teléfono al sofá que estaba a mi lado. El pánico me invadió el pecho, pero intenté apartarlo. Necesitaba confrontarlo por lo que había pasado con Daniela. ¿De verdad la amaba todavía, o solo estaba molesto porque ella estaba conmigo? ¿Por qué le había dicho que yo sabía quién era ella? ¿Cuál era el punto en todo eso? Todavía estaba increíblemente

molesto.

En el fondo sabía que Leo y yo necesitábamos arreglar las cosas. No nos podíamos odiar el uno al otro por siempre. No después de habernos perdido tanto de la vida del otro. Sin embargo, cuando pensaba en todas las cosas que le había dicho a Daniela, mi cara se sonrojaba de la rabia.

Caminé alrededor de la casa la mayor parte de una hora. Si me seguía moviendo, podía mantener mi rabia a raya. Leo estaría aquí pronto, y cuando llegara, no quería comenzar una pelea. Los dos nos merecíamos tener la oportunidad de tener una buena Víspera de Navidad. Si podíamos hacer eso juntos, entonces eso estaría incluso mejor.

Cuando ya no pude seguir caminando, bajé por la carretera para buscar algo que comer. Solo había un lugar abierto en el pueblo, así que mis opciones estaban limitadas. Escogí un almuerzo rápido para dos y luego me regresé a casa. Cuando llegué a mi entrada, Leo se estaba bajando de su auto.

—Ey, —dijo Leo cuando me vio. —Pensé que estabas en casa.

—Lo estaba, —dije. —Solo fui a buscarnos un poco de comida.

—Oh, —dijo Leo. Me sonrió nerviosamente. —Genial. Me estoy muriendo de hambre.

Entramos y nos sentamos en la sala a comer. Al principio no hablamos mucho. La comida era una buena distracción con respecto al otro, pero eventualmente, se nos acabaron las cosas para comer, y la conversación comenzó a formarse.

—Entonces, —dije. —¿Cómo va la residencia?

—Agotadora, —dijo Leo. —Ya estoy listo para tener un descanso, pero eso no pasará por un buen rato.

—Pero ¿todavía te gusta?, —pregunté.

—Definitivamente, —dijo Leo asintiendo. —Amo ser doctor. No me puedo imaginar haciendo otra cosa.

Asentí y me quedé mirando hacia la ventana. Leo me siguió la mirada y luego miró alrededor de la sala. Ya ninguno de los dos sabía cómo estar cerca del otro. Era como si Daniela hubiese abierto un espacio entre nosotros y, aun así, ni siquiera era su culpa.

—¿Has hablado con ella?, —preguntó Leo finalmente.

No podía creer que se atreviera a preguntarme por Daniela. Después de invitarla a cenar y venderme, pensé que tenía suficiente sentido común para evitar decir su nombre cerca de mí.

—Sí, —dije. —Fui a su casa el viernes, pero me echó rápidamente.

—Oh, —dijo Leo. Una satisfacción engreída cruzó por su rostro, pero la borró rápidamente. —Lamento escuchar eso.

—Tonterías, —dije con un resoplido. —Yo sé lo que le dijiste.

—¿Qué dije?, —preguntó Leo inocentemente.

—Ella me contó todo, —dije. —Que tú le escribiste para verte con ella. Que tú le dijiste que todavía la amabas y le suplicaste que volviera contigo.

—Yo nunca le supliqué que volviera conmigo, —dijo Leo en su defensa. —Yo no suplico.

—Me dijo que tú querías estar con ella, —dije. —Y que tú insististe en que esto entre ella y yo no era más que fingir. Tú dijiste que yo solo estaba con ella por su conexión contigo.

—Eso es mentira, —dijo Leo. —Yo no dije esas cosas.

—¿Estás diciendo que Daniela mintió?, —pregunté.

—Sí. —Los ojos de Leo se aferraron a los míos. —Sí lo hizo.

—Así que, ¿tú no le dijiste que la amabas?, —pregunté.

—Dios no. —Leo se burló. —Yo la dejé, ¿recuerdas?

—¿Y tú no le dijiste que no debería estar conmigo?, —demandé.

—No, —dijo Leo. —Yo no dije nada de eso.

Solo me quedé mirándolo. Sabía que estaba mintiendo. Estaba escrito por todo su rostro. Nunca antes había odiado tanto a alguien como lo odiaba a él en ese momento.

—¿Le dijiste que yo sabía?, —pregunté. —¿Sobre tú y ella?

Leo abrió su boca, pero dejó que se cerrara rápidamente. Quería ver cómo podía negar esa. Daniela no podía haber descubierto la verdad a menos que Leo se lo dijera.

—Lo hice, —dijo Leo con un suspiro. —Yo le dije que tú sabías quién era ella.

—¿Por qué?, —pregunté. —¿Cuál era el punto?

—Porque tú no se lo ibas a decir, —dijo Leo. —Y ella necesitaba saberlo.

—¿Por qué?, —pregunté otra vez.

—Era lo correcto, Emilio.

La actitud de auto justificación de Leo solo me cabreaba incluso más. Le di la espalda, incapaz de mirarlo durante otro segundo. Se suponía que este hombre era mi hermano y, aun así, se salió de su camino para arruinar la primera relación verdadera que había tenido en años. Todo porque él salió con ella primero.

—Tú simplemente no pudiste soportarlo, ¿cierto?, —pregunté.

—¿Qué? —Leo frunció el ceño.

—Que ella realmente estuviese saliendo adelante, —solté. —Que encontró a alguien que realmente quería estar con ella. No pudiste soportar que estaba feliz conmigo, así que tuviste que arruinarlo.

—Tú solo lo arruinaste, —dijo Leo, sus ojos centellaban. —En el segundo en que decidiste mentirle.

Lo fulminé con la mirada. Él tenía razón, al menos parcialmente. Si le hubiese contado todo a Daniela desde el comienzo, entonces nada de esto hubiese pasado.

—Eso no explica por qué intentaste volver con ella, —dije. —O cómo me golpeaste para hacerlo.

—Nunca intenté volver con ella, —dijo Leo. Ahora estaba furioso. Su rostro se sonrojó de un rojo profundo. —Esa perra te mintió.

—Cuida tu maldita boca.

Mis ojos se estrecharon mientras apretaba los puños a mis lados. Había estado pensando en golpear a mi hermano por días, y ahora, estaba a un balanceo de distancia.

—No podemos dejar que se meta entre nosotros, —dijo Leo. —Tú y yo somos hermanos, Emilio. Esta chica no significa nada comparado a eso. No puedes dejar que tus sentimientos por ella nublen lo que es realmente importante. Ella te mintió. Tú le mentiste. Solo termina con ella y sigue adelante. No hay razón por la que tú y yo debamos estar peleando. Ella no vale la pena. Nada de esto.

—Vete de aquí. —Mi voz sonó baja y peligrosa.

—¿Qué? —Leo parpadeó. —No puedes estar hablando en serio.

—Para empezar, tú y yo nunca fuimos tan cercanos, —dije con firmeza. —Y si tú vuelves a llamar perra a Daniela delante de mí otra vez, no me hago responsable por lo que te haga.

—Emilio... —Comenzó Leo, pero mi mirada debe haberlo callado.

—Vete, —dije otra vez.

Leo suspiró y se puso en marcha. Dio unos cuantos pasos hacia la puerta, pero antes de que saliera, se volvió para mirarme.

—No digas que no te lo advertí, —dijo Leo. —Daniela Black no merece tu tiempo, Emilio.

No dije nada. Solo lo fulminé con la mirada hasta que salió por la puerta. Mis puños seguían apretados a mis lados cuando escuché encenderse el motor de su auto. No fue hasta que estuve seguro de que se había ido que finalmente

me relajé.

Agarré mi teléfono y marqué el número de Daniela sin pensarlo. Ella era la única persona con la que quería hablar. Ella era la única persona que entendería mi rabia hacia Leo. Pero no me contestó.

Me sentí solo y derrotado mientras colocaba mi teléfono sobre el sofá. Daniela estaba pasando el rato con su familia. Ella no quería saber de mí. Probablemente ni siquiera quería verme. Y ahora también había perdido a mi hermano.

Era como si yo no pudiera ganar. Nada iba bien. Más tarde esa noche pensé en llamar a Daniela otra vez. Incluso me las arreglé para convencerme a mí mismo de que esta vez ella contestaría, pero no corrí el riesgo. En vez de eso, me enrollé como una bola en mi sofá y me quedé dormido.

Capítulo 27

Daniela

El sol me despertó la mañana siguiente, pero segundos más tarde el sonido de chillidos de una pequeña voz me llenó las orejas. Me enrollé hacia mi lado justo a tiempo para que mi puerta se abriera. Zoe entró y saltó sobre mi cama, aterrizando fuertemente en mi estómago.

—Auch. —Me reí. —Ten cuidado con la Tía Daniela. Soy frágil.

—¡Es navidad!, —dijo Zoe. —¡Vino Santa!

—¿De verdad?, —pregunté. —¿Te trajo regalos?

—¡Sí!, —dijo Zoe. Ella saltó hacia arriba y hacia abajo.

Cuando levanté la mirada, Lilian estaba de pie en mi puerta. Me sonrió y entró a sentarse en la orilla de mi cama.

—Ella quería despertarte antes de bajar las escaleras, —dijo Lilian. — Mejor te apuras porque no va a esperar por mucho más.

—Bueno, ¡andando!, —dije.

Zoe canturreó y saltó hacia el suelo. Lilian y yo nos apresuramos detrás de ella, riendo y corriendo para alcanzarla.

—¡Espera!, —llamó Lilian. —Deja que Mami te ayude con las escaleras.

Zoe apenas bajó la velocidad, pero Lilian le agarró la mano. Saltaron bajando juntas las escaleras, sonriendo por todo el camino.

Mamá y papá nos estaban esperando en la sala. Sebastián estaba haciendo café en la cocina, pero se acercó para mirar a su hija abrir sus regalos. Todos nos sentamos juntos, observando a Zoe abriendo y rompiendo los papeles y gritar con encanto mientras era revelado cada regalo. No había nada como mirar a un niño abrir sus regalos la mañana de navidad.

La mañana se fue volando. Zoe terminó de abrir sus regalos, y luego fue el turno de los adultos. Todos desayunamos juntos y luego nos vestimos para ir a la iglesia. Mi madre insistió en que todos juntos prestáramos servicio en Navidad, y sabíamos que mejor no nos quejábamos. Para el momento en que llegamos a casa, ya había pasado la hora del almuerzo.

Todo pasó tan rápido que apenas tuve chance de pensar en Emilio. No fue hasta que cenamos que finalmente reduje la velocidad lo suficiente para extrañarlo. Me salí para pasar un rato a solas.

Pensé en los regalos que tenía debajo de mi árbol para Emilio. Nunca tuve la oportunidad de dárselos. Había pasado días intentando encontrar el regalo perfecto para él y ahora había llegado la Navidad y ni siquiera había podido verlo.

—¿En qué estás pensando?, —preguntó Lilian mientras salía para acompañarme.

—Emilio, —dije con simpleza.

—¿Todavía lo extrañas?, —preguntó Lilian.

—Más que nunca, —dije. —Es navidad. Solo desearía que las cosas pudieran ser diferentes.

—Pueden serlo, —dijo Lilian.

Asentí, pero no dije nada. Lilian estaba tan segura de que todo se podía arreglar. Intentó convencerme de que una llamada telefónica resolvería todos mis problemas. Eso se sentía ingenuo. Ridículo. No había forma de que yo simplemente pudiera agarrar el teléfono y llamar a Emilio. No después de ignorarlo por días.

—Él no querría hablar conmigo, —dije. —Ya no.

—¿No te llamó anoche?, —preguntó Lilian.

—¿Cómo sabes eso?, —pregunté.

Lilian se encogió de hombros. —Revisé tu teléfono.

—¿Es en serio?, —solté.

—Soy tu hermana mayor, —dijo Lilian. —Si yo no me puedo entrometer, ¿entonces quién puede?

—Estás loca. —Negué con la cabeza, pero Lilian estaba totalmente abusiva.

—Sólo llámalo, —dijo Lilian. —Tú lo extrañas.

—Lo hago, —dije con un suspiro. —Desearía que pudiésemos pasar el día juntos. Quería que te conociera a ti y a Sebastián y a Zoe. Incluso estaba dispuesta a presentárselo a Mamá y a Papá.

—Pobre chico, —dijo Lilian.

La miré. —Pero entonces todo cambió, —dije.

—Sé que sí, —dijo Lilian. —Pero ¿quién dice que no lo puedes volver a cambiar?

—Porque la vida no funciona así, —dije a la defensiva. —No puedes

simplemente chasquear los dedos y hacer que las cosas vuelvan a ser perfectas.

—Mira, —dijo Lilian. Se acercó hacia mí. —Lo único entrometiéndose en tu camino en este momento eres tú. Eres miserable y todo es tu culpa.

—Gracias, —murmuré.

—Hablo en serio, —dijo Lilian. —Sé que estás lastimada. Sé que Leonard te dejó muy mal y que todo este asunto con Emilio es complicado y doloroso. ¿Está bien? Entiendo eso. Pero en este momento, todo lo que puedes hacer es salir adelante.

—¿Cómo hago eso?, —pregunté.

—O los dejas ir, —dijo Lilian. —Y te olvidas de los dos, Emilio y Leonard para siempre. O llamas al hombre que amas para arreglar las cosas.

—¿Que amo?, —parpadeé.

—Las dos sabemos cómo te sientes, —dijo Lilian. —Así que no intentes negarlo.

Bajé la mirada hacia mis zapatos. Lilian no estaba equivocada. Mis sentimientos por Emilio eran más fuertes de lo que alguna vez pensé que podían ser. A parte de todo el dolor que me había causado, todavía no podía arrancármelo. Dejarlo ir era imposible cuando se trataba de apartar a Emilio de mi vida por siempre. No importa lo dolida que estaba, sabía que nunca sería capaz de hacer eso.

—Tenemos que llevar a Zoe a casa, —dijo Lilian. —Solo piénsalo, ¿está bien?

Asentí. —Sí. Lo haré.

Lilian besó la parte superior de mi cabeza y luego desapareció adentro otra vez. Permanecí donde estaba, congelada en el porche trasero de mis padres con mi mente girando en círculos. Tenía un millón de opciones en frente de mí, un millón de caminos que podía tomar. Pero ninguno se sentía bien. Lo único que quería hacer era dejar de esconderme. De Emilio. De Leonard. De todo.

Incluso cuando lo pensaba, sabía que estaba siendo inmadura. Esconderme no iba a resolver nada. Había pasado días evadiendo las llamadas de Emilio e ignorando mis propios sentimientos. Lo único que había logrado era empujar más y más lejos mi propia felicidad.

Sabía que Lilian tenía razón. Lo único que me detenía de estar con Emilio era mi propio orgullo. No quería darle la satisfacción de responder sus llamadas o de responder sus mensajes de texto. Quería que se sintiera solo y

avergonzado. Quería que se sintiera culpable por todo lo que me había hecho pasar.

Pero nada de eso estaba bien. No tenía sentido. Lo extrañaba tanto que dolía, y, aun así, continuaba escondiéndome de él. No solo estaba lastimando a Emilio, me estaba lastimando a mí misma. Mientras me sentaba afuera con mi cobija enrollada fuertemente a mi alrededor, finalmente me rendí ante mis verdaderos deseos.

El teléfono solo repicó dos veces antes de que Emilio contestara. Me derretí cuando escuché su voz deslizarse por el teléfono.

—Hola, —dijo Emilio. —Me sorprende que estés llamando.

—Pensé que ya era hora, —dije.

—Me alegra que lo hicieras, —dijo rápidamente. —Feliz Navidad.

—Feliz Navidad.

Nos quedamos en silencio por unos minutos, solo escuchando la respiración del otro. Había tantas cosas que quería decirle que no sabía por dónde comenzar. Abrí la boca diez veces, pero no salieron ningunas palabras. Cada vez que aparecía algo en mi cabeza, me convencía a mí misma de que iba a sonar estúpido.

—Escucha, —dijo Emilio finalmente. —Daniela, lamento mucho lo que pasó. No debí haberte mentado—

—Te extraño. —Se me escaparon las palabras antes de que pudiera detenerme a mí misma. Incluso antes de que me diera cuenta de lo que estaba diciendo estaba ahí afuera para que lo supiera todo el mundo.

No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero no me importaba. Ya no quería seguir escondiéndome y peleando conmigo misma. Dejé de pensar y me permití sentir, actuando solamente con las emociones y nada más. Todo lo que podía hacer era recostarme hacia atrás y esperar lo mejor.

Emilio inhaló bruscamente en el otro lado del teléfono. Deseaba poder ver su rostro en este momento más que a nada. Si veía sus ojos, sabría exactamente lo que estaba pensando. En vez de eso, solo tenía que esperar a que hablara. El corazón se me iba a salir durante todo el rato.

—Yo también te extraño, —dijo Emilio suavemente. Su voz estaba débil. Sonaba al borde de las lágrimas.

Cerré los ojos e inhalé el aire frío. El sonido de la respiración de Emilio fue suficiente para hacerme sentir mejor. No me había sentido tan relajada en días.

—¿Cómo estuvo tu Navidad?, —pregunté.

—Estuvo... —Emilio se quedó callado. —Muy acontecida.

—¿Oh?, —pregunté. —Cuéntame más.

—Bueno, —dijo Emilio con una risa suave. —Leo vino ayer a verme y no terminó muy bien.

—Lo siento, —dije. —Nunca quise meterme entre tu hermano y tú.

—Tú no hiciste nada malo, —dijo Emilio. —Nada de esto es tu culpa, Daniela.

—Lo sé, —dije. —Pero eso no significa que quiero verte lastimado.

—Lo único que me está lastimando es estar lejos de ti, —dijo Emilio. Mi corazón dio un salto. —Leo ni siquiera está en mi radar en este momento.

—Siento haberte evitado, —dije. —Es solo que todavía no estaba lista para hablar.

—Lo entiendo, —dijo Emilio. —Lo que hice fue bastante... imperdonable.

—¿Por qué lo hiciste?, —pregunté. —¿Por qué simplemente no me dijiste la verdad ese día en el café?

Emilio titubeó. Podía decir que estaba pensando en la mejor forma de responder. Esperé pacientemente, feliz de finalmente estar hablando con él otra vez.

—No sabía cómo reaccionarías, —dijo Emilio. —Pensé que ibas a enloquecer y a salir corriendo.

Me reí. —Puede que lo hubiese hecho. Me fui de Dallas para escapar de Leonard. Si hubiese sabido que había conocido a su hermano durante mi primera semana en el pueblo, probablemente me hubiese ido.

—Exactamente, —dijo Emilio. —Y odiaba eso. Solo quería conocerte. Tienes que saber que yo nunca pretendí que las cosas se fueran tan lejos. Cuando me senté para hablar contigo, solo fue para hablar. No creí que me ibas a gustar tanto.

—¿Por qué me hablaste del todo?, —pregunté suavemente.

—Sabía de tu relación con Leo, —dijo Emilio. —Sabía cómo te había tratado y sabía que no te lo merecías. No puedo decirte cuántas veces me hizo cabrearme cuando hablábamos de ti.

—Me lo puedo imaginar, —dije. —Leonard nunca fue demasiado amable cuando se trataba de mí.

—Él me contó de su ruptura, —dijo Emilio. —Y después, ahí estabas. Solo sentada en el café. Estaba sorprendido, pero tampoco pude marcharme. Fue como si un imán me estuviese atrayendo hacia ti. No había nada que

pudiera hacer para resistirme.

Cerré los ojos y escuché su voz. Todo lo que decía sonaba perfecto. Eso era exactamente lo que había querido escuchar todos estos días. Pero estaba asustada. Aterrorizada. La idea de salir lastimada otra vez era casi demasiado para soportarlo.

—Lamento haberte mentido, —dijo Emilio. —Estuvo mal.

—Creo que lo entiendo, —dije débilmente. —No fue una situación fácil.

—Eso no mejora las cosas, —dijo Emilio firmemente. —Lo arruiné.

—De verdad que lo hiciste. —Me reí.

Emilio se rio conmigo, y de repente, estábamos solo charlando. Le conté todo sobre la navidad con mi familia, y él me contó todos los problemas que le habían pasado en el trabajo. Hablamos por horas, evitando cualquier otro tema emocional. En vez de eso, nos reímos un montón y bromeamos para allá y para acá justo como siempre.

Para el momento en que terminó nuestra conversación, me sentí más ligera y más como yo misma. Todavía no estaba lista para perdonar a Emilio por todo, y no sabía dónde estábamos parados, pero quería verlo.

—¿Cuándo regresas al pueblo?, —preguntó Emilio

—Mañana, —dije.

—¿Puedo verte?, —preguntó Emilio. Hubo un indicio de nerviosismo en su voz que me hizo sonreír.

—Sí, —dije. —Te lo dije. Te extraño.

—Yo también te extraño, —dijo Emilio.

—Bueno, será mañana entonces.

—Perfecto.

Nos despedimos, pero me quedé afuera un rato más. Me sentía aliviada y más relajada de lo que había estado en días. La promesa de ver a Emilio mañana era suficiente para traer una sonrisa a mi rostro. No sabía si íbamos a ser capaces de volver a donde estábamos. Ya había pasado demasiado entre nosotros, pero tenía esperanzas de que, por lo menos, pudiésemos comenzar de nuevo.

Capítulo 28

Emilio

La mañana del martes me agarró en una reunión tras otra. Después de perder el contrato con los Richardson, ya no podía permitirme relajarme en los negocios. Además, después de que finalmente me llamó Daniela, se levantó un peso de mi pecho. Otra vez podía respirar. Mi cerebro se sentía menos nebuloso. Podía concentrarme sin pensamientos de Daniela invadiendo mi mente. Solo saber que la vería más tarde esa noche era suficiente para mantenerme activo la mayor parte del día.

—Me alegra que nos hayamos sentado, —dijo Frank cuando terminó nuestra reunión. —Es bueno verte, Emilio.

—A ti también, —dije. —Llámame si necesitas algo más, ¿está bien?

—Lo haré.

Frank se fue de mi oficina con una sonrisa en la cara. Él era mi primera reunión del día y, de repente, más clientes se estaban presentando. Tenía a Claire para que contestara todas mis llamadas y filtrara mis correos a su cuenta. En este momento no había nada más importante que hacerme cargo de mis clientes en persona. Quería ser perfectamente libre más tarde cuando viera a Daniela, y sabía que no iba a estarlo si todavía estaba preocupado por mi negocio.

Mi reunión se prolongó lentamente, pero me sentí seguro de que todo estaba yendo bien. Para el final del día, estaba volando por las nubes. Los clientes que me quedaban estaban todos satisfechos. Algunos incluso hicieron pedidos extra, y unos pocos me alabaron por mi fiesta de navidad.

—Mi esposa se divirtió muchísimo, —dijo Aaron. —Ella estaba completamente encantada con esa novia tuya.

—Oh, —dije con una risa. —¿Daniela?

—¡Sí!, —dijo Aaron. —Ella se veía una mujer genial.

—De verdad que lo es, —Sonreí.

Nos despedimos y los acompañé a la salida. Aaron era mi última reunión

del día. Eran casi las cinco en punto, pero no me sentí ni un poco ligeramente cansado. Todo mi cuerpo estaba vivo con energía. Sabía que pronto vería a Daniela, y no podía esperar.

Agarré el teléfono de mi escritorio y me despedí rápidamente de Claire. El regalo de Daniela estaba colocado sobre el asiento del copiloto en mi auto, listo y esperando para que ella lo abriera. Lo traía conmigo para no tener que ir a casa a buscarlo para nuestra cita.

Cuando me subí detrás del volante de mi auto, le sonreí a la caja y rápidamente metí mi llave en el encendido. Mientras hacía eso, encendí mi teléfono otra vez. Lo había tenido apagado la mayoría del día para que no me distrajera en mis reuniones. Se encendió lentamente, y puse mi auto en retroceso.

Salí del estacionamiento y manejé al pueblo. Daniela me estaba esperando, y ese hecho hacía que mantuviera una sonrisa ancha en mi rostro mientras manejaba. Nada pudo haber oscurecido mi estado de ánimo. Después de que Daniela me llamó en navidad, fue como si de repente toda mi vida cambiara de sentido. El mundo se había acomodado, de repente, todo estaba volviendo a su lugar.

Casi llegaba a la casa de Daniela cuando mi teléfono comenzó a vibrar violentamente en mi regazo. Frunciendo el ceño, bajé la mirada para ver que tenía cuatro llamadas perdidas y seis mensajes de texto. Se me apretó el estómago mientras presionaba el botón para escuchar mis mensajes.

—Sr. Bosh, —dijo una voz no conocida. —Habla el Dr. Harrison. Estoy llamando para informarle que su hermano ha sido admitido a...

El resto del mensaje cayó dolorosamente en mis oídos. La carretera se convirtió en una mancha delante de mí. Me detuve para escuchar el resto del mensaje.

Leo estaba en algún tipo de accidente. Estaba ingresado en un hospital en Dallas, y lo estaban llevando a una cirugía de emergencia. Los otros tres mensajes fueron de enfermeras, informándome de su condición y recordándome en qué hospital estaba.

Sin pensar, lancé el teléfono hacia abajo y me apresuré en salir del pueblo. Llegué a la autopista en cuestión de minutos, aumentando la velocidad hacia Dallas. No podía pensar en otra cosa que no fuese Leo. Lo imaginaba tendido en una cama de hospital, solo y desangrándose. Me preguntaba qué tan malo había sido el accidente, qué tan serias eran sus heridas, y cómo pude haber sido tan estúpido como para dejar el teléfono

apagado todo el día.

Daniela se cruzó por mi mente mientras aparcaba en el estacionamiento del hospital. Pensé en llamarla o al menos enviarle un mensaje para que supiera que no iba a poder llegar, pero no podía hacerlo. Tenía visión de túnel mientras corría por los pasillos intentando encontrar la habitación de mi hermano.

Había estado tan molesto con él por tantos días. Apenas podía pensar en su nombre sin querer sentir su mandíbula contra mis nudillos. Lo había odiado tanto que me enfermaba físicamente, pero ¿ahora? Podía morir, y yo estaba molesto con él. La última vez que hablamos nos gritamos el uno al otro. Lo eché de mi casa en la Víspera de Navidad. Podía morir y ese sería mi último recuerdo de él.

Me detuve en la estación de enfermeras más cercana y demandé por la dirección de su habitación. La enfermera buscó su información y luego me dirigió por el pasillo. Ahí encontré otra estación de enfermeras, pero no había nadie ahí. Escaneé el pasillo, desesperado por encontrar a alguien que pudiera decirme qué estaba pasando.

Finalmente, apareció una enfermera por el pasillo. Corrí hacia ella hablándole a una milla por minuto.

—Cálmese, señor, —dijo la enfermera. —Solo dígame el nombre de su hermano, ¿está bien? Le daré toda la información que tenga.

Le di el nombre de Leo y esperé mientras la enfermera escribía algo en su computadora. Escaneó la pantalla y luego volvió a mirarme con una sonrisa paciente.

—Él sigue en cirugía, —dijo ella. —Pero parece que está estable. Si algo cambia, inmediatamente se lo haré saber.

—¿Hay algún lugar donde pueda esperar?, —pregunté.

La enfermera señaló por el pasillo a una sala de espera. Asentí mis gracias y caminé hacia adelante lentamente. Mientras lo hacía, saqué mi teléfono para marcar el número de Daniela. Ahora que estaba en el hospital, podía calmarme lo suficiente para llamarla. No quería que pensara que la había dejado plantada sin razón.

—¿Emilio?, —dijo la voz de una mujer detrás de mí.

No reconocí la voz, pero cuando me volví, el corazón se me cayó al estómago, y la garganta se me apretó dolorosamente. Tragué fuerte y parpadeé, seguro de que estaba viendo cosas.

—¿Emilio?, —preguntó ella otra vez. —¿Eres tú?

Me congelé. Hubiese reconocido esos ojos en cualquier lugar. Después de todo, eran los mismos ojos que veía mirándome fijamente cada vez que me miraba en el espejo. Eran los mismos ojos que compartíamos Leo y yo. Azul oscuro. Redondos. Y llenos de emociones.

—Sí, —dije lentamente. —Soy Emilio.

—Oh dios mío.

Dio un paso hacia adelante, pero se detuvo ella misma. No sabía qué decir o qué pensar. Corrí al hospital sin pensar en las posibilidades de que ella podía estar ahí. Por supuesto que estaba ahí. Ella era la mamá de Leonard. Mi madre biológica. La mujer que me dio en adopción cuando yo solo tenía un año de edad.

—Lo siento, —dije. —Realmente no sé qué decir.

—Vamos a sentarnos, —dijo ella. Su voz estaba débil.

Ella señaló hacia un par de sillas al lado de nosotros. La seguí y tomé asiento, mis manos temblando mientras las reposaba sobre mis rodillas.

—Soy Helen, —dijo ella con una sonrisa incierta. —No sé si sabes quién soy, pero—

—Tú eres mi madre, —dije abruptamente.

Helen parpadeó y tragó saliva. El dolor se cruzó por su rostro, pero lo alejó y en vez de eso sonrió. Asintió y solo se me quedó mirando hasta que estuve listo para hablar otra vez.

—Leo me ha hablado mucho de ti, —dije débilmente.

—Él me ha hablado mucho de ti también, —dijo Helen. —Significa mucho para él que ustedes dos finalmente pudieron conocerse.

—Sí, —dije. Hablar sobre Leo me hizo pensar en Daniela. Bajé la mirada a mi teléfono, el cual seguía apretado entre mis manos temblorosas. Lo metí en mi bolsillo. No había forma en que yo pudiera hacer una llamada en este momento.

—Escucha, —dijo Helen. —Quiero que sepas que entiendo por qué no quisiste conocerme.

Asentí, pero no dije nada. Yo pasé los últimos dos años conociendo a mi hermano. Nosotros hablamos. Lentamente nos volvimos hermanos. A pesar de lo que había pasado con Daniela, Leo seguía siendo mi hermano y yo lo amaba, sin importar qué. Helen era algo diferente.

No tenía recuerdos de ella. La primera vez que Leo me preguntó si quería conocerla, dije que no sin pensarlo. Leo nunca volvió a sacarlo. Él solo lo dejó ir, asumiendo que yo preguntaría si alguna vez quisiera la oportunidad

de verla. En el fondo, siempre tuve curiosidad. Me preguntaba sobre la mujer que me abandonó. Me preguntaba quién era ella, cómo lucía, y si alguna vez se lamentó de su decisión.

Ahora que estábamos sentados uno al lado del otro, no sabía qué decir.

—Tengo un millón de preguntas, —dije finalmente. —Ni siquiera sé por dónde comenzar.

—Puedes preguntarme cualquier cosa, —dijo Helen. —Lo que sea que quieras.

—¿Por qué me entregaste?, —pregunté.

La pregunta se escapó de mis labios antes de que pudiese detenerme. Helen inhaló bruscamente, y sus ojos se oscurecieron con emoción. Ella lucía más que nunca como Leo.

—Es una larga historia, —dijo Helen.

—Tenemos tiempo. —Miré alrededor de la sala de espera, mostrándole en silencio que no íbamos a ir a ninguna parte pronto.

—Ya yo tenía a Leonard, —dijo Helen. —Y cuando llegaste tú, yo estaba en el hoyo. Drogas. Alcohol. Todo.

—Leo me contó que ahora estás sobria, —dije.

—Lo estoy. —Helen sonrió. —Lo he estado por más de veinte años.

—Eso está bien, —dije.

—Pero de vuelta a entonces, —continuó Helen. —No podía hacerme cargo de otro hijo. Ya estaba aterrorizada de que el estado se llevara a Leonard. La idea de perderlos a los dos era demasiado para soportarlo. Sabía que tenía que hacer lo que fuera mejor para ti.

—Y lo hiciste, —dije. —Mis padres son increíbles.

—Lo sé. —Helen sonrió otra vez. —Me he mantenido cerca de ustedes tres a lo largo de los años. Tu madre fue lo suficientemente amable para enviarme tus fotos de la escuela.

—¿Lo hizo?, —pregunté.

Helen asintió. —Tu mamá es una persona muy amable.

Asentí y me miré las manos. Toda esta noche se sentía como un sueño. Leo estaba en cirugía. No sabía si iba a sobrevivir o no. Mi madre biológica estaba sentada en la sala de espera hablando sobre lo increíble que era mi madre adoptiva.

—Esto es una locura, —dije conteniendo la respiración.

—Lo siento, —dijo Helen. —Así no es cómo quería conocerte por primera vez.

—Yo tampoco, —dije. —Desearía que las enfermeras nos dijeran algo sobre Leo.

—Pronto lo harán, —dijo Helen con seguridad.

Cuando la miré, vi el miedo grabado en las líneas de su rostro. Sus labios estaban presionados juntos fuertemente, y sus ojos estaban anchos. Retorcí sus manos juntas lentamente. Por primera vez desde que la vi, me di cuenta de lo horrible que debía ser para ella.

Su hijo estaba en cirugía, y todo lo que podía hacer era esperar recibir noticias. Me dolía el corazón mientras la observaba. Finalmente, me acerqué y tomé su mano. La apreté suavemente.

—Él va a estar bien, —dije con firmeza. —Leo es fuerte. Todo va a estar bien.

—Gracias. —Helen escondió las lágrimas y apretó mi mano.

Nos quedamos sentados así por lo que se sintieron horas. Intenté no mirar el reloj, pero se sentía como si el tiempo se estaba moviendo más lento que antes. Cuando finalmente apareció el doctor, ambos Helen y yo nos pusimos de pie y nos apresuramos hacia adelante.

Capítulo 29

Daniela

Mis ojos nunca se apartaron del reloj. Había estado lista por más de una hora, mi emoción tan consumidora que apenas me podía quedar quieta. Emilio y yo teníamos cosas de que hablar y problemas en los que íbamos a tener que trabajar, pero no podía esperar para verlo otra vez. Sus regalos de Navidad eran los únicos que quedaban debajo de mi árbol. Nos había imaginado teniendo una cena increíble, regresar a mi casa para abrir los regalos, y luego hablar toda la noche. Las cosas no serían perfectas. Íbamos a tener que movernos lentamente, pero me sentía más ligera que el aire mientras caminaba alrededor de mi sala y esperaba a que llegara él.

Planeamos encontrarnos después de que Emilio se fuera del trabajo. Él prometió recogerme alrededor de las cinco y treinta. Comeríamos algo y hablaríamos. Era un plan simple, pero era un plan, sin embargo. Así que cuando se hicieron las ocho en punto y seguía sin saber nada de Emilio, mi emoción se convirtió en rabia.

Intenté llamarlo tres veces en esas tres horas. Su teléfono sonó la primera vez, luego me envió a la contestadora. La próxima vez fue directo a la contestadora. En el tercer intento le dejé un mensaje de molestia.

—Emilio, —dije. —No sé qué juego estás jugando, pero ¡eres un imbécil de clase mundial por hacer esto! ¡He estado esperándote por tres horas! Ni siquiera has llamado o enviado un mensaje de texto. Al principio estaba preocupada porque te hubiese pasado algo, pero ahora sé que solo eres una persona horrible.

Colgué y lancé el teléfono por toda la habitación. Sin pensarlo, agarré mi abrigo y mis llaves y me fui. Manejar aclararía mi cabeza y me ayudaría a pasar esta rabia. Mientras me metía detrás del volante, me di cuenta de que solo había un lugar al que quería ir. Puse el auto en marcha y manejé a través del pueblo hasta que llegué a la propiedad de Emilio.

Todas las luces de su casa estaban apagadas. Su auto no estaba en

ninguna parte. Pensé en bajarme de cualquier forma. Golpear la puerta liberaría algunas de mis frustraciones. Eventualmente, solo manejaría a casa, sintiéndome derrotada y miserable.

¿Cómo me podía hacer esto a mí? Después de todo por lo que ya habíamos pasado, para que me dejara plantada sin siquiera un mensaje de texto era imperdonable. No podía creer que me había dejado creer a mí misma que era un buen hombre. Puse a un lado mis preocupaciones y dudas para hacer que funcionaran las cosas entre nosotros. Estaba intentando perdonarlo por todas las mentiras y, aun así, él no podía molestarse en aparecer.

Estaba tan furiosa que apenas podía ver bien. Cuando regresé a casa, mi teléfono seguía tirado en el suelo donde lo había lanzado. Lo agarré, desbloqueando la pantalla frenéticamente para ver si Emilio había llamado mientras me había ido. No lo hizo. No había nada además de una pantalla blanca mirándome fijamente.

Lo llamé de nuevo. Esta vez, no le dejé un mensaje. Escuché su contestadora responder, y colgué sin pensarlo dos veces. Luego llamé a Andrea. Ella, a diferencia de Emilio, contestó en el segundo repique.

—¿Qué pasa?, —preguntó Andrea. —Pensé que hoy era tu gran cita con Emilio.

—Él nunca apareció, —dije.

—¿Qué?

Andrea estuvo de acuerdo en venir a pasar la noche conmigo. No quería estar sola. Si lo estaba, sabía que pasaría toda la noche obsesionada por Emilio. Ya lo había llamado cuatro veces. Lo último que necesitaba hacer era seguir marcando su teléfono, especialmente porque obviamente no quería tener nada que ver conmigo.

Cuando finalmente llegó Andrea, inmediatamente me atrajo al sofá y me hizo decirlo todo.

—No hay mucho que decir, —dije. —Anoche lo llamé para hablar sobre las cosas. Fue una conversación fuerte, pero ayudó. Lo extrañaba, y él me extrañaba a mí. O eso pensé.

—Así que, ¿él simplemente no apareció nunca?, —preguntó Andrea. — No te llamó o te escribió o—

—Nada. —Negué con la cabeza. —No puedo creer que fui tan estúpida. No debí haber vuelto a confiar en él nunca más.

—¿Intentaste llamarlo?, —preguntó Andrea.

—Por supuesto, —dije. —Cuatro veces.

—¿Estás segura de que está bien? —Los ojos de Andrea se estrecharon nerviosamente. Podía decir que no quería hacer que me molestara, pero tenía que hacer la pregunta.

—Estoy segura de que está bien, —dije con un suspiro. —Probablemente solo lo pensó dos veces y se echó para atrás. Fui hasta su casa, pero no estaba en casa. Mi suposición era que se había ido a pasar la noche en Dallas. Probablemente está allá bebiendo con Leonard o algo igualmente perturbador.

—No lo puedo creer... —Andrea se quedó callada, meneando la cabeza en disgusto. —Yo realmente pensé que él era un buen chico. Parecía que tú le importabas mucho.

—Todos ellos lo hacen al principio, —dije. —Después, hacen algo como esto y finalmente vemos quienes son realmente.

Andrea asintió, pero no parecía convencida. Cuando mucho, lucía más escéptica que nunca. Cuando abrió la boca para hablar otra vez, le di una mirada de advertencia. No necesitaba que nadie defendiera a Emilio esta noche. Posiblemente ninguna explicación podía ser lo suficientemente buena para lo que había hecho. Después de días de no hablarnos el uno al otro, después de las mentiras y los secretos, finalmente íbamos a seguir adelante. Todos estábamos listos para empezar de nuevo y entonces me deja plantada y arruina todo.

—¿Qué deberíamos hacer esta noche?, —preguntó Andrea. —¿Bebidas? ¿Comida? ¿Películas?

—Todas las anteriores, —dije. Sonreí agradecida de que Andrea se pusiera en acción.

Fue hacia la cocina a buscarnos una cerveza a cada una. Luego ordenó pizza y encendió Netflix. Navegamos por las películas por un largo tiempo, riéndonos de los títulos ridículos e historias. Después de que finalmente escogimos una película, llegó la pizza. Ya nos habíamos tomado tres cervezas cada una.

Beber no era la respuesta a todos mis problemas, pero por una noche, definitivamente ayudaba a anestesiarse el dolor. Cada vez que Emilio aparecía en mi cabeza, tomaba un sorbo a mi cerveza para apartarlo de mí otra vez. No fue hasta que Andrea y yo estuvimos borrachas las dos y llenas de pizza que ya no pude pelear con los pensamientos.

Vi su rostro en mi cabeza, sonriéndome con esos ojos azules oscuros

fijados en mi rostro. Él estaba caminando hacia mí, sus dedos abiertos. Cuando tocó mi cara, pude haber jurado que era real. Se sintió como si él estuviese en mi sala, acariciando mi mejilla e inclinándose para darme un beso suave. Nuestros labios se tocaron, y justo así, la realidad se instaló a mi alrededor.

Negué con la cabeza y gruñí mientras me recostaba hacia atrás en el piso. Las fibras de la alfombra se enterraron en la piel sobre mis brazos, pero no me importó. Mi cuerpo estaba lleno de alcohol y miseria. Apenas sentía algo.

Andrea se agachó a mi lado y sostuvo mi mano. El mundo giraba a nuestro alrededor, y sabía que no faltaba mucho para que nos desvaneciéramos. Aun así, no estaba lista para sucumbir al sueño. Todavía no. Todavía había algo que tenía que hacer mientras me sentía envalentonada y audaz.

—Lo voy a llamar otra vez, —dije. —Me senté para buscar mi teléfono.

—Ya eso lo hiciste, —dijo Andrea. —¿Recuerdas?

—Solo cuando estaba sobria, —dije. —Todavía no lo he llamado borracha.

—Eso es algo bueno, —dijo Andrea. Sus ojos nadaban mientras intentaba concentrarse en mi rostro. —Las llamadas estando borracha nunca son una buena idea, Danie.

—Eso no es cierto, —dije firmemente. —El alcohol te hace seguro. Fuerte. Necesito decirle algunas cosas a Emilio mientras me siento así todavía.

—Te vas a arrepentir, —dijo Andrea.

—No lo haré.

No sabía si Andrea tenía razón o si la tenía yo, pero no me importaba. En ese momento, solo tenía un pensamiento recorriendo mi cabeza: Emilio. Él necesitaba saber lo mucho que me había lastimado. Él necesitaba saber lo mucho que la había cagado esta noche. Esto, a diferencia de todo lo demás, era imperdonable. Mi corazón estaba hecho pedazos sobre el suelo y, aun así, Emilio no se había molestado en llamarme de vuelta o en enviarme un mensaje. Ya había terminado con él, y él necesitaba saber eso.

—Oh mira, —dije. —Mi teléfono.

Me arrastré por todo el suelo para agarrarlo. Cuando desbloqueé la pantalla, noté que mis dedos se sentían pesados. Lo que no recordaba era que ya le había marcado borracha a Emilio una vez esa noche. Ahora, sin embargo, no me importaba si Andrea escuchaba. No me importaba si todo el

mundo escuchaba. Estaba llamando a Emilio; no me importaban las consecuencias

—¿Estás segura sobre esto?, —preguntó Andrea. Ella seguía acostada de espaldas, mirando al techo fijamente.

—Estoy segura.

Marqué el número de Emilio y presioné el teléfono torpemente sobre mi oído. Fue directo a la contestadora. La voz profunda de Emilio me llenó los oídos. Se me apretó el estómago. Incluso su voz era sexy. Me odiaba a mí misma por pensar en eso, pero no lo podía evitar.

—¡Emilio!, —dije después del bip. —Todavía no me has llamado. ¿Qué demonios? ¿Después de todo por lo que ya me has hecho pasar, simplemente vas a dejarme plantada? ¿Esto es una broma o algo? ¿Estás sentado con Leonard en algún bar, riéndose a expensas de mí? ‘Oh, ¡esa estúpida Daniela! ¡Ella de verdad pensó que yo iba a llegar esta noche! ¡Qué idiota!’

Hice una pausa por el hipo. Se me quemaba la garganta por los remanentes de alcohol que había bebido esa noche, pero seguí adelante.

—Bueno, soy una idiota, —dije. —Soy una idiota por creer que alguna vez te importé. Pensé que habías mentido porque te gustaba, pero no fue así. Mentiste porque eres un mentiroso y nada más. Eres justo un imbécil mentiroso como tu hermano, y no quiero volver a verte nunca más. ¡Nunca!

Andrea resopló a mi lado. Ella tenía razón, yo estaba empezando a divagar. Sonaba ridícula, pero no me importaba. Todavía no había terminado.

—No me llames, —dije. —No te acerques. Nunca más intentes verme. Perdiste tu oportunidad. Te di una segunda oportunidad, y la arruinaste, así que solo mantente lejos de mí. Para siempre.

Colgué y me caí de espaldas inmediatamente. Andrea se rio de mi torpeza, y de repente, me estaba riendo a carcajadas junto con ella. Dimos vueltas en el suelo, las dos con la cara roja y más que borrachas. No fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de lo que había hecho.

No era divertido. Nada sobre esta situación tenía humor y, sin embargo, la risa era lo único que me mantuvo entera esa noche. Andrea y yo nos quedamos dormidas al mismo tiempo, acurrucándonos en el piso de mi sala y dejando que el alcohol nos sumiera en un sueño profundo.

A la mañana siguiente la cabeza me daba vueltas. Mi estómago se sentía como un pozo de lava caliente. Tambaleé hacia el baño y cerré la puerta detrás de mí. Andrea seguía dormida, así que me metí en la ducha e intenté refrescarme la memoria de la noche anterior. Si pudiese quedarme ahí todo el

día, simplemente dejando que el agua caliente se derramara sobre mi piel, lo hubiese hecho.

Pero acerca de unos veinte minutos más tarde, Andrea me llamó desde el pasillo. Ella se tenía que ir a trabajar, así que cerré la ducha y la dejé usar el baño. Nos despedimos rápidamente, pero no estaba lista para que se fuera.

—Gracias por haber venido, —dije. —No estoy segura de si hubiese podido sobrevivir anoche sin ti.

—Tú puedes sobrevivir a lo que sea, Daniela, —dijo Andrea firmemente. —Lo que sea.

Me apretó el brazo y se metió en su auto. Me quedé parada enfrente del jardín hasta que dobló la esquina y desapareció.

Capítulo 30

Emilio

Acerca de las tres de la mañana, Helen y yo vimos a Leo. Él había salido de cirugía hace unas horas, pero ellos querían vigilarlo por un rato. Nos quedamos en la sala de espera, hablando y tomando café para permanecer despiertos. No fue una noche fácil. No solo porque los dos estábamos preocupados por Leo, sino porque las cosas entre nosotros estaban tensas e incómodas.

Mi madre biológica era agradable, mucho más agradable de lo que me había imaginado. Cuando era un niño, la había dibujado como alguien malvado. Frío. Pensé que ella era el tipo de mujer que simplemente no quería ser madre. Resulta que estaba equivocado. Helen era cálida y educada. Cuando finalmente pudimos ver a Leo, se puso en acción inmediatamente. Alisó sus sábanas y le peinó su cabello hacia atrás. Sacudió su almohada y se sentó a unos centímetros de su cama, sosteniendo su mano hasta que salió el sol.

—Deberías irte a casa, —dijo Helen alrededor de las siete de la mañana.

—Estoy bien aquí, —dije. —Quiero estar aquí cuando se despierte.

—Podrían ser un par de días, —dijo Helen. —Los doctores dijeron que él va a estar bien, Emilio. Ya no te tienes que preocupar.

Asentí, pero seguí sin moverme. La idea de irme antes de que Leo abriera los ojos no se sentía correcta.

—Nosotros estuvimos peleando, —dije débilmente. —Antes de su accidente. Habíamos estado peleando.

—¿Sobre qué?, —preguntó Helen amablemente.

—Por una chica, —dije. —¿Daniela? ¿Alguna vez la conociste?

—Sí. —Helen sonrió. —Siempre me gustó Daniela.

—A mí también... —Me quedé mudo, de repente asustado de que Helen podía juzgarme por salir con la ex novia de mi hermano.

—Oh, —dijo Helen. —Así que, ¿ustedes dos estuvieron juntos?

—Sí, —dije. —Sé que suena mal, pero—

—Ey, —dijo Helen riéndose. —Leonard terminó con ella. Ella es un juego limpio hasta donde sé.

Me reí con alivio. Nos acabábamos de conocer, y no quería estar del lado malo del Helen. Me sentí mejor al saber que no le importaba si yo salía con Daniela, pero mi estómago seguía lleno de nudos.

Mi hermano estaba acostado inconsciente en la cama de un hospital después de haber estado toda la noche en cirugía. Estaba roto y lesionado. Él iba a estar bien, pero su recuperación iba a ser dura. Quería estar ahí para él, pero después de todo, sabía que me odiaba.

Fue increíble lo inmediato que desapareció mi rabia la noche anterior. En el segundo en que supe del accidente de Leo, fue como si todo lo demás se hubiese desvanecido. No me importó que intentara sabotear mi relación con Daniela. No me importaban todas las cosas horribles que le dijo a ella de mí. En todo lo que podía pensar era en si iba a sobrevivir. Me odiaba a mí mismo por pelear con él, por no arreglar las cosas antes de su accidente.

—Él te perdonará, —dijo Helen sabiamente. —Ustedes son hermanos. Eso es lo que hacen los hermanos. Ustedes pelean.

—Nunca habíamos peleado así, —dije.

—Porque no crecieron juntos, —dijo Helen con tristeza. —Y eso es mi culpa. Tú y Leo se perdieron tantos años juntos. Lo lamento por eso.

—Está bien, —dije rápidamente. —Yo no estaba diciendo que—

—Lo sé, —dijo Helen. —Pero es la verdad. Tú y Leo solo se están conociendo. Están construyendo una relación y eso es duro. Van a pelear, pero arreglarán las cosas. Los dos se perdonarán, y todo va a estar bien.

—¿De verdad lo crees?, —pregunté.

—Sí lo creo, —dijo Helen. —Pero por ahora, necesitas irte a casa y descansar un poco. Estás exhausto.

Asentí, pero seguí sin moverme. Mis ojos volvieron al rostro dormido de Leo. ¿Y si se despertaba y yo me había ido?

—Yo te llamaré si algo cambia, —dijo Helen. —Lo prometo.

Asentí otra vez y, esta vez, me fui. Caminé lentamente por el pasillo. No fue hasta que llegué a mi auto que me di cuenta de que mi teléfono estaba muerto. No me había traído un cargador conmigo al hospital, y, hasta esa mañana, no me había molestado en mirar mi teléfono.

Mis pensamientos se tornaron hacia Daniela mientras manejaba de regreso a casa. Sabía que estaba confundida y probablemente lastimada, pero

anoche no tuve otra opción. Mi hermano estaba en una condición crítica. Tuve que ir al hospital. Quería llamarla, pero luego apareció Helen. Estuve cara a cara con mi madre biológica por primera vez en mi vida. No sabía cómo actuar o qué pensar.

Aun así, me sentí culpable mientras me dirigía a la autopista. Quería ir directo a la casa de Daniela, pero estaba demasiado cansado para pensar. Dejé que mi cuerpo fuera en modo automático. No fue hasta que llegué a la entrada de mi casa que me di cuenta donde estaba.

—Hogar dulce hogar, —dije conteniendo la respiración.

Con un gruñido, abrí la puerta del auto y entré en mi casa. Puse a cargar mi teléfono sobre mi mesita de noche y me acosté mientras se cargaba. Todo mi cuerpo estaba suplicando por dormir, pero mi cerebro tenía otras ideas. No podía dejar de pensar lo suficiente para que mis ojos se cerraran.

Cinco minutos después, mi teléfono se encendió. Comenzó a vibrar inmediatamente con todas mis notificaciones perdidas. Me volví para ver las seis llamadas perdidas de Daniela y dos mensajes de voz. Mi estómago se apretó mientras presionaba mi teléfono contra mi oído para escuchar.

—Emilio, —dijo Daniela. Su voz estaba llena de emociones, pero podía decir que estaba intentando controlarse. —No sé qué juego estás jugando, pero ¡eres un imbécil de clase mundial por hacer esto! ¡He estado esperándote por tres horas! Ni siquiera has llamado o enviado un mensaje de texto. Al principio estaba preocupada porque te hubiese pasado algo, pero ahora sé que solo eres una persona horrible.

Mi corazón dio un salto cuando escuché esas palabras, pero no fue tan malo como había esperado. Ella estaría bien una vez que le explicara todo. Ella entendería.

Mantuve mi teléfono presionado en mi oído mientras comenzaba a reproducirse el segundo mensaje de Daniela. Desde las primeras palabras que dijo, mis esperanzas estaban acabadas.

—¡Emilio!, —ella prácticamente le gritó mi nombre al teléfono. Pude sentir su rabia como si estuviese de pie justo a mi lado. —Todavía no me has llamado. ¿Qué demonios? ¿Después de todo por lo que ya me has hecho pasar, simplemente vas a dejarme plantada? ¿Esto es una broma o algo? ¿Estás sentado con Leonard en algún bar, riéndose a expensas de mí? ‘Oh, ¡esa estúpida Daniela! ¡Ella de verdad pensó que yo iba a llegar esta noche! ¡Qué idiota!’

Ella hizo una pausa por el hipo, y me di cuenta de que había estado

bebiendo.

—Bueno, soy una idiota, —dijo ella. —Soy una idiota por creer que alguna vez te importé. Pensé que habías mentido porque te gustaba, pero no fue así. Mentiste porque eres un mentiroso y nada más. Eres justo un imbécil mentiroso como tu hermano, y no quiero volver a verte nunca más. ¡Nunca! No me llames. No te acerques. Nunca más intentes verme. Perdiste tu oportunidad. Te di una segunda oportunidad, y la arruinaste, así que solo mantente lejos de mí. Para siempre.

Para el momento en que terminé de escuchar los mensajes, estaba sentado erguido en la cama. La llamé de vuelta con manos temblorosas. No me contestó. La segunda vez que lo intenté, me envió a la contestadora. Finalmente, en el tercer intento, contestó.

—Deja de llamarme, —dijo ella. —Yo no quiero hablar contigo.

—Daniela, —dije. —Por favor, solo déjame explicarte lo que pasó.

—No hay nada que explicar, —soltó ella. —Déjame sola.

Me colgó. Cerré los ojos y me maldije por no haberla llamado más temprano. ¿Cómo pude haber sido tan estúpido? La lastimé tanto que ahora ni siquiera escucharía mi explicación.

Por más cansado que estuviese, sabía que no podía esperar. Me salí de la cama y corrí hacia mi auto. Manejé hacia el pueblo hasta que llegué a la casa de Daniela. Mi cabeza estaba volando mientras corría hacia su puerta de entrada. Toqué fuerte y rápido.

Podía escuchar a Daniela moviéndose por ahí adentro, y cuando hojeé por el mirador, vi lo que era indiscutiblemente su sombra. Ella no se acercó a la puerta, así que toqué otra vez. Y otra vez. Todavía nada. Estaba empezando a perder las esperanzas cuando me di cuenta de que si me iba, ese iba a ser el final. Nunca iba a obtener otra oportunidad.

Decidí que no importaba qué tanto tenía que esperar, me quedaría de pie ahí afuera por horas hasta que finalmente Daniela me dejara entrar. Tenía que explicarme. Daniela necesitaba saber la verdad—que simplemente no la dejé plantada sin razón.

Finalmente, diez minutos después, Daniela vino hacia la puerta. Se paró del otro lado con su mano sobre la manilla. Podía verla a través de la ventana, sus ojos llenos de lágrimas y sus labios juntos con una línea de rabia.

—Por favor, —dije suavemente. —Solo abre la puerta, Daniela.

Cuando lo hizo, la mirada en su rostro fue suficiente para darme un golpe bajo. Di un paso al frente de su mirada fulminante. Puñales salieron de sus

hermosos ojos. Por primera vez, dudaba de si iba a poder ser capaz de arreglar las cosas.

—No quiero escucharlo, —dijo Daniela antes de que pudiera hablar. — No hay nada que puedas decir que pueda arreglar lo de anoche.

—No fue mi culpa, —supliqué.

—¡No lo quiero escuchar!, —gritó ella. —¡Tú me dejaste plantada, Emilio! ¡Te esperé por tres horas! Tres horas de solo estar sentada esperando que aparecieras.

—Lo siento, yo—

—Tus disculpas no significan nada, —dijo Daniela. Su rabia todavía estaba escrita por todo su rostro, pero enterrado en el fondo había algo más. Algo peor. Tenía el corazón roto, y era todo mi culpa.

—Yo nunca quise—

—¡Eso no importa!, —gritó ella. —Solo vete de aquí. No quiero volverte a ver nunca más.

—No lo dices en serio, —dije. —Cuando te diga lo que—

—Ya no tienes que decirme nada, —dijo Daniela. —Ya he escuchado suficiente de ti. Tú me mentiste. Me dejaste enamorarme de ti. ¡Te acostaste conmigo! ¡Todo mientras escondías un secreto grande de mí!

—Eso fue—

—¡Y yo te perdoné!, —soltó Daniela. —Por todo eso, yo te perdoné. Quería que nosotros arregláramos las cosas. Estaba tan emocionada por verte, por celebrar la navidad contigo. No podía esperar para estar contigo otra vez. Pasé todos esos días extrañándote y siendo miserable. ¿Y para qué? ¿Solo para que me dejaran plantada y me vieran la cara de tonta?

—Tú no eres una tonta—

—Tú tienes toda la razón, —dijo Daniela. —Yo no lo soy. Lo cual es por lo que nunca te daré otra oportunidad. Nunca te volveré a ver. Nunca más volveré a hablar contigo.

—Daniela—

—No. —Daniela negó con la cabeza en disgusto. —Ya terminé.

Ella me cerró la puerta en la cara y se fue. Me quedé congelado en su puerta de entrada, solo mirando a través de la ventana y esperando que regresara. Después de unos minutos, levanté mi puño para tocar, pero iba a ser inútil. Antes de que siquiera tocara la puerta, bajé la mano y me di media vuelta.

Mi pecho se sentía pesado mientras me subía a mi auto lentamente.

Encendí el auto, pero no me fui. En vez de eso, me quedé mirando la casa de Daniela. No quería hacer nada más que entrar como fuera y forzarla a que me escuchara. Ella todavía no sabía la verdad. Todavía no sabía nada de Leo.

Y, sin embargo, sabía que me tenía que ir. La mirada en el rostro de Daniela me dijo todo lo que necesitaba saber. Ella había terminado conmigo. Para siempre.

Manejé a casa en una confusión. Mi cuerpo y mi mente estaban ambos destrozados. Después de casi perder a mi hermano, conocer a mi madre biológica, y perder a Daniela, estaba frito. Me tumbé en la cama y dejé que el cansancio me consumiera.

Capítulo 31

Daniela

Pasaron unos cuantos días sin una palabra de Emilio. Una parte de mí estaba contenta de que me hubiese tomado en serio y se haya apartado. No podía soportar la idea de verlo otra vez. Solo pensar en él era suficiente para reducirme a un charco furioso de emociones. Las lágrimas surgieron en mis ojos con poco o ningún incentivo y, de pronto, lo único que podía hacer para sacármelo de la mente era el trabajo.

Me dediqué a escribir. Mi jefa me envió tres tareas, y las terminé en pocos días. Ser incapaz de dormir ayudaba con mi escritura más que nada. Incluso me había sentado y había escrito unos capítulos más de mi libro. Cuando no estaba escribiendo, estaba tomando largas caminatas alrededor del pueblo solo para tener algo que hacer. Cualquier cosa que me sacara a Emilio de la mente.

Envié mi última tarea el viernes por la noche y decidí mirar una película. Mi sofá nunca se había sentido más cómodo mientras me acurrucaba en una bola y ponía una manta sobre mí. Miré dos películas, apenas prestándole atención a cada una. Aun así, mantuve mis ojos pegados a la televisión. No fue hasta que mi teléfono sonó que aparté la mirada.

Cuando miré mi teléfono, vi un número desconocido aparecer en la pantalla. Frunciendo el ceño intenté pensar si lo había visto antes. No lo había hecho. Pensé en ignorarlo, pero tenía miedo de que fuese Andrea o mis padres llamando de un número diferente.

—¿Hola?, —pregunté, llevándome el teléfono al oído.

—Daniela, soy yo. Leonard. No cuelgues, ¿está bien?

Me congelé. La voz de Leonard era lo último que esperaba escuchar cuando contesté el teléfono. Consideré la posibilidad de que podía ser Emilio, llamando de un número desconocido para hacerme contestar. Su hermano nunca me cruzó la mente.

—Leonard, —dije lentamente. —¿Por qué me estás llamando de un

número raro? De hecho, ¿por qué me estás llamando del todo? Yo no tengo nada que decirte a ti.

—Lo sé, —dijo Leonard con un suspiro. —Y no te culpo por eso. Últimamente he sido un completo imbécil.

—No discutiré sobre eso, —dije.

Leonard suspiró otra vez, y me levanté del sofá. Si iba a hablar con él, no podía permanecer sentada. Caminé alrededor de mi sala, esperando que se explicara.

—Escucha, —dijo él. —Hay algo que necesitas saber.

—No estoy interesada en nada que tú o tu hermano tengan que decir, —solté.

—Lo estarás, —dijo Leonard. Su seguridad solo me ponía más furiosa. —Estuve en un accidente de tránsito realmente malo hace unos días. El día después de navidad. Por eso es que te estoy llamando de este número. Todavía sigo en el hospital.

La boca se me cayó, pero no salieron ningunas palabras. Eso no era para nada lo que pensé que diría él. Esperaba que dijera algo sobre quererme de vuelta o algo sobre en lo horrible que se había convertido Emilio. Desde el primer momento en que escuché su voz, pensé que Leonard estaba llamando para jugar con mis emociones como lo había hecho un millón de veces antes.

—¿Estás bien?, —pregunté. Mi voz se partió, pero me aclaré la garganta y proseguí. —Quiero decir, ¿qué pasó?

—Yo voy a estar bien, —dijo Leonard rápidamente. —Esa noche me llevaron a cirugía, y he estado en recuperación desde entonces. Me quitaron el bazo. Tengo unos cuantos huesos rotos, y mis riñones están un poco destruidos.

—Oh dios mío.

—Pero estoy bien, —dijo Leonard de nuevo. —Y esa no es la razón por la que te estoy llamando.

—¿No lo es?, —pregunté

—No. —Leonard respiró profundo antes de continuar. —Emilio estuvo aquí esa noche. Sé que ustedes dos tenían planes, y sé que tú pensaste que él te dejó plantada, pero no lo hizo. Él recibió el mensaje de que yo estaba en el hospital y vino hasta acá sin pensarlo. No fue su culpa, Daniela. Solo hizo lo que cualquier buen hermano hubiese hecho, a pesar de que yo no lo merecía.

—¿Él estuvo ahí?, —pregunté. —¿El martes en la noche?

—Sí, —dijo Leonard con firmeza. —Él estuvo aquí toda la noche. Mi

mamá dijo que no se fue hasta la mañana siguiente a primera hora.

—Yo— —Comencé a hablar, pero las palabras de Leonard se registraron de repente. Su mamá estaba ahí. La madre biológica de Emilio, a la que nunca antes había conocido.

—Por eso es que nunca llamó, —dijo Leonard suavemente. —Cuando llegó aquí estaba listo para llamar y explicarse. Luego vio a nuestra madre y él solo, bueno, te podrás imaginar cómo debió sentirse eso.

—Sí, —dije. —No lo puedo creer.

—Suenas como una locura, —dijo Leonard. —Pero es la verdad. Emilio no hizo nada malo. No te dejó plantada. No se olvidó de ti. Él solo tuvo un infierno de noche.

—Soy una idiota, —dije, hablándome más a mí misma que a Leonard.

—¿Por qué?, —preguntó Leonard.

—Yo ni siquiera lo dejé que me explicara, —dije. —Simplemente le cerré la puerta en la cara.

—Estoy seguro de que no te culpa, —dijo Leonard amablemente. —Tú estabas molesta. No sabías lo que había pasado.

—Pero debí haber dejado que me explicara, —dije. —No puedo creer que hice eso.

—Todavía puedes arreglarlo, —dijo Leo. —Por eso es que te lo estoy diciendo.

No sabía qué decir. Era lo suficientemente raro que Leonard me llamara, pero que defendiera a Emilio, era como si todo mi mundo se me volteara.

—¿Por qué estás haciendo esto?, —pregunté suspicazmente. —Tú habías dejado muy claro que no querías que yo estuviera con Emilio.

—Porque estaba equivocado, —dijo Leonard. —Estaba siendo egoísta, y lo siento mucho.

En todos los años que tenía conociendo a Leonard, solo lo había escuchado disculparse pocas veces. Él no era el tipo de hombre que admitía cuando estaba equivocado. Cuando mucho, él si iría a los golpes solo para probar que tenía la razón. Quizás su roce con la muerte lo había cambiado.

—Emilio y tú obviamente se importan el uno al otro, —dijo Leonard. —Y yo no debí haberme metido en el camino de eso. Lo siento, Daniela. De verdad lo siento.

—Gracias, —dije suavemente. —Pero eso no cambia lo que hice. Emilio no me va a hablar después de que le cerré la puerta en la cara.

—Él lo hará, —dijo Leonard. —Por supuesto que lo hará.

Leonard y yo hablamos un poco más, mayormente de las cosas que los dos lamentábamos por la forma en que habían terminado las cosas. Él sabía que era afortunado de estar vivo y no quería desperdiciar el regalo y continuar siendo un gran imbécil. Admitimos que nunca fuimos lo correcto para el otro, y prometimos mantenernos civilizados por el bien de Emilio. Fue duro, pero la conversación terminó bien.

—Ve a verlo, —dijo Leonard. —Solo inténtalo.

—Está bien.

Me despedí y me quedé mirando mi teléfono. Pensé en llamar a Emilio para ver si nos podíamos encontrar, pero eso no se sentía bien. Después de todo, sabía que necesitábamos hablar en persona. Esta no era una conversación que debíamos tener por teléfono.

Metiéndome el teléfono en el bolsillo, corrí hacia afuera. Estaba helado, pero apenas lo sentí. Lo único que había en mi mente era ir a la casa de Emilio y arreglar las cosas.

Mientras manejaba hacia el pueblo, me maldije a mí misma por ser tan estúpida. ¿Cómo pude dejar que la rabia sacara lo peor de mí así? ¿Por qué no solo dejé que Emilio se explicara a él mismo? Todo esto pudo haberse evitado si yo solo hubiese dado un paso atrás y me calmaba. Me sentía como una idiota mientras empujaba el pie contra el acelerador y cruzaba hacia la calle de Emilio.

Las luces estaban encendidas cuando llegué a su casa. Apagué mi auto y corrí a la puerta de entrada. Cuando toqué, estaba sin aliento y pude sentir mi cabello azotándose la cara por el viento.

—¿Daniela? —Los ojos de Emilio se ensancharon de la sorpresa cuando me vio parada ahí. Se quedó parado en su puerta, mirándome fijamente como si no estuviese seguro de que yo era real.

—Seguro. —Emilio se apartó y me dejó pasar.

Me guió hacia la sala e hizo un gesto hacia una silla para que tomara asiento. Negué con la cabeza y en vez de eso caminé hacia la fogata. Estaba encendida, y las llamas calentaron mi cuerpo, enviando olas de seguridad flotando hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?, —dijo Emilio suavemente. —Quiero decir, estoy feliz de verte, pero pensé... Bueno, no creí que te volvería a ver nunca más.

—Honestamente, yo tampoco, —dije.

—Entonces—

—Lo siento, —dije rápidamente. —Cometí un gran error el otro día. Debí haberte escuchado cuando fuiste a explicarme.

—Estabas molesta, —dijo Emilio encogiéndose de hombros. —Yo lo entiendo.

—Eso no mejora las cosas, —dije. —Si yo hubiese sabido lo que pasó, yo nunca hubiese—

—¿Lo que pasó?, —interrumpió Emilio. —Quieres decir, tú sabes sobre...

—Leonard, —dije asintiendo. —Sé sobre su accidente y sobre tu madre biológica. Lo sé todo.

—¿Cómo? —Emilio parpadeó y dio un paso hacia mí. Buscó mi rostro, más confundido que nunca.

—Leonard me llamó para explicarme todo, —dije. —Me contó todo sobre el accidente. Dijo que tú estuviste toda la noche en el hospital y que por eso es que no llamaste nunca.

—Yo iba a, —dijo Emilio. —Tenía el teléfono afuera, listo para marcar tu número cuando apareció Helen.

Asentí. —Leonard me contó sobre eso también.

—Yo no me olvidé de ti, —dijo Emilio con firmeza. —Nunca podría hacer eso. Es que yo... Es solo que no pensé. Estaba distraído. Todo pasó tan rápido.

—No tienes que explicarlo, —dije. Me acerqué hacia él y tomé sus manos. Se veía sorprendido, pero no se alejó. —No tienes que explicar nada.

—Lo siento. —Su voz sonaba suave y baja.

—Tú no hiciste nada malo, —dije con una risa. —Yo soy la única que debería disculparse. Debí haber estado ahí para ti. Debí haber sido la persona que podías llamar para hablar sobre esto, y en vez de eso, yo solo te alejé de mí. Lo siento tanto, Emilio.

—Solo estoy contento de que estés aquí ahora, —dijo Emilio.

Su sonrisa estaba débil e insegura, pero estaba ahí. Ahora que tenía la oportunidad de realmente mirarlo, vi lo cansado que estaba. Sus ojos azules oscuros estaban irritados por la falta de sueño. Había bolsas debajo de ellos, y sus mejillas lucían hundidas. Me odiaba a mí misma por dejar que lidiara con todo solo.

—¿Cómo fue ver a tu madre?, —pregunté amablemente.

Emilio suspiró y me llevó hacia el sofá. Nos sentamos juntos, todavía sosteniendo la mano del otro.

—Fue duro, —dijo él. —Pero también estuvo bien. No lo sé. Hemos hablado un par de veces desde entonces, pero no sé cómo está nuestra relación en este momento. Es confuso.

—Lamento que no estuve ahí para ti, —dije.

—Te extrañaba, no sabes lo difícil que han sido estos días sin ti, —dijo Emilio.

Nuestros ojos se encontraron, y no pude evitar besarlo. En el segundo que sus labios tocaron los míos, sentí que todo mi cuerpo se derritió. Suspiré y me senté sobre él, dejando que enrollara sus brazos alrededor de mi cintura y me atrajera contra su pecho fuertemente.

El beso fue lento, amable, y suave al principio. Me besó ligeramente, apenas tocando mi lengua con la suya. Pero de repente, su agarre en mi cintura se apretó, y sus labios se pusieron más insistentes contra los míos. Estaba respirando con dificultad, mis mejillas se sonrojaron con deseo.

Emilio se separó solo lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Te amo, —dijo él. —Debí haber dicho eso hace mucho tiempo, pero lo hago. Te amo, Daniela.

—Yo también te amo.

Sonreí y Emilio me sonrió otra vez. Nos dejamos caer en el sofá, Emilio presionándome hacia abajo con sus brazos fuertes. Me besó fuerte y rápido, recorriendo sus manos por todo mi cuerpo y haciendo imposible que pudiera pensar.

Jamás me imaginé que estaría con él otra vez. Nos habíamos hecho pasar por tanto el uno al otro en tan corto tiempo que estaba segura que habíamos terminado para siempre. Estar de vuelta en sus brazos se sentía como un sueño, algo fuera de la vida de alguien. Era irreal, pero no me importaba. Me rendí ante mis emociones y finalmente me dejé llevar.

Capítulo 32

Emilio

El cuerpo de Daniela estaba presionado firmemente contra el mío mientras la tendía de espaldas sobre el sofá. Nuestro beso se había tornado de gentil a lujurioso y necesitado. No podía separarme de ella. Todo lo que quería era sentir su piel desnuda contra la mía. Había esperado demasiado por este momento. Apenas estuvimos separados por una semana y, aun así, fue demasiado. Pasaron demasiadas cosas. Hubo demasiado entre nosotros. Mientras la besaba, dejé que mis manos exploraran su cuerpo como si nunca antes hubiese sentido algo como ella.

Ella gimió contra mis labios y enrolló sus piernas alrededor de mi cintura. Acaricié sus piernas, deseando que sus pantalones se desvanecieran y no quedara nada entre nosotros.

—Extrañaba tanto esto, —gimió Daniela mientras movía mis labios hacia abajo por todo su cuello. Besé cada centímetro de su piel al que tenía acceso. Ella sabía increíble y, de pronto, mi pene estaba intentando liberarse de mis pantalones.

—No tienes idea de lo mucho que te deseo en este momento, —gruñí y mordisqueé su piel. Gimió y apretó sus piernas incluso más a mi alrededor.

Me atrajo hacia ella, levantando sus caderas hacia arriba contra mí. Gemí y mordí su cuello otra vez. Mis labios trazaron una línea hacia el lóbulo de su oreja, haciéndola temblar y arquear su espalda con necesidad.

Sus manos barrieron mi espalda, intentando atravesar mi camisa desesperadamente. Sabía que no iba a durar ni un segundo más en ese sofá. Tenía que tenerla.

—Ven aquí. —La levanté del sofá y la cargué por toda la casa hacia mi habitación. Cuando llegamos a la habitación, empujé la puerta y la acosté suavemente sobre la cama. Mirándola, mi corazón golpeaba fuerte en mi pecho.

—Eres perfecta, —dije.

Ella sonrió y se sentó, sacándose la camisa por su cabeza lentamente. La observé, sintiendo mi pene quejarse. Dejó caer su camisa al suelo y luego se acercó hacia atrás para desabrochar su sujetador. Sus ojos nunca abandonaron mi rostro.

Recorrí su cuerpo, apreciando toda la vista de sus senos desnudos y su abdomen. Cuando se puso de pie para quitarse los pantalones, estuve completamente deshecho. Ya no podía soportarlo más. Sin pensarlo, me lancé hacia adelante y prácticamente la abordé de prisa.

Se recostó hacia atrás en la cama, sonriendo mientras yo buscaba sus labios frenéticamente. Nos besamos mientras me incliné hacia abajo para sacar sus pantalones de sus piernas. Ella los lanzó mientras yo deslizaba mi mano dentro de sus bragas, tocando sus pliegues con mis dedos con desesperación.

—Oh mierda, —gemí mientras sentía lo húmeda que estaba por mí.

—Te deseo, —me susurró en el oído. Sus dedos se enredaron en mi cabello, halándome mientras levantaba sus caderas. Se presionó contra mis dedos. —Te deseo demasiado.

El tono de su voz me estremeció. Le besé los labios, jugando con su lengua por una fracción de segundo antes de separarme.

Me quité la ropa antes de que Daniela pudiese moverse si quiera. Finalmente, mi piel desnuda podía respirar. Estaba ruborizado del deseo. Mi pene estaba tan duro como una roca mientras me cernía sobre Daniela. Ella me miró fijamente, sus ojos azules pálidos nadando con emoción.

Había tantas cosas que le quería decir en este momento, tanto sobre cómo me sentía y lo arrepentido que estaba. Pero ya no importaba nada de eso. Lo único que importaba era que finalmente estábamos juntos.

Le besé el abdomen suavemente, dejando que mi lengua trazara círculos sobre su piel. Ella se estremeció y gimió, peinando mi cabello hacia atrás y dejando que sus dedos se presionaran en la parte posterior de mi cuello. Mientras descendía más, pude sentir sus piernas temblar con anticipación. Ella me deseaba tanto como yo la deseaba a ella.

Mi lengua encontró su clítoris, y ella gritó con necesidad. Sus caderas se elevaron hacia arriba, colgando contra mi cara mientras yo dejaba que mi cuerpo tomara el control. No pensaba. Solo sentía. Daniela gimió y se retorció debajo de mí, halando mi cabello y aruñando mi espalda.

Los sonidos que se escaparon de sus labios fueron suficiente para hacerme perder la cabeza. No podía detenerme, no mientras ella estaba

acercándose al borde del placer. Quería escucharla gritar mi nombre, sentir el abrazo de esos muslos perfectos alrededor de mi cabeza.

—Estoy tan cerca, —gimió ella y arqueó su espalda otra vez.

Mi lengua trabajó más rápido, haciéndola gemir y menearse con necesidad renovada. Ella estaba a tan solo segundos cuando deslicé un dedo dentro de ella.

—¡Oh dios!, —gritó ella mientras movía mi dedo en sincronía con mi lengua. —¡Emilio!

Cuando se vino, fue un grito que sacudió a toda la tierra que hizo que mi estómago se apretara y que mi pene chorreara. Mi cuerpo la pedía a gritos y no sabía por cuánto tiempo más me iba a poder negar lo único que necesitaba más que cualquier otra cosa.

Daniela estaba jadeando cuando saqué mi dedo de ella. Estaba goteando por su orgasmo, una expresión de éxtasis en su rostro. Deslicé su cuerpo hacia arriba, dejando que mis labios cayeran sobre sus senos suavemente. Se estremeció otra vez y gimió, enrollando sus brazos alrededor de mi cuerpo para que me abrazara a ella.

—Eso estuvo increíble, —suspiró ella.

—Ni siquiera he comenzado contigo todavía, —dije.

Los ojos de Daniela se ensancharon, y me sonrió maliciosamente. La besé fuerte, golpeando mis labios sobre los suyos mientras mi pene rozaba sus pliegues húmedos. Meneé mis caderas hacia adelante, presionando más fuerte contra ella y haciéndola gemir con deseo.

—Por favor, —susurró contra mis labios.

Eso era todo lo que necesitaba. Me deslicé dentro de ella en un movimiento. Jadeó cuando me enterré dentro de ella. Gemí y cerré los ojos. Me quedé congelado por unos pocos segundos, solo disfrutando el placer que ya se estaba esparciendo por todo mi cuerpo.

Daniela me abrazó fuerte, y se sintió increíble, incluso mejor de lo que se había sentido antes. Por primera vez en días sentía que finalmente nos estábamos acercando otra vez. Como si nada pudiese separarnos.

—Te amo, —dijo ella.

Sus palabras cayeron en mis oídos y me impulsó hacia adelante. Gemí y meneé mis caderas hacia adelante. Ella jadeó y se aferró a mi cuerpo sudoroso. Nos movimos juntos hacia adelante y hacia atrás, dejando que nuestras emociones nos guiaran y que nuestros cuerpos llevaran el ritmo.

—Te amo tanto, —le dije.

Dije las palabras una y otra vez, susurrándole en los oídos y contra sus labios. Nos besamos y recorrimos nuestras manos sobre el otro. Nunca nos quedábamos quietos. Ni por un solo segundo.

Mientras la tomaba más rápido, enrolló sus piernas alrededor de mi cintura y me atrajo más profundo. Gemí y dejé que mi cabeza cayera contra su cuello. Estaba jadeando, enterrando sus uñas en mi espalda. Podía sentir que su vagina ajustada se empezaba a contraer alrededor de mi pene.

Ella estaba a segundos de tener otro orgasmo, pero yo no estaba cerca de terminar. Quería pasar toda la noche enterrado bien profundo dentro de ella. No quería que este momento se acabara nunca.

Cuando se vino, susurró mi nombre. De alguna forma eso fue más excitante que sus gritos de placer. Susurró mi nombre mientras las olas de placer recorrían su cuerpo. Sentí sus temblores contra mí y mi pene suplicaba por más.

En un movimiento nos giré a los dos y coloqué a Daniela arriba de mí. Llevó sus manos sobre mi pecho y me miró fijamente con lágrimas en sus ojos. Cuando se inclinó hacia adelante, reclamé sus labios y hundí mis caderas hacia arriba.

Me mordió el labio y empujó sus caderas contra mí. Me montó lentamente al principio, dejándome disfrutar la nueva posición antes de que su cuerpo tomara el control. Se movió más rápido y más fuerte, golpeando su trasero perfecto hacia abajo hasta que mi cabeza se estiró hacia atrás y golpeó las almohadas.

—A la mierda, —gemí y agarré su trasero, empujando mis caderas hacia arriba mientras ella continuaba montándome.

Estábamos en sincronía perfecta. Habíamos estado juntos antes, y cada vez era increíble, pero esto estaba por encima de cualquier cosa que me pudiera haber imaginado. El cuerpo de Daniela encajaba perfectamente alrededor del mío. Con ella me sentía en casa. Todo era perfecto.

—Oh dios, —gritó mi nombre otra vez, justo mientras yo me dejé ir finalmente.

Mis caderas se presionaron hacia arriba, y mis músculos se contrajeron mientras la abrazaba por lo que se sintió una eternidad. La atraje más cerca hacia mi pene, dejando que el placer nos golpeará a los dos.

Daniela tenía la respiración entrecortada, y cuando nos relajamos finalmente, unas lágrimas estaban recorriendo su rostro.

—¿Estás bien?, —pregunté frenéticamente.

—Eso estuvo increíble. —Ella estaba sin aliento. —Mejor que increíble.
—Te amo, —dije rápidamente. —Te amo como no imaginas.

Ella me besó largo y fuerte mientras se giraba para acostarse a mi lado. Mis brazos se movieron para enrollarse alrededor de su cuerpo tembloroso. Permanecimos toda la noche abrazados, susurrando —Te amo, —hasta que los dos nos quedamos dormidos.

Capítulo 33

Daniela

Cuando Emilio y yo nos despertamos a la mañana siguiente, ninguno de los dos se quería levantar de la cama. El sol estaba asomándose a través de las cortinas, y el aire fresco hizo que nos acurrucáramos más debajo de las sábanas. Reposé mi cabeza sobre su pecho mientras él recorría sus dedos por mi cabello. Todavía había muchas cosas de las que teníamos que hablar, pero no quería arruinar el momento.

—Estaba pensando, —dijo Emilio. —Quizás deberíamos ir a visitar a Leonard hoy.

Asentí. —Seguro. Es una buena idea.

—¿Sería eso demasiado raro para ti?, —preguntó Emilio.

Me reí. —No. Ayer terminamos nuestra conversación en buenos términos. Creo que de verdad se siente mal por lo que pasó.

—Yo también lo creo, —dijo Emilio. —Él se ha estado disculpando conmigo sin parar desde su accidente. Quizás le operaron algo en el cerebro y no nos lo dijeron.

Me reí de nuevo y Emilio se unió. Se sentía increíble simplemente estar aquí en sus brazos. No quería moverme nunca, pero él tenía razón. Ver a Leonard era lo correcto.

—Puede que Helen esté ahí, —dijo Emilio. Su tono de voz estaba bajo como si estuviese hablando más para sí mismo.

—Pensé que habías dicho que las cosas estaban bien entre ustedes, —dije. Hice trazos sobre su pecho con mis dedos.

—Lo están, —dijo él. —Pero no lo sé. Puede que sea raro. Quiero decir, tú la conoces, ¿cierto? ¿Tú la conociste cuando Leo y tú estaban juntos?

—Un par de veces. —Asentí. —Helen es genial.

—Lo es, —dijo Emilio.

—¿Te preocupa que tenga algún problema con nosotros?, —pregunté.

—No, —dijo Emilio. —Ella ya sabe sobre nosotros.

—¿Lo sabe? —Me senté, sorprendida de escuchar eso.

—Sí, —dijo Emilio. —Ella dijo que desde que Leo terminó contigo, tú eres un juego limpio en lo que a ella respecta.

Me reí y asentí. —Sí. Eso suena como a Helen.

—Ella dijo que le agradas mucho, —dijo Emilio.

—Nosotras nos llevábamos bien, —dije encogiéndome de hombros. —Leo no me llevaba a verla muy frecuentemente. Y de nuevo, Leo no me llevaba a ver a muchas personas.

—Él es un idiota, —dijo Emilio firmemente. —Todos sabemos eso. Pero parece que este accidente lo ha hecho poner las cosas en perspectiva.

Sonreí y recosté mi cabeza sobre su pecho otra vez. Pasamos el resto de la mañana solo descansando. Nos acostamos en la cama, besándonos y tocándonos hasta que no pudimos soportar más la tensión. Desayunamos, nos dimos un baño, y luego decidimos que era hora de dirigirnos al hospital.

Emilio sostuvo mi mano en el camino a Dallas. Me había estado tocando suavemente toda la mañana. Quitándose el cabello de la cara, enrollando su brazo alrededor de mi cintura, haciendo trazos con sus dedos sobre mi espalda baja. Se sentía como si él no quisiera que permaneciera muy lejos de él, como si tuviese miedo de que pudiese desaparecer de repente.

Llegamos al hospital justo después del almuerzo. Leonard estaba sentado en la cama con Helen sentada en la orilla del colchón.

—¡Ey!, —dijo Helen cuando entramos. —No esperaba verlos hoy aquí.

—Pensamos que estaría bien pasar un rato, —dijo Emilio, mirándome intencionadamente.

—Daniela. —Helen sonrió y extendió sus brazos para que la abrazara. —Es bueno volverte a ver.

La abracé y luego miré a Leonard. Nos estaba mirando detenidamente, mirando desde mi rostro al de Emilio y luego lo mismo otra vez.

—¿Cómo te sientes?, —pregunté

—Genial, —dijo él. —Es bueno verte, Danie.

Él sonrió, y supe que todos estaríamos bien. Emilio se apresuró para abrazar a su hermano mientras yo di un paso atrás. Helen y yo charlamos por un rato. Le conté sobre mi mudanza a Ennis y mi nuevo empleo. Ella habló sobre su nuevo novio y lo genial que era él. Todos hicimos planes para reunirnos tan pronto como dieran de alta a Leo del hospital.

De alguna manera era extraño, estar con los dos Leonard y Emilio, pero también se sentía bien. Como si esta fuera la forma en que siempre estuvo

destinado a ser.

—Te dije que iba a funcionar, —dijo Leonard en voz baja cuando me senté a su lado. —Él te ama, ya sabes.

—Lo sé. —Miré a Emilio y sonreí. Él estaba de pie a un lado hablando con Helen. Los dos lucían nerviosos, pero podía decir que se estaban haciendo más cercanos.

—¿Eres feliz?, —preguntó Leonard.

Lo miré. Me estaba mirando fijamente con un ligero ceño fruncido en su rostro. Nunca antes lo había visto mirarme de esa forma. Ni una vez durante toda la relación había lucido tan preocupado por mi bienestar.

—Soy más feliz que nunca, —dije, incapaz de esconder mi sonrisa. —De verdad lo soy.

Leonard asintió y sonrió. Miró a Emilio y luego a mí otra vez como si no pudiera imaginar nada mejor.

—¿Qué te pasó durante ese accidente?, —me reí. —Eres como una persona totalmente diferente.

—Me siento como tal, —dijo Leonard. Se encogió de hombros. —Supongo que ya terminé de ser un imbécil, ¿sabes? La cercanía con la muerte te da un poco de perspectiva. Hay cosas más importantes. La vida es demasiado corta.

Hablamos por un rato más hasta que Emilio decidió que era hora de irse. Todos nos dimos abrazos de despedida y prometimos vernos pronto. Helen me abrazó dos veces antes de que Emilio y yo saliéramos al pasillo. Nos tomamos de las manos mientras salíamos hacia el estacionamiento. Incluso ahora, Emilio no quería que me alejara demasiado.

—No me voy a ir a ninguna parte, —le dije mientras regresábamos a Ennis. —Sé que tienes miedo de eso.

—¿Qué te hace decir eso?, —preguntó Emilio inocentemente.

Me encogí de hombros. —Solo puedo decirlo.

—Yo solo no quiero perderte otra vez, —dijo Emilio.

Él estaba mirando atentamente a través de la ventana, su frente arrugada, y sus ojos estrechos contra la luz del sol.

—No me perderás.

Emilio y yo pasamos los siguientes días refugiados en su casa. Intercambiamos los regalos de navidad sin importar que ya no era navidad. Mientras esperábamos por la víspera de Año Nuevo, pretendimos como si el

mundo se hubiese detenido. Ordenamos comida y permanecemos en nuestros pijamas, sorbiendo chocolate caliente y haciendo el amor cuando nos placía.

Cuando abrí el árbol de cristal de navidad que me trajo Emilio, mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad. Recordé esa noche en la plaza del pueblo. No había sido hace mucho y, aun así, se sentía como una vida diferente. Las cosas habían vuelto a ser simples, tan fáciles. Ahora habíamos ido y regresado al infierno juntos y, de alguna manera, éramos más fuertes que nunca.

—Es perfecto, —susurré. —¿Dónde lo encontraste?

—En la tienda de Annabelle, —dijo Emilio. —Me recordó al encendido de luces en el pueblo.

—A mí también. —Sonreí. —Justo en eso estaba pensando.

Emilio sonrió mientras yo colocaba el árbol de cristal sobre la mesita del centro para admirarlo. Era precioso. Cuando capturaba la luz brillaba mucho más que nada en la habitación. La luz se reflejaba fuera de su superficie y llenaba la sala de un brillo resplandeciente. Nunca había visto algo más hermoso.

—Gracias, —dije. Me acerqué para besarlo y, de repente, estaba cargándome hacia la cama.

Pasamos el resto del día enterrados debajo de las sábanas, explorando los cuerpos del otro y riéndonos hasta quedarnos sin aire.

Esa noche nos quedamos hablando hasta tarde. Hicimos planes para nuestro futuro y hablamos sobre nuestros pasados. Compartimos secretos que ninguno de los dos le había dicho nunca a ningún alma. Era como si existiéramos en nuestra propia pequeña burbuja que nada ni nadie podía penetrar.

—¿A dónde quieres ir?, —me preguntó Emilio.

—¿A qué te refieres?, —pregunté.

—Si pudieras ir a cualquier sitio, ver cualquier cosa, ¿qué sería eso?, —preguntó él.

—La Torre Eiffel, —dije sin pensarlo. —Eso es fácil. Siempre he soñado con ir a París.

—¿Nunca has ido? —Emilio sonó sorprendido.

—Nunca he salido de los Estados, —dije encogiéndome de hombros. —París siempre ha estado en mi lista de bolsillo.

—Puedo vernos ahí, —dijo Emilio. Sonrió suavemente y cerró los ojos. —Haciendo el amor enfrente de la Torre Eiffel. Sí, definitivamente puedo ver

eso.

Le di una palmada en el brazo juguetonamente. Se rio con su risa profunda y áspera y después me abrazó hacia él.

—Aunque hablo en serio, —dijo Emilio. —Tengo tantas cosas que quiero hacer contigo. Tantas experiencias que quiero que compartamos.

—¿Como qué?, —pregunté.

—Todo, —dijo Emilio. —Empezaremos con París. Nos besaremos enfrente de la Torre Eiffel. Después iremos a Venecia y montaremos en góndola. Quizás nademos en las costas de Australia. Vayamos de safari en África.

—Uau, —dije. —De verdad quieres decir todo.

—Todo, —dijo Emilio asintiendo con determinación. —Si tú quieres ir. Lo besé y sonreí.

—Aunque hay algo que quiero hacer primero, —dije.

—¿Qué es?, —preguntó él.

—La Víspera de Año Nuevo es mañana, —dije. —Un buen beso a la medianoche es algo que nunca he experimentado. Ni una vez.

—Yo tampoco, —dijo Emilio.

—¿De verdad?

—De verdad.

Sonreímos y nos hundimos en el otro. Solo salíamos de la cama de Emilio para buscar comida y para usar el baño. Los dos nos dormimos y despertamos esa noche, abrazándonos fuertemente el uno al otro y besándonos cada vez que queríamos.

Al día siguiente fuimos al pueblo para buscar unas cosas para una celebración. La Víspera de Año Nuevo era nuestra oportunidad para recuperar lo de navidad. Ese día no nos vimos, así que queríamos que esta celebración fuese perfecta, especialmente nuestro beso a la medianoche.

Compramos adornos y comida, champagne y copas lujosas. Era una fiesta solo para nosotros, pero no nos importaba. Pasamos todo el día haciendo las preparaciones del día y dejando todo listo.

—Esto es una locura, —dije cuando todo estaba listo. —Siento como que deberíamos invitar a todo el pueblo o algo.

Miré alrededor de la sala. Estaba cubierta de adornos de Año Nuevo. La botella de champagne estaba enfriándose en un tobo de metal sobre la mesa, dos copas colocadas a cada lado. Platos de comida acompañándolas, y teníamos un tazón con dulces en cada superficie plana. Lucía como los

preparativos para una noche genial, pero definitivamente no como una noche tranquila para dos.

—No vamos a invitar a nadie más, —dijo Emilio firmemente. —Esto es solo para nosotros. Solo para ti.

Me besó ligeramente y luego me giró alrededor de la sala. Bailamos por horas, riendo y dejando que desapareciera el resto del mundo.

Encendimos la televisión cuando era casi medianoche para observar la bola caer en la Ciudad de Nueva York. También era algo que ninguno de los dos había hecho.

—Iremos un año, —dijo Emilio. —Podemos mirarlo en persona.

—He escuchado que New York es una locura en el Año Nuevo, —dije. —Demasiadas personas.

—¿A quién le importa?, —dijo Emilio. —Aun así nos divertiremos.

—Está bien, —dije. —Iremos un año.

Emilio sonrió y enrolló sus brazos a mi alrededor. Observamos mientras comenzaba el conteo. Emilio suspiró en mi oído durante todo el tiempo.

—Diez, —dijo. —Nueve... ocho...

Sonreí mientras su aliento tibio me hacía cosquillas. Me besó el lóbulo de la oreja cuando faltaban siete segundos. A los seis, me besó en la mejilla. A los cinco, me besó la nariz.

—Cuatro, —dijo. —Tres... dos...

Sus labios estaban a pocos centímetros de los míos, y cuando la multitud en la Plaza del Tiempo gritó —¡Feliz Año Nuevo! —ya nos estábamos besando. Se sintió como si los gritos en la televisión eran solo para nosotros. Nos quedamos congelados en el tiempo, besándonos en la sala de Emilio, mientras el resto del mundo celebraba la llegada del año.

Finalmente, Emilio me levantó y me cargó al sofá. Ni siquiera intentamos llegar a su habitación antes de que empezáramos a quitarnos la ropa.

Epílogo

Emilio

Fue a finales de junio cuando Daniela y yo finalmente fuimos a París. Intenté llevarla antes, pero entre el trabajo y la recuperación de Leo, simplemente no teníamos tiempo. Finalmente, seis meses después de nuestro beso de Año Nuevo, estábamos en un avión volando a Francia. Cuando aterrizamos ya era tarde y todo lo que queríamos hacer era dormir. Pasamos la mayoría de la noche en nuestro hotel, sin dejar la cama a menos que tuviésemos que hacerlo.

—¿Qué quieres ver mañana?, —le pregunté a la mañana siguiente.

—Eso va a ser esta noche, —dije. —Lo prometo.

—¿Por qué esperar?, —preguntó ella. Ella expuso su labio inferior en un puchero que casi me rompe, pero contuve mi gemido. Tenía grandes planes para nosotros esa noche, y nada, ni siquiera la impaciencia de Daniela, se iba a meter en el camino.

—Tenemos una reservación, ¿recuerdas?, —pregunté.

—Lo sé, lo sé. —Daniela gruñó, pero sonrió.

Ella estaba tan feliz de finalmente estar en París. Habíamos hablado de este viaje por tanto tiempo que ninguno de los dos pensó que de verdad iba a pasar. Cada vez que intentaba reservar el vuelo y las habitaciones de hotel, pasaba algo. Fuese mi trabajo, o el trabajo de Daniela, o la recuperación de Leo o que se mudara a Ennis, siempre había algo que se metía en el camino.

—No puedo creer que finalmente estemos aquí, —dije, mirando hacia afuera de la ventana asombrado.

—Yo tampoco. —Daniela se rio. —Estaba comenzando a pensar que nunca pasaría.

—La vida es una locura, —dije asintiendo. —Pero ya estamos aquí.

—Finalmente. —Daniela se rio otra vez.

Pasamos la mayoría del día solo caminando por la ciudad. No había estado en París desde hace años. La última vez vine por negocios y no tuve la

oportunidad de apreciar las vistas. Con Daniela a mi lado quería mirar todo.

Caminamos por los museos y las tiendas, hacia arriba y abajo de las calles y por callejones desiertos. No nos molestamos en usar un mapa o en tomar un tour. Solo queríamos descubrir la ciudad por nosotros mismos, a nuestra manera.

Esa era mi parte favorita de estar con Daniela. Ella y yo podíamos tener aventuras que nadie más entendería. No nos importaba si nos perdíamos o si nunca regresábamos a nuestro hotel. Mientras estuviésemos juntos, el resto del mundo desaparecía y nuestra felicidad era innegable.

—¿Sabes dónde estamos?, —preguntó ella mientras el sol comenzaba a ponerse. —Probablemente deberíamos regresar pronto al hotel.

—Está a dos cuadras por esta vía, —dije señalando a nuestra izquierda. —No está lejos.

—¿Cómo lo sabes? —Daniela meneó la cabeza. —Yo estoy completamente perdida.

Me encogí de hombros. —He estado prestando atención. O quizás soy mejor con las direcciones que tú.

Daniela me fulminó con la mirada, pero entrelazó su brazo con el mío y me dejó dirigir el camino. Regresamos al hotel justo a tiempo para arreglarnos para ir a cenar.

—¿A dónde vamos a ir?, —preguntó Daniela mientras nos metimos en la ducha.

—Es un lugar cerca de la Torre, —dije. —Se supone que tiene una vista increíble.

—Suena perfecto, —dijo Daniela.

Desapareció detrás de la cortina del baño, y yo me apresuré hacia la habitación. Ya estaba listo y vestido, pero las palmas de mis manos estaban sudorosas por los nervios. Me pasé los pulgares por mi traje, buscando frenéticamente la pequeña caja negra que sabía que estaba escondida en el fondo. Cuando la encontré, la metí en el bolsillo de mi abrigo cuidadosamente antes de que Daniela pudiese ver algo.

Sonó mi teléfono, desviando mi atención de mis planes para la noche. Vi el nombre de Leo aparecer en la pantalla.

—Ey, —dije. —¿Todo bien?

—Estoy bien, —dijo Leo. —Solo llamo para desearte suerte.

—Gracias. —Sonreí y bajé la voz. —Está en el baño.

—Supuse que ya estaban listos para salir, —dijo Leo. —¿Estás nervioso?

—Sí, —dije. —Eso se queda corto.

—¿Qué tanto apestaría si ella dijera que no?, —bromeó Leo.

—Jódete, —dije.

Leo se rio y me uní a él rápidamente. No había nada como mi hermano mayor burlándose de mí para calmar mis nervios y alistarme para la noche más grande de mi vida.

—Estarás bien, —dijo Leo. —Ella te ama.

—Gracias, hombre.

Desde su accidente habían cambiado las cosas entre Leo y yo. No éramos solo hermanos que apenas se conocían el uno al otro. Lo intentamos mucho para permanecer cerca, y mientras lo hacíamos, nos hicimos amigos. En solo seis meses él y yo nos volvimos casi inseparables.

El accidente de Leo cambió todo para él. Reorganizó su vida y se convirtió en una persona totalmente diferente. Renunció a su trabajo en el hospital decidiendo que medicina familiar era una mejor opción. Se mudó a Ennis y conoció a Jennifer, su novia de tres meses.

Ellos ya estaban locamente enamorados. Nunca lo había visto tan comprometido con nadie. Era increíble lo rápido que podían cambiar las cosas. De repente estábamos saliendo en citas dobles todo el tiempo. Leo y Daniela se habían convertido en verdaderos amigos, mejores amigos de lo que eran cuando salieron.

Era como si todo había caído en su lugar después del accidente de Leo. Él cambió. Todos cambiamos. Incluso Helen se acercaba más frecuentemente. Ella y yo seguíamos nerviosos cuando estábamos cerca del otro, y yo no estaba seguro de que eso cambiara alguna vez, pero estaba mejor ahora. Mejor de lo que pude haber esperado.

Incluso mis padres adoptivos habían comenzado a aceptar a mi nueva familia. Al principio estaban asustados. Mi mamá preocupada de que la reemplazara y me olvidara de ellos, pero lo manejé para convencerla de que eso nunca pasaría. Ella recibió a Leo con los brazos abiertos y, lentamente, estaba empezando a aceptar a Helen también. Ellas no eran exactamente amigas, pero eran muy amistosas.

—Ey, tú, —dijo Daniela. Me giré para verla de pie en la puerta del baño.

El vapor salió alrededor de ella. Estaba desnuda, ni siquiera se había molestado en ponerse una toalla encima. Mi estómago se apretó con necesidad.

—Eres el diablo, —dije. —Sabes que nos tenemos que ir.

—Solo un poco de algo para que pases la noche. —Me guiñó el ojo y desapareció dentro del baño otra vez.

Me reí para mí mismo y le di una palmada al anillo dentro de mi bolsillo. Daniela era la mujer perfecta. No había ninguna duda en mi mente de que ella era la indicada.

Cuando Daniela estuvo lista, bajamos por las escaleras. Ordené un auto para que nos llevara a cenar. Antes de que si quiera llegáramos al restaurante vimos la Torre Eiffel. Estaba encendida y hermosa. Los ojos de Daniela se ensancharon mientras la miraba fijamente.

—De noche es incluso mejor, —susurró ella.

Cenamos, hablando y tomando vino como si nuestras vidas dependieran de ello. Estas eran nuestras primeras vacaciones juntos y ya no me quería ir casa. Pude haber vivido en París por siempre si eso significaba tener a Daniela a mi lado.

La cena terminó y tomé la mano de Daniela. La llevé afuera y pasamos el auto. Ella frunció el ceño confundida.

—¿A dónde vamos?, —preguntó.

—Teníamos un plan, ¿recuerdas?, —dije. —Tú prometiste que lo haríamos enfrente de la Torre Eiffel.

—No creo haberte prometido eso nunca, —dijo Daniela riéndose ligeramente.

—En mi mente definitivamente lo hiciste.

Caminamos hacia la claridad justo enfrente de la Torre Eiffel. Daniela estaba sonriendo ante la estructura con esos mismos ojos ensanchados y encantadores. No podía apartar la mirada de su rostro. Ella era lo único que veía, lo único real en mi vida.

Tomé su mano y la giré hacia mí. Sonrió justo mientras nuestros labios colisionaban. Enrollé mis brazos alrededor de su cintura, besándola lentamente. El momento era todo lo que había esperado que fuera.

Cuando nos separamos me acerqué al bolsillo de mi abrigo y me puse de rodillas. Los ojos de Daniela estaban más anchos que nunca. Me miró fijamente, sorprendida y sin palabras.

—Hay tantas cosas que quiero decirte, —dije. Mi voz estaba débil, pero seguí hablando. —Mi amor por ti es más fuerte que cualquier cosa que haya sentido en mi vida. Daniela, ni siquiera puedo comenzar a decirte lo mucho que te necesito.

—Oh dios mío.

—Nunca he amado a nadie de la forma que te amo a ti, —dije. —Eres todo para mí. Todo.

—Emilio. —Los ojos de Daniela se llenaron de lágrimas.

—Cuando planeamos este viaje, solo podía pensar en una cosa, —dije. —Si de algo estoy seguro, es de que tú y yo estamos hechos para estar juntos. Siempre.

Tragué fuertemente y abrí la caja. Los ojos de Daniela saltaron al anillo y luego de vuelta a mi rostro. Estaba llorando en serio ahora, lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Daniela, —dije. —¿Te quieres casar conmigo?

Su gesto de asentimiento fue el mejor momento de mi vida. Se rio a través de sus lágrimas y se lanzó hacia mí. La atrapé y me puse de pie, girándola en un círculo rápidamente antes de colocarla de vuelta a sus pies.

Deslicé el anillo sobre su dedo tembloroso y la besé. Estaba llorando y riendo mientras yo apenas podía contener mi emoción.

—Te amo, —dijo.

—Yo también te amo.

Nos besamos otra vez justo ahí enfrente de la Torre Eiffel. Las personas a nuestro alrededor comenzaron a aplaudir, pero apenas lo notamos. Estábamos perdidos en el otro y no importaba nada más.

Fin